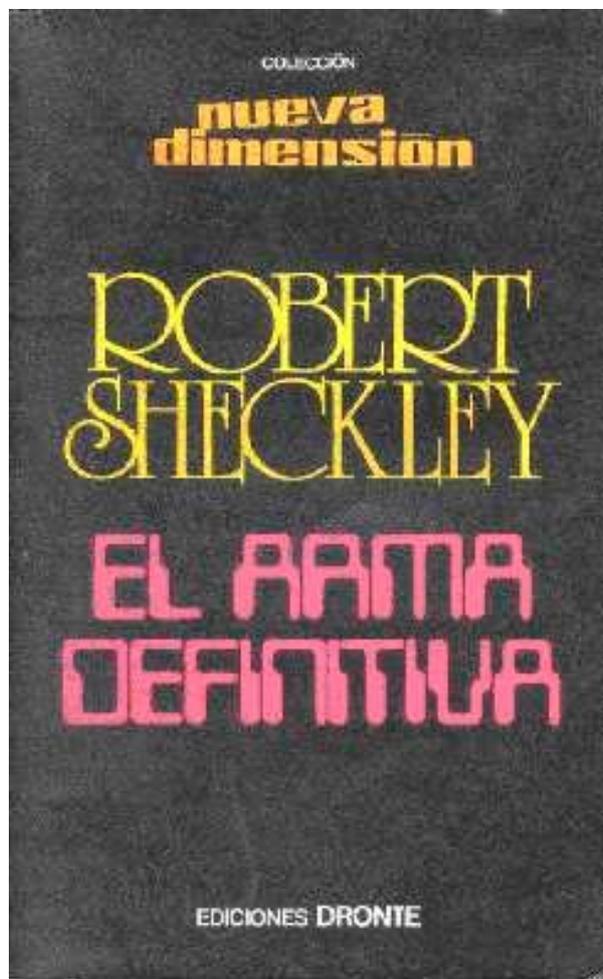


EL ARMA DEFINITIVA



Robert Sheckley

Título original: The People Trap and Other Pitfalls.

Traducción: José M. Alvarez Florez

© 1968 by Robert Sheckley

© 1977 Ediciones Dronte

Merced 4 - Barcelona

ISBN: 84-366-0088-6

Edición digital: Umbriel

R6 08/02

ÍNDICE

Mundo-sueño (Dreamworld) © 1968

El movimiento se demuestra andando (The Odor of Thought) © 1953

Zona reservada (Restricted Area) © 1953

Inmunidad diplomática (Diplomatic Immunity) © 1953

Temporada de pesca (Fishing Season) © 1953

El arma definitiva (The Last Weapon) © 1953

Espectro V (Ghost V) © 1954

La llave Laxiana (The Laxian Key) © 1954

Todo lo necesario (The Necessary Thing) © 1955

¿Podemos charlar un rato? (Shall We Have a Little Talk?) © 1965

La trampa humana (The People Trap) © 1968

MUNDO-SUEÑO

Hay infinitos mundos en el infinito de cada ciclo - AETH DE PLÁCITOS RELIQUAE.

Lanigan soñó el sueño otra vez y logró despertarse con un grito agudo. Se incorporó en la cama y clavó los ojos en la oscuridad violeta que le rodeaba. Tenía los dientes apretados y los labios contraídos en una mueca espasmódica. A su lado estaba su mujer, Estelle, que se incorporó también. Lanigan no la miró. Aún atrapado en su sueño, buscaba pruebas tangibles del mundo.

Lentamente, una silla cruzó su campo de visión y reapareció junto a la pared. La cara de Lanigan se relajó ligeramente. Luego la mano de Estelle se posó en su brazo, pretendía ser una caricia pero le quemó como lejía.

—Toma —dijo ella—. Bebe esto.

—No —dijo Lanigan—. Ya estoy bien.

—Bébelo de todos modos.

—No, de veras. Estoy perfectamente.

Ya estaba completamente libre de la pesadilla. Era de nuevo él mismo, y el mundo tenía su apariencia habitual. Esto era muy valioso para Lanigan; no quería dejarlo ahora, ni siquiera por la suave placidez del sedante.

—¿Fue el mismo sueño? —le preguntó Estelle.

—Sí, el mismo... No quiero hablar de ello.

—De acuerdo —dijo Estelle. (Se burla de mí, pensó Lanigan. La asusto. Me asusto a mí mismo).

—¿Qué hora es, querido? —preguntó ella. Lanigan miró su reloj.

—Las seis y cuarto. —Pero mientras lo decía vio que la manecilla de la hora avanzaba convulsivamente—. No, son las siete menos cinco.

—¿Puedes volver a dormir?

—No creo —contestó Lanigan—. Prefiero levantarme.

—De acuerdo, querido —dijo Estelle; bostezó, cerró los ojos, los abrió otra vez y preguntó—: Oye, querido, ¿no crees que puede ser una buena idea ir a ver a...?

—Tengo una cita con él a las doce y diez —la interrumpió Lanigan.

—Estupendo —dijo Estelle. Cerró otra vez los ojos. Lanigan vio que se dormía casi inmediatamente. El halo de su pelo tenía un brillo azulado; suspiró una vez, pesadamente.

Lanigan se levantó y se vistió. Era un hombre alto, extraordinariamente fácil de reconocer. Sus rasgos eran muy personales. Tenía un sarpullido en el cuello. Y no tenía ninguna otra característica especial, salvo la de aquel sueño repetido que estaba volviéndole loco.

Se pasó las horas siguientes en el porche de entrada viendo a las estrellas convertidas en novae en el cielo del alba.

Luego, salió a dar un paseo. Quiso la suerte que se tropezara con George Torstein a sólo dos manzanas de su casa. Varios meses atrás, en un momento de irreflexión, había hablado a Torstein de su sueño. Torstein era un hombre cordial que creía ciegamente en la disciplina y la voluntad, la eficacia, el sentido común y otras virtudes aun más groseras. Su actitud práctica y racional había sido para Lanigan un alivio momentáneo. Pero ahora actuaba como un abrasivo. Hombres como Torstein eran sin duda la sal de la tierra y la columna vertebral del país. Pero para Lanigan, que luchaba con lo impalpable y estaba perdiendo, Torstein había pasado de resultar molesto a constituir un horror.

—Hola, Tom, ¿qué tal el muchacho? —le saludó Torstein.

—Bein —contestó Lanigan—, sin novedad. Hizo un gesto cordial y pretendió seguir su camino bajo un cielo gris sucio. Pero no era tan fácil escapar de Torstein.

—Tom, muchacho, he estado pensando en tu problema —dijo Torstein—. Me has tenido muy preocupado.

—Vaya, eres muy amable —dijo Lanigan—. Pero, realmente, no tienes por qué preocuparte...

—Bueno, quería hacerlo y lo hice —dijo Torstein, expresando la simple y deplorable verdad—. Me interesa la gente, Tom. Siempre, desde que era niño. Y tú y yo llevamos mucho tiempo siendo amigos y vecinos.

—Eso es cierto, sí —convino con torpeza Lanigan. (Lo peor de necesitar ayuda era tener que aceptarla).

—Bueno, Tom, yo creo que te vendrían muy bien unas pequeñas vacaciones.

Torstein tenía un remedio simple para todo. Cuando practicaba la cura de almas sin licencia, procuraba siempre prescribir una medicina fácil de comprar.

—No puedo permitirme unas vacaciones este mes —dijo Lanigan. (El cielo era ahora ocre y rosa; tres pinos se habían marchitado; un roble se había convertido en cactus).

Torstein rió sonoramente.

—¿Por qué puedes permitirte no tomar unas vacaciones ahora mismo? ¿Nunca has considerado la cuestión desde ese punto de vista?

—No, creo que no.

—¡Pues considérala! Estás cansado, tenso, desequilibrado. Has trabajado en exceso.

—He estado toda la semana sin ir a trabajar —replicó Lanigan. Miró el reloj. La montura de oro se había vuelto de plomo, pero la hora parecía bastante exacta. Habían pasado casi dos horas desde el inicio de aquella conversación.

—Eso no es suficiente —insistía Torstein—. Te has quedado aquí en la ciudad, junto a tu trabajo. Necesitas ponerte en contacto con la naturaleza. Tom, ¿cuándo fue la última vez que fuiste de camping?

—¿Camping? Creo que no lo he hecho nunca.

—¿Lo ves? Muchacho, tienes que ponerte en contacto otra vez con cosas reales. No calles y edificios, sino montañas y ríos.

Lanigan miró de nuevo el reloj y vio con alivio que volvía a ser de oro. Se puso muy contento; había pagado sesenta dólares por él.

—Árboles y lagos —canturreaba Torstein—. La sensación de que crece la hierba bajo tus pies, la visión de altas montañas negras frente a un cielo dorado...

Lanigan meneó la cabeza.

—Ya he estado en el campo, George. No sirvió de nada. Torstein era obstinado.

—Debes apartarte de este mundo artificial.

—Todo parece igual de artificial —dijo Lanigan—. Árboles, edificios... ¿qué diferencia hay?

—Los hombres hacen edificios —proclamó Torstein—. Pero los árboles los hace Dios.

Lanigan tenía sus dudas respecto a ambas proposiciones, pero no iba a comunicárselas a Torstein.

—Puede que tengas algo de razón en eso. Lo pensaré.

—Hazlo —dijo Torstein—. Precisamente conozco el lugar perfecto. Es en Maine, Tom, y justo al lado de ese pequeño lago...

Torstein era un maestro de la descripción interminable. Afortunadamente para Lanigan, hubo una interrupción. Al otro lado de la calle, empezó a arder una casa.

—Oye, ¿de quién es esa casa? —preguntó Lanigan.

—De Makelby —contestó Torstein—. Es su segundo fuego en este mes.

—Quizás deberíamos dar la alarma.

—Tienes razón. Yo lo haré —dijo Torstein—. Recuerda lo que te dije sobre ese sitio de Maine, Tom.

Torstein se volvió para irse y sucedió algo curioso. Cuando caminaba sobre el pavimento, el hormigón se licuó bajo su pie izquierdo. Cogido por sorpresa, Torstein se hundió hasta el tobillo, y el impulso hacia adelante le hizo caer de bruces.

Tom se apresuró a ayudarlo antes de que el hormigón se endureciese otra vez.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Me retorcí este condenado tobillo —murmuró Torstein—. Ya estoy bien, ya puedo andar.

Y se alejó cojeando a informar del fuego. Lanigan se quedó allí mirando. Supuso que el fuego se debería a combustión espontánea. En unos minutos, pensaba, se apagaría por descombustión espontánea.

Uno no debe alegrarse de las desdichas de los demás; pero Lanigan no pudo evitar una sonrisa malévola al pensar en el tobillo retorcido de Torstein. Ni siquiera la súbita aparición de aguas desbordadas en la Calle Mayor pudo malograr su buen humor.

Luego recordó su sueño y empezó otra vez el pánico. Se encaminó rápidamente hacia el consultorio del médico.

El consultorio del doctor Sampson era pequeño y oscuro aquella semana. Había desaparecido el viejo sofá gris; había en su lugar dos sillas Luis XV y una hamaca. La gastada alfombra se había retejido espontáneamente, y había una quemadura de cigarrillo en el techo castaño. Pero el retrato de Andretti estaba en la pared, en el sitio habitual, y el gran cenicero de forma libre estaba escrupulosamente limpio.

La puerta interior se abrió y asomó la cabeza del doctor Sampson.

—Hola —saludó—. Espere un momento. —Su cabeza desapareció otra vez.

Sampson cumplió su palabra. Tardó exactamente tres segundos por el reloj de Lanigan en hacer lo que tuviese que hacer. Poco después Lanigan estaba tendido en el sofá de cuero con una servilleta de papel nueva bajo la cabeza. Y el doctor Sampson decía:

—Bueno, Tom, ¿cómo han ido las cosas?

—Igual —contestó Lanigan—. Peor.

—¿El sueño? Lanigan asintió.

—Bueno, repasémoslo otra vez.

—Preferiría no hacerlo —dijo Lanigan.

—¿Miedo?

—Más que nunca.

—¿Ahora incluso?

—Sí. Sobre todo ahora.

Hubo un instante de silencio terapéutico. Luego el doctor Sampson dijo:

—Me ha hablado ya antes de su miedo a ese sueño; pero nunca me ha dicho por qué lo teme.

—Bueno... es que parece tan absurdo.

Sampson estaba serio, tranquilo, equilibrado; con la expresión del hombre que no encuentra absurdo nada, que es constitucionalmente incapaz de encontrar algo absurdo. Quizás fuese una pose, pero a Lanigan le tranquilizó.

—De acuerdo, se lo contaré —aceptó bruscamente. Luego se detuvo.

—Adelante —dijo el doctor Sampson.

—Bueno, la verdad es que yo creo que de cierto modo que yo no comprendo...

—Sí, siga —le animó Sampson.

—Bueno, en cierto modo el mundo de mi sueño está convirtiéndose en el mundo real.

—Paró otra vez y luego siguió apresuradamente—. Y algún día voy a despertarme y encontrarme en ese mundo. Y entonces ese mundo se habrá convertido en el real y este otro en el sueño.

Se volvió para comprobar si aquella disparatada revelación había conmovido a Sampson. Si le había conmovido no lo demostraba. Encendía tranquilamente su pipa con la punta de su índice izquierdo. Sopló el dedo y dijo:

—Sí, siga, por favor.

—¿Qué siga? ¡Es eso! ¡Eso es todo! En la alfombra malva de Sampson apareció una mancha. Se oscureció, se espesó y se convirtió en un pequeño árbol frutal. Sampson cogió uno de los frutos color púrpura, lo olisqueó, y luego lo dejó sobre su mesa. Miró a Lanigan firmemente, con tristeza.

—Ya me ha hablado antes de su mundo-sueño, Tom. Lanigan asintió.

—Lo hemos analizado, hemos rastreado sus orígenes, hemos estudiado lo que significa para usted. Creo que en los últimos meses hemos descubierto por qué necesita usted sumergirse en este miedo de pesadilla.

Lanigan asintió lúgubrementemente.

—Sin embargo usted no hace caso de ello —continuó Sampson—. Se olvida siempre de que su mundo-sueño es un sueño, sólo un sueño, que se ajusta a leyes oníricas arbitrarias que ha inventado usted para satisfacer sus necesidades psíquicas.

—Me gustaría poder creerle —dijo Lanigan—. Pero mi mundo-sueño es tan endemoniadamente razonable...

—Nada de eso —replicó Sampson—. Se trata sólo de que su espejismo es hermético, cerrado en sí mismo y que se sostiene por sí mismo. Las acciones del hombre se basan en determinados supuestos sobre la naturaleza del mundo. Dados esos supuestos, su conducta es absolutamente razonable. Pero cambiar esos supuestos, esos axiomas fundamentales, es casi imposible. Por ejemplo, ¿cómo demostrarle a un hombre que no le están controlando a través de una radio secreta que sólo puede oír él?

—Comprendo el problema —murmuró Lanigan—. ¿Es ése mi caso?

—Sí, Tom; en efecto, ése es su caso. Quiere usted que le demuestre que su mundo es real, y que el mundo de su sueño es falso. Está dispuesto a rechazar su fantasía si le suministro las pruebas necesarias.

—¡Sí, exactamente! —exclamó Lanigan.

—Pero, sabe, no puedo suministrarlas —dijo Sampson—. La naturaleza del mundo es evidente pero indemostrable.

Lanigan reflexionó un rato. Luego dijo:

—Oiga, doctor, yo no estoy tan enfermo como el tipo de la radio secreta, ¿verdad?

—No, no lo está. Usted es más razonable, más racional. Tiene usted dudas sobre la realidad del mundo; pero afortunadamente también las tiene sobre la validez de su espejismo.

—Entonces intentémoslo —dijo Lanigan—. Comprendo su problema; pero le juro que aceptaré cualquier cosa que pueda obligarme a aceptar.

—Ese no es mi campo, en realidad —dijo Sampson—. Para esto haría falta un metafísico. Yo no soy ninguna eminencia en esto...

—Intentémoslo —suplicó Lanigan.

—De acuerdo, lo haremos. —Sampson frunció la frente concentrándose, luego dijo—: Me parece que nosotros analizamos el mundo a través de nuestros sentidos, y en consecuencia tenemos que aceptar, en última instancia, el testimonio de esos sentidos.

Lanigan asintió y el doctor siguió hablando:

—Así pues, sabemos que una cosa existe porque nuestros sentidos nos dicen que existe. ¿Cómo comprobar la exactitud de nuestras observaciones? Comparándolas con las impresiones sensoriales de otros hombres. Sabemos que nuestros sentidos no mienten cuando los sentidos de otros hombres reseñan la existencia de la cosa en cuestión.

Lanigan pensó todo esto y luego dijo:

—En consecuencia, un mundo real es simplemente lo que la mayoría de los hombres piensan que es. Sampson frunció la boca y dijo:

—Ya le dije que la metafísica no era mi fuerte. De todos modos, creo que es una definición aceptable.

—Sí... pero, doctor, ¿y si todos esos observadores se equivocasen? Por ejemplo, supongamos que hay varios mundos y varias realidades, no sólo una. Supongamos que ésta es sólo una existencia arbitraria dentro de una infinidad de existencias. O supongamos que la naturaleza de la propia realidad puede cambiar, y que de algún modo yo puedo percibir ese cambio.

Sampson suspiró, encontró un pequeño murciélago verde aleteando dentro de su chaqueta y con aire indiferente lo aplastó con una regla.

—Ya estamos —dijo—. No puedo rechazar ni una sola de sus suposiciones. Creo, Tom, que será mejor que recorramos todo ese sueño.

—Preferiría no hacerlo —protestó Lanigan—. Tengo la sensación...

—Lo sé —le cortó Sampson, con una leve sonrisa—. Pero esto servirá de demostración definitiva, ¿de acuerdo?

—Espero que sí —dijo Lanigan; reunió valor (imprudentemente) y dijo—: Bueno, el sueño, mi sueño, comienza...

Incluso mientras hablaba, le invadía el horror. Se sentía aterrado, enfermo, aturdido. Intentó levantarse del sofá.

La cara del médico flotaba sobre él. Vio el brillo del metal, oyó a Sampson decir:

—Intente relajarse... es un breve ataque... intente pensar en algo agradable. Luego Lanigan y el mundo desaparecieron.

Lanigan y/o el mundo volvieron a la conciencia. Podía haber pasado tiempo o podía no haber pasado. Podía haber pasado o no cualquier cosa. Lanigan se incorporó y miró a Sampson.

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó Sampson.

—Perfectamente— respondió Lanigan—. ¿Qué pasó?

—Tuvo usted un mal momento. Tranquilícese.

Lanigan se echó hacia atrás e intentó calmarse. El doctor, en su escritorio, tomaba notas. Lanigan contó hasta veinte con los ojos cerrados y luego los abrió cauteloso. Sampson aún seguía tomando notas.

Lanigan miró a su alrededor, contó los cinco cuadros de la pared, volvió a contarlos, contempló la alfombra verde, frunció el ceño, cerró otra vez los ojos. Esta vez contó hasta cincuenta.

—Bueno, ¿quiere que hablemos de ello? —preguntó Sampson, cerrando el cuaderno.

—No, no en este momento —contestó Lanigan. (Cinco cuadros, alfombra verde).

—Como usted quiera —aceptó el médico—. Creo que se nos acaba el tiempo. Pero si quiere usted tenderse en el gabinete...

—No gracias, me voy a casa —dijo Lanigan.

Se levantó, cruzó la alfombra verde hasta la puerta, y se volvió para observar los cinco cuadros y para mirar al médico, que le sonreía alentadoramente. Luego Lanigan salió y entró en el gabinete, lo cruzó y llegó a la puerta exterior y de ahí pasillo adelante, hasta las escaleras y bajó a la calle.

Caminó contemplando los árboles, en los que las verdes hojas se movían lánguidamente bajo una débil brisa. Había tráfico, que discurría sobriamente de un lado de la calle hacia abajo y del otro hacia arriba. El cielo era de un azul inalterable y llevaba mucho tiempo así, al parecer.

¿Sueño? Se pellizcó; ¿Un pellizco onírico? No despertaba. Gritó ¿Un grito imaginario? No despertaba.

Estaba en el conocido territorio de su pesadilla. Pero ésta había durado mucho más que las otras. En consecuencia, no era un sueño más largo. (Un sueño es la vida más corta, una vida es el sueño más largo). Lanigan había hecho la transición; o la transición había hecho a Lanigan. Simplemente porque sí, había sucedido lo imposible.

El pavimento no vacilaba bajo sus pies. Allí estaba el Primer Banco Nacional de la Nación; ya estaba allí el día anterior, y estaría al día siguiente. Grotescamente falto de posibilidades, jamás se convertiría en una tumba, un avión o el esqueleto de un monstruo prehistórico. Permanecería allí, lúgubre y sombrío, un edificio de hormigón y acero, alucinantemente firme en su inmovilidad hasta que hombres armados de herramientas lo echasen abajo.

Lanigan cruzó aquel mundo petrificado, bajo un cielo azul con un tímido blanco difuminado en los bordes, prometiendo algo que jamás podría entregar. El tráfico avanzaba por la derecha, la gente cruzaba en los cruces, los relojes estaban de acuerdo entre sí, con diferencias de minutos.

Fuera de la ciudad, se extendía el campo; pero Lanigan sabía que la hierba no crecía bajo los pies de uno; simplemente estaba allí, sin duda creciendo pero imperceptiblemente, inasequible a los sentidos. Y las montañas eran sin duda negras y altas, pero eran gigantes paralizados en medio de una zancada, destinados a no avanzar nunca frente a un cielo dorado o púrpura o verde.

Aquél era el mundo congelado. Aquél era el mundo lentísimo de previsión, rutina y hábito. Aquél era el mundo en que la mágica condición del aburrimiento no sólo era posible sino inevitable. Aquél era el mundo en el que el cambio, esa sustancia mercurial, se había reducido a una pasta espesa y torpe.

Debido a esto, había quedado eliminada la magia del mundo fenoménico. Y sin magia, nadie podía vivir.

Lanigan lanzó un grito. Y siguió gritando mientras la gente le rodeaba y le miraba (pero sin hacer nada ni convertirse en nada), y luego llegó un policía, como era de suponer (pero el sol no cambió de forma inmediatamente), y luego bajó por las calle invariable una ambulancia (pero sin trompetas ni trompetillas, con cuatro ruedas en vez de las agradables tres o veinticinco) y los hombres de la ambulancia le llevaron a un edificio que estaba exactamente donde ellos esperaban encontrarlo, y hubo mucha conversación con gente que se mantenía inalterable e inalterada y que le hacía preguntas en una habitación de paredes implacablemente blancas.

Le recetaron descanso, tranquilidad y sedantes. Esto, trágicamente, era el mismo veneno que Lanigan había estado intentando expulsar de su sistema. Naturalmente, le dieron una sobredosis.

No murió; no era tan bueno aquel veneno. En vez de morir, se volvió completamente loco. Le soltaron tres semanas después, un paciente modelo y una curación modélica.

Ahora anda por ahí convencido de que el cambio es imposible. Se ha hecho un masoquista; se recrea en la insolente regularidad de las cosas. Se ha hecho un sádico; predica a los demás el divino orden mecánico de las cosas.

Ha asimilado por completo su locura o la del mundo, en todo salvo en una cosa: no es feliz. El orden y la felicidad son contradicciones que el universo aún no ha logrado aunar.

EL MOVIMIENTO SE DEMUESTRA ANDANDO

Tenía los brazos muy cansados, pero levantó de nuevo el cincel y la maza. Estaba casi exhausto; sólo unas cuantas letras más y la inscripción, profundamente grabada en el duro granito, estaría terminada. Repasó la última frase y se incorporó, dejando sus

herramientas en el suelo de la cueva. Orgulloso, se enjugó el sudor de la polvorienta cara, y leyó lo que había escrito:

YO ME ELEVÉ DEL FANGO DEL PLANETA, DESNUDO E INDEFENSO,
IDEÉ HERRAMIENTAS. CONSTRUI Y DEMOLÍ, CREÉ
Y DESTRUÍ. CREÉ ALGO MAYOR QUE YO MISMO, QUE ME
DESTRUYÓ. ME LLAMO HOMBRE Y ÉSTA ES MI ULTIMA OBRA.

Sonrió. Lo que había escrito estaba bien. Quizás no fuese lo suficientemente literario, pero era un digno tributo al género humano, escrito por el último hombre. Miró las herramientas que estaban a sus pies. Como ya no le eran útiles las disolvió y, hambriento después de tanto trabajo, se acuclilló en el suelo de la cueva y creó una comida. La contempló un instante, preguntándose lo que faltaba; luego, cansinamente, creó una mesa y una silla, cubiertos y platos. Estaba aturdido. Los había olvidado otra vez.

Aunque no había por qué apresurarse, comió precipitadamente, advirtiendo con extrañeza que cuando no pensaba en nada concreto creaba siempre hamburguesa, puré de patata, guisantes, pan y helado. La costumbre, concluyó. Terminada la cena, hizo desaparecer los restos de los alimentos, así como los platos, los cubiertos y la mesa. Retuvo la silla. Sentado en ella, contempló pensativo la inscripción. Está muy bien, pensó, pero yo seré el único humano que la vea.

Era exacto el que fuese el último hombre vivo que quedaba en la Tierra. La guerra había sido total. Tan total y devastadora como podía desarrollarla únicamente el hombre, un animal meticoloso. No había habido neutrales ni no beligerantes. La gente pertenecía a un bando o pertenecía a otro. Bacterias, gases y radiaciones habían cubierto, como una inmensa nube, toda la Tierra. En los primeros días de aquella guerra, se habían sucedido con regularidad casi monótona armas secretas invencibles, una tras otra. Y después de que la última mano apretó el último botón, las bombas, conducidas automáticamente, habían seguido lloviendo. La desdichada Tierra era un inmenso basurero; de polo a polo nada vivo quedaba, ni plantas ni animales.

Había examinado buena parte del planeta. Esperó hasta asegurarse plenamente de que no caerían más bombas; entonces se decidió a bajar.

Has sido muy listo, pensó con amargura, mirando desde la boca de la cueva la llanura de lava donde descansaba su nave, y las torturadas montañas que había detrás.

Eres un traidor... pero ¿a quién le importa?

Había sido capitán de la Defensa del Hemisferio Occidental. Al cabo de dos días de guerra había comprendido cuál sería el desenlace. Y había huido cargando un crucero con aire enlatado, comida y agua. En la confusión y destrucción, sabía que no iban a echarle de menos; a los pocos días no quedaba nadie que pudiera echarle de menos. Había conducido la gran nave hasta el lado oscuro de la Luna y se había quedado allí esperando. Fue una guerra de doce días (él había supuesto que duraría catorce), pero tuvo que esperar casi seis meses a que dejaran de caer los proyectiles automáticos. Luego había descendido. Para descubrir que era el único superviviente...

Había creído que otros caerían en la cuenta de la futilidad de todo aquello, que cargarían también naves y se dirigirían al lado oscuro de la Luna. Evidentemente no habían tenido tiempo, si es que se lo habían planteado. Pensó en un principio que habría grupos dispersos de supervivientes, pero no había encontrado ninguno. La guerra había sido demasiado devastadora.

El aterrizaje en la Tierra podría haber significado la muerte, pues hasta el aire estaba emponzoñado. Pero, despreocupadamente, aterrizó... y sobrevivió. Al parecer era inmune a los diversos gérmenes y radiaciones, o quizás eso fuese parte de su nuevo poder. Desde luego había encontrado bastantes gérmenes y bastantes radiaciones recorriendo

el mundo con su nave, de las ruinas de una ciudad a las de otra, cruzando valles y llanuras devastados, montañas calcinadas. No había encontrado vida alguna, pero había descubierto algo.

Podía crear. Se dio cuenta de este poder a los tres días de aterrizar en la Tierra. De pronto deseó que hubiese un árbol entre la roca y el metal fundidos; y apareció un árbol. Durante el resto del día hizo experimentos y descubrió que podía crear cualquier cosa que hubiese visto o de la que hubiese oído hablar.

Las cosas que conocía mejor resultaban más fáciles. Las cosas que conocía sólo por los libros o por conversaciones (los palacios, por ejemplo) solían ser deformes e indefinidas, aunque podía hacerlas casi perfectas elaborando mentalmente los detalles. Todo lo que creaba era tridimensional. Hasta la comida sabía a comida y parecía bien alimentado. Podía olvidarse por completo de una de sus creaciones, echarse a dormir y al despertar verla allí aún. Podía también descrear. Un sólo pensamiento concentrado y lo que había hecho se desvanecía. Cuanto mayor era el objeto, más tardaba en descrearse.

También podía descrear cosas que no había hecho él (valles y montañas), pero le llevaba más tiempo. Daba la sensación de que la materia era más fácil de manejar después de haberla moldeado. Podía hacer aves y animales pequeños, o cosas que parecían aves y animales pequeños.

Había intentado hacer seres humanos.

No era un científico; había sido piloto espacial. Tenía una vaga idea de la teoría atómica y prácticamente no sabía nada de genética. Pensaba que debía haberse producido algún cambio en su plasma genético, o en su cerebro, o quizás en la Tierra. No le inquietaba gran cosa el por qué del asunto. Era un hecho y lo aceptaba.

Contempló de nuevo el monumento. Algo que había en él le incomodó.

Por supuesto podría haberlo creado, pero no sabía si las cosas que hacía perdurarían después de su muerte. Parecían bastante estables, pero quizás se disolviesen con su propia disolución. En consecuencia, asumió un compromiso. Creó un cincel y una maza, pero eligió una pared de granito que no había hecho él. Grabó las letras en la pared de la cueva para protegerlas así de los elementos, trabajando varias horas seguidas, comiendo y durmiendo junto al muro.

Desde la boca de la cueva podía ver su nave, sobre una lisa llanura de tierra calcinada. No tenía ninguna prisa por volver. En seis días había terminado la inscripción, que quedaba profunda y eternamente grabada en la roca. La idea que había estado inquietándole desde que empezara a trabajar en el gris granito salió por fin a la superficie. Los únicos que podían leer la inscripción serían visitantes procedentes de las estrellas. ¿Cómo la descifrarían? Contempló irritado la inscripción. Debería haberla escrito en símbolos. Pero, ¿qué clase de símbolos? ¿Matemáticos? Por supuesto, pero ¿qué les diría sobre el hombre? Y, además, ¿por qué estaba tan seguro de que fuesen a descubrir la cueva? De nada valía una inscripción cuando toda la historia del hombre estaba escrita sobre la superficie del planeta, calcinada y carbonizada para que todos la viesen. Maldijo su estupidez por haber perdido seis días trabajando en una inscripción inútil. Estaba a punto de descrearla cuando volvió la cabeza al oír pisadas a la boca de la cueva. Casi se cae de la silla al ponerse de pie.

Había allí una chica. Pestañeó rápidamente, y aún seguía allí la chica, alta, el pelo negro, con una especie de sucio mono de una pieza, gastado y roto.

—Hola —dijo ella, y entró en la cueva—. Te oí trabajar desde el valle.

Automáticamente, le ofreció su silla y creó otra para él. La probó receloso antes de sentarse.

—Te vi hacerlo —dijo ella—, pero aún me parece increíble. ¿Espejos?

—No —murmuró él, inseguro—. Creo. Eso es todo, tengo el poder de... ¡Un momento! ¿cómo llegaste aquí?

Mientras preguntaba analizó rápidamente y rechazó diversas posibilidades. ¿Estaría oculta en una cueva? ¿En la cima de una montaña? No, sólo habría un medio posible...

—Yo estaba en tu nave, amigo. —Se retrepó en la silla y cruzó sus manos alrededor de una rodilla—. Cuando cargabas el crucero, pensé que intentabas escapar. Yo estaba cansada de instalar fusibles dieciocho horas al día, así que me escondí en la nave. ¿Hay alguien más vivo?

—No. ¿Cómo no te vi?

Contempló a aquella hermosa muchacha, y cruzó su mente una vaga idea. Extendió la mano y la tocó. Ella no retrocedió pero su hermoso rostro se crispó irritado.

—Soy real —dijo ásperamente—. Tuviste que verme en la Base. ¿No te acuerdas?

Intentó recordar la época en que había estado en la Base... parecía como si hubiesen transcurrido siglos. Sí, allí había una chica de pelo negro, a la que nunca había prestado atención.

—Creo que me quedé congelada —decía ella—. O en coma, a las pocas horas de despegar la nave. ¡Vaya porquería de sistema de calefacción que tienes en ese cacharro! —Se estremeció.

—Hubiese gastado demasiado oxígeno —explicó él—. Bastaba con que mantuviese caliente y aireado el compartimento del piloto. Utilizaba un traje protector para coger las provisiones cuando las necesitaba.

—Me alegro de que no me vieses —dijo ella, riéndose—. Debía de tener un aspecto horrible, muerta y cubierta de escarcha. ¡Dormí bien, desde luego, un buen sueño! En fin, me congelé. Cuando abriste todos los compartimentos, reviví. Esa es toda la historia. Supongo que transcurrieron unos cuantos días. ¿Cómo no me localizaste?

—Supongo que porque no revisé nunca aquella parte —admitió él—. Pronto descubrí que no necesitaba provisiones. Es curioso, tenía la idea de que había abierto todos los compartimentos, pero en realidad no recuerdo...

Ella contempló la inscripción de la pared.

—¿Qué es eso?

—Creí que debía dejar una especie de monumento...

—¿Y quién va a leerlo? —preguntó ella.

—Probablemente nadie. Fue una idea absurda. Se concentró en el muro. Al cabo de unos instantes la pared de granito quedaba lisa y desnuda.

—Aún no entiendo cómo pudiste sobrevivir —dijo desconcertado.

—Pues sobreviví. No entiendo cómo haces eso —indicó con un gesto la silla y la pared—, pero aceptaré el hecho de que puedes hacerlo. ¿Por qué no aceptas tú el hecho de que estoy viva?

—No me interpretes mal —dijo él—. Necesito compañía, sobre todo compañía femenina. Es sólo que... vuélvete de espaldas.

Ella lo hizo con una mirada interrogante. Rápidamente él borró la suciedad de su rostro y creó unos flamantes pantalones y una camisa. Saliendo de su destrozado uniforme, se puso la nueva ropa, destruyó los andrajos y creó un peine y se alisó su revuelto pelo castaño.

—Está bien —dijo—. Ya puedes volverte.

—Magnífico —dijo ella sonriendo—. Déjame utilizar ese peine... Y ¿no podrías hacerme un vestido? Talla doce, pero procura que me quede bien.

A la tercera tentativa consiguió un resultado aceptable (nunca había percibido lo engañosas que podían ser las formas femeninas) y luego hizo un par de sandalias doradas con tacones altos para ella.

—Un poco apretadas —dijo ella poniéndoselas— y no son demasiado prácticas, sin aceras. Pero muchas gracias. Este truco tuyo resuelve realmente el problema de los regalos de Navidad, ¿verdad? —Su pelo negro brillaba al sol de mediodía, y la muchacha parecía encantadora, cálida y humana.

—Mira a ver si puedes crear tú —instó, deseoso de compartir con ella su nueva y sorprendente habilidad.

—Ya lo intenté —dijo ella—. Imposible. Sigue siendo un mundo del hombre. El frunció el ceño.

—¿Cómo puedo estar absolutamente seguro de que eres real?

—¿Otra vez eso? ¿Recuerdas haberme creado, amo? —preguntó burlonamente ella, inclinándose para aflojar la hebilla de una de sus sandalias.

—He estado pensando... en mujeres —dijo él ceñudo—. Podría haberte creado mientras dormía. ¿Por qué no ha de tener mi mente subconsciente tanto poder como mi mente consciente?... Pude darte de una memoria, dándote un origen... habrías sido sumamente plausible. Y si te creó mi mente subconsciente, sería seguro que mi mente consciente nunca lo sabría.

—¡No seas ridículo!

—Porque si mi mente consciente lo supiera —continuó el implacable—, rechazaría tu existencia. Toda tu función, como obra de mi subconsciente, sería impedirme saberlo. Demostrar, por todos los medios a tu alcance, por todos los razonamientos posibles que eras...

—Bueno, entonces, intenta hacer una mujer, ya que eres tan poderoso. —Se cruzó de brazos y se retrepó en la silla, con un áspero cabeceo.

—De acuerdo.

Fijó los ojos en el muro de la cueva y empezó a aparecer una mujer. Sus formas eran en principio irregulares, un brazo demasiado corto, las piernas demasiado largas. Concentrándose más consiguió que las proporciones fuesen bastante exactas. Pero los ojos no tenían un ángulo correcto; los hombros y la espalda estaban inclinados y torcidos. Había creado una cáscara sin cerebro ni órganos internos, un autómatas. Le ordenó que hablara, pero de aquella boca informe sólo salieron ruidos incoherentes. No le había dado aparato vocal. Estremecido destruyó aquella imagen de pesadilla.

—No soy un escultor —dijo—. Ni soy Dios.

—Me alegro de que por fin lo entiendas.

—Pero de todos modos eso no demuestra —continuó él tericamente— que tú seas real. No sé de lo que es capaz mi mente subconsciente.

—Hazme un favor —dijo ella bruscamente—. Estoy cansada de este disparate.

Herí sus sentimientos, pensó él. Había ofendido al único ser humano que quedaba en la Tierra con él. Asintió con un gesto, la cogió de la mano y la sacó de la cueva. En la lisa llanura de abajo creó una ciudad. Llevaba varios días experimentando con esto, y esta vez le resultó mucho más fácil. Siguiendo el modelo de cuadros y sueños infantiles de las Mil y Una Moche, se elevó blanca, negra y rosada. Las paredes eran de un rubí resplandeciente, y las puertas de ébano montado sobre plata. Las torres rojo oro y salpicadas de zafiros. Una gran escalera de lechoso marfil ascendía hasta la más alta torre opalina, hecha de miles de peldaños de mármol vetado. Había estanques de agua azul, y pajarillos revoloteando sobre ellos, y peces plata y oro que recorrían las silenciosas profundidades.

Recorrieron la ciudad y crearon en ella rosas rojas, blancas y amarillas, y jardines de plantas extrañas. Entre dos edificios con bóvedas y torres creó un gran estanque; instaló en él una casa flotante tapizada de púrpura, y llena de toda clase de alimentos y bebidas que pudo recordar.

Flotaron sobre el estanque abanicados por la suave brisa que él creó.

—Y todo esto es falso —comentó al cabo de un rato. Ella sonrió.

—No, no lo es. Puedes tocarlo. Es real.

—¿Seguirá aquí después de mi muerte?

—¿Qué más da? Además, si puedes hacer todo esto, seguro que puedes curar cualquier enfermedad. Quizás puedas curar cualquier enfermedad. Quizás puedas curar

hasta la vejez y la muerte. —Arrancó un capullo de una rama y aspiró su fragancia—. Quizás puedas impedir que esto se marchite y muera. Quizás puedas hacer lo mismo por nosotros, así que ¿por qué te preocupas?

—¿Te gustaría irte? —preguntó él, encendiendo un cigarrillo recién creado—. ¿Te gustaría encontrar un nuevo planeta, que no hubiese destruido la guerra? ¿Te gustaría empezar otra vez?

—¿Empezar? Quieres decir... Quizás más tarde. Ahora ni siquiera deseo acercarme a la nave; me recuerda la guerra.

Flotaron durante un rato.

—¿Estás seguro ya de que soy real? —preguntó ella.

—Si quieres que te diga la verdad, no —contestó él—. Pero deseo ardientemente creerlo.

—Entonces, escúchame —dijo ella, inclinándose hacia él—. Soy real. Y deslizó sus brazos abrazando su cuello.

—Siempre he sido real. Y siempre lo seré. ¿Quieres una prueba? Pues bien, yo sé que soy real. Y tú también. ¿Qué más puedes pedir?

El la miró fijamente durante un largo instante, sintiendo sus cálidos brazos alrededor del cuello, oyendo el murmullo de su respiración. Percibía la fragancia de su piel y de su pelo, la esencia única de un individuo.

Lentamente dijo:

—Te creo. Te amo. Cómo... ¿cómo te llamas? Ella se quedó pensativa un momento.

—Joan.

—Qué extraño —dijo él—. Siempre soñé con una chica llamada Joan. ¿Cómo te apellidas?

Ella le besó.

Arriba, en el cielo, las golondrinas que él había creado (sus golondrinas) volaban en amplios círculos sobre el estanque, los peces nadaban sin rumbo bajo las aguas, y la ciudad se extendía ante ellos, orgullosa y bella, hasta el borde de las retorcidas montañas de lava.

—No me dijiste cómo te apellidas —insistió él.

—Bueno, no te preocupes. El nombre de soltera de una chica no importa... siempre toma el de su marido.

—¡Eso es una evasiva! Ella sonrió.

—Lo es, ¿verdad que sí?

ZONA RESERVADA

—Parece un sitio bonito, ¿eh, capitán? —dijo Simmons con falsa despreocupación, mirando por la escotilla—. Parece un paraíso. —Bostezó.

—Aún no se puede salir —dijo el capitán Kilpepper, percibiendo la inmediata expresión de disgusto del biólogo.

—Pero, capitán...

—No.

Kilpepper miró por la escotilla el ondulado prado cubierto de hierba. Salpicado de flores rojas, parecía tan lozano e inofensivo como dos días atrás, cuando aterrizaron. A la derecha del prado había un bosque marrón salpicado de brotes amarillos y naranja. A la izquierda una hilera de cerros, coloreados en diversos tonos azul verdosos. De uno de los cerros caía una cascada.

Árboles, flores y todo lo demás. Indudablemente el sitio era bonito, y por esa razón desconfiaba Kilpepper. Su experiencia con dos esposas y cinco naves nuevas le había enseñado que un exterior hermoso podía ocultar cualquier cosa. Y quince años en el espacio habían añadido arrugas a su frente y canas a su pelo, pero no le habían proporcionado razón alguna para alterar su convicción.

—Aquí están los informes, señor —dijo el ayudante Moreno, entregándole unos papeles. Había en su rostro una expresión expectante. Kilpepper podía oír, detrás de la puerta, arrastrar de pies y cuchicheo de voces. Sabía que era la tripulación, reunida para escuchar lo que él diría esta vez.

Querían salir, no podían aguantar más.

Kilpepper ojeó los informes. Eran igual que los cuatro anteriores. Atmósfera respirable y libre de microorganismos peligrosos, índice de bacterias nulo, radargrafía clara. Formas de vida animal en el bosque próximo, pero ninguna manifestación de energía. Localización de una gran masa metálica, posiblemente una montaña rica en hierro, varios kilómetros al sur. Reseñado para posterior investigación.

—Está bien —dijo a regañadientes Kilpepper. Los informes le irritaban vagamente. Sabía por su experiencia anterior que solía haber problemas en todo planeta. Era mejor descubrirlos al principio, antes de que hubiese graves accidentes.

—¿Podemos salir, señor? —preguntó Moreno, estirando su menudo cuerpo. Kilpepper casi pudo sentir cómo los miembros de la tripulación contenían el aliento al otro lado de la puerta.

—No sé —dijo Kilpepper. Se rascó la cabeza, intentando dar con una buena razón para negarse otra vez. Tenía que haber algún problema.

—Está bien —dijo al fin—. Ponga guardia completa a partir de ahora. Estacione cuatro hombres fuera. Que nadie se aleje más de ocho metros de la nave.

Tenía que dejarles salir. Después de dieciséis meses en la atestada y caliente nave espacial, se enfrentaría con un motín si no lo hacía.

—¡De acuerdo, señor! —dijo el ayudante Moreno, saliendo precipitadamente.

—Supongo que eso significa que el equipo científico puede salir también —dijo Simmons, las manos embutidas en los bolsillos.

—Claro —dijo cansinamente Kilpepper—. Iré con ustedes. Después de todo, no tenga nada que hacer aquí dentro.

El aire de aquel planeta sin nombre resultaba agradable y fragante después del mustio y reciclado de la nave. La orna de los montes era ligera, firme y refrescante.

El capitán Kilpepper olisqueó receloso, los brazos cruzados sobre el pecho. Los cuatro miembros de la tripulación paseaban alrededor, estirando las piernas y aspirando grandes bocanadas de aire fresco. El equipo científico se mantenía agrupado, preguntándose sus miembros por dónde empezar. Simmons se agachó y cogió una brizna de hierba.

—Tiene un aspecto curioso —dijo, alzándola hacia el sol.

—¿Por qué? —preguntó el capitán Kilpepper, acercándose a él.

—Mire. —El flaco biólogo se la enseñó—. Perfectamente lisa. No muestra signo alguno de formación celular. Déjeme ver... —Se inclinó sobre un brote rojo.

—¡En! ¡Tenemos visita! —Un tripulante llamado Flunn fue el primero en localizar a los nativos. Salieron del bosque y trotaron cruzando el prado hacia la nave.

El capitán Kilpepper miró hacia la nave. Los hombres armados estaban dispuestos y alerta. Se llevó la mano a la cartuchera para asegurarse y esperó.

—Oh —murmuró Aramic. Como lingüista de la nave observaba a los nativos con profundo interés profesional. El resto de los hombres simplemente miraban.

En cabeza iba una criatura con un cuello de casi tres metros de longitud, como el de una jirafa, y patas gruesas y rollizas, como un hipopótamo. Tenía una expresión alegre. Su piel era color púrpura, salpicada de grandes manchas blancas.

Tras él iban cinco animalitos de pieles de un blanco muy puro. Su tamaño era más o menos el de terriers, y su expresión era solemne y seria. Cerraba la comitiva una criatura gorda y roja con una cola verde de por lo menos cinco metros de longitud.

Se pararon frente a ellos e hicieron una inclinación. Hubo un momento de silencio, luego todos rompieron a reír.

La risa fue como una señal. Los cinco pequeños saltaron a la grupa de la hipo-jirafa. Se asentaron allí un instante y luego fueron subiéndose unos sobre otros. En un momento estaban en equilibrio, formando una columna, como un equipo de acróbatas. Los hombres aplaudieron frenéticamente. El animal gordo empezó inmediatamente a balancearse sobre el rabo.

—¡Bravo! —exclamó Simmons.

Los cinco animales peludos se bajaron de un salto de la grupa de la jirafa y empezaron a bailar alrededor del cerdo.

—¡Hurra! —dijo Morrison, el bacteriólogo.

La hipo-jirafa dio un súbito salto y aterrizó sobre una oreja, luego se puso otra vez de pie e hizo una profunda inclinación.

El capital Kilpepper frunció el ceño y se rascó el cogote. Intentaba imaginar un motivo de aquella conducta.

Los nativos rompieron a cantar. Era una melodía extraña, pero reconocible como tal. Armonizaron durante unos cuantos segundos, luego hicieron una inclinación y empezaron a revolcarse por la hierba.

Los tripulantes aún seguían aplaudiendo. Aramic había sacado su cuaderno de notas y apuntaba la música.

—Está bien —dijo Kilpepper—. Volvamos adentro. Le lanzaron miradas de reproche.

—Tenemos que dejar a los demás una oportunidad —dijo el capitán. A regañadientes, le siguieron al interior.

—Supongo que ustedes quieren examinarlos algo más —dijo Kilpepper a los científicos.

—Desde luego —afirmó Simmons—. Nunca se vio nada igual.

Kilpepper asintió y entró de nuevo en la nave. Cuatro tripulantes más entraron tras él.

—¡Moreno! —gritó Kilpepper. El ayudante se acercó a saltos al puente—. Quiero localizar esa masa metálica. Coja un hombre y manténgase en contacto por radio con la nave constantemente.

—De acuerdo, señor —dijo Moreno con una amplia sonrisa—. Cordiales, ¿verdad, señor?

—Sí —convino Kilpepper.

—Un mundo bonito —dijo el ayudante.

—Sí.

El ayudante Moreno fue a recoger su equipo. El capitán Kilpepper se sentó intentando dar con el problema que sin duda tenía que haber en aquel planeta.

Kilpepper se pasó casi todo el día siguiente examinando los informes. Al final de la tarde dejó su lápiz y salió a dar un paseo.

—¿Tiene usted un momento, capitán? —preguntó Simmons—. Hay algo en el bosque que me gustaría enseñarle.

Kilpepper soltó un gruñido por puro hábito, pero siguió al biólogo. También él sentía curiosidad por el bosque.

De camino, se les unieron tres nativos.

Estos tres concretos eran como perros, salvo por el color: rojo y blanco.

—Bueno, aquí es —dijo Simmons con mal disimulada ansiedad una vez llegaron al bosque—. Mire a su alrededor. ¿Qué es lo que le parece extraño de lo que ve?

Kilpepper miró. Los árboles tenían gruesos troncos y estaban bastante espaciados. Tan espaciados, de hecho, que se podía ver a través de ellos el claro siguiente.

—Bueno —contestó—, sería imposible perderse aquí.

—No se trata de eso —dijo Simmons—. Vamos, fíjese bien.

Kilpepper sonrió. Simmons le había llevado allí porque él era mejor público y mejor oyente que ninguno de sus ensimismados colegas.

Tras ellos, saltaban y jugueteaban los tres nativos.

—No hay maleza —dijo Kilpepper, tras caminar unos pasos más allá. Había lianas que se alzaban rodeando los troncos de los árboles, cubiertas de flores multicolores. Mirando a su alrededor, Kilpepper vio un pájaro que descendía como una flecha, volaba alrededor de la cabeza de uno de los perros rojiblancos y se alejaba de nuevo.

El pájaro era plata y oro.

—¿Así que no ve usted nada raro? —preguntó Simmons impaciente.

—Sólo los colores —dijo Kilpepper—. ¿Hay algo más?

—Mire los árboles.

Las ramas estaban cargadas de frutos. Colgaban en racimos, en las ramas más bajas, con una desconcertante variedad de colores, formas y tamaños. Los había que parecían uvas, otros plátanos y otros melones y...

—Muchas especies distintas, imagino —aventuró Kilpepper, que no sabía exactamente lo que Simmons quería que viese.

—¡Diferentes especies! Mire detenidamente. ¡Hay hasta diez tipos distintos de frutos en una rama!

Examinando más de cerca, Kilpepper vio que era cierto. Todos los árboles tenían una asombrosa multiplicidad de frutos.

—Y eso es sencillamente imposible —dijo Simmons—. No es mi campo, desde luego, pero puedo afirmar con absoluta certeza que cada fruto es una entidad diferenciada e independiente. No son estados de un proceso.

—¿Cómo se lo explica? —preguntó Kilpepper.

—Yo no tengo por qué —sonrió el biólogo—. Pero algún pobre botánico va a tener que buscar una explicación.

Dieron la vuelta camino de la nave.

—¿Y qué hacía usted aquí? —preguntó Kilpepper.

—¿Yo? Estaba haciendo un pequeño trabajo antropológico ahí cerca. Quería ver dónde vivían nuestros amigos. No hubo suerte. No hay caminos, ni instrumentos, nada. No hay siquiera cuevas.

A Kilpepper no le pareció insólito el que un biólogo realizase un rápido estudio antropológico. Era imposible tener representantes de todas las ramas de la ciencia en una expedición de aquel tipo. La supervivencia era lo primario: biología y bacteriología. Luego, lingüística. Después de esto se apreciaban los conocimientos de botánica, ecología, psicología, sociología, etcétera.

Alrededor de los animales (o nativos) se habían agrupado ocho o nueve pájaros junto a la nave. Los pájaros eran todos de brillantes colores: tenían motas circulares, bandas, manchas multicolores. No había ni un solo color gris o apagado.

El ayudante Moreno y el tripulante Flynn cruzaron la espesura del bosque. Se detuvieron al pie de un pequeño cerro.

—¿Tendremos que subirlo? —preguntó Flynn con un suspiro. La gran cámara que llevaba a la espalda pesaba mucho.

—La manecilla dice que sí —Moreno indicó su marcador. Este mostraba la presencia de una masa metálica precisamente encima de la elevación.

—Las naves espaciales deberían llevar coches —dijo Flynn, inclinándose hacia adelante para equilibrarse al iniciar la suave pendiente.

—Sí, o camellos.

Sobre ellos volaban, gorjeando alegremente, pájaros rojo y oro. La brisa abanicaba las hierbas altas y tarareaba melodiosamente entre las hojas y las ramas del bosque próximo. Tras ellos, iban dos nativos. Tenían forma de caballo, salvo por la piel, que era verde con manchas blancas.

—Esto parece un circo —comentó Flynn al ver que uno de los caballos describía un círculo alrededor de él.

—Sí —convino Moreno. Llegaron a la cima del cerro y empezaron a bajarlo. De pronto Flynn se detuvo.

—¡Mira eso!

Al pie de la ladera, se elevaba, fina y recta, una columna de metal. La recorrieron con los ojos. Se elevaba y se elevaba y su cúspide se perdía en las nubes.

Bajaron rápidamente y la examinaron. De cerca, la columna era mucho más consistente de lo que parecía. Tenía unos tres metros de diámetro, según calculó Moreno. El metal le pareció una aleación de acero, por su color gris azulado. Pero ¿qué acero, se preguntó, podía soportar un fuste de aquel tamaño?

—¿A qué altura crees que estarán esas nubes? —preguntó. Flynn echó hacia atrás la cabeza.

—Dios mío, a por lo menos ochocientos metros. Quizás un kilómetro, o kilómetro y medio.

Las nubes habían ocultado la columna desde la nave, y además su color gris azulado, que se difuminaba con el fondo, contribuía aun más a enmascararla.

—No creo —dijo Moreno—. Me pregunto qué fuerza de compresión tendrá esto. —Contemplaron asombrados el tremendo fuste.

—Bueno —dijo Flynn—. Lo mejor será que saques unas fotografías.

Descargó su cámara y tomó tres fotos de la columna desde unos tres metros, y luego tomó otra con Moreno como punto de comparación. Las tres fotografías siguientes las enfocó hacia arriba.

—¿Qué imaginas que es? —preguntó Moreno,

—Que lo adivinen los grandes cerebros —contestó Flynn—. Se van a volver locos. —Guardó de nuevo la cámara—. Bueno, supongo que tendremos que volver allá andando. Lástima que no podamos montar en uno de esos caballos. —Contemplaba ansioso los caballos verdiblancos.

—Prueba a ver si te rompes el pescuezo —dijo Moreno.

—En, muchacho, ven aquí —llamó Flynn. Uno de los caballos se acercó y se arrodilló a su lado. Flynn montó rápidamente. Una vez arriba, sonrió a Moreno.

—No rompas la cámara —dijo Moreno—. Es propiedad del gobierno.

—Buen muchacho —dijo Flynn al caballo—. Buen chico, sí señor. —El caballo se incorporó... y sonrió.

—Te veré en la nave —dijo Flynn, guiando al caballo hacia la colina.

—Un momento —dijo Moreno; miró sombríamente a Flynn y luego hizo una seña al otro caballo—. Vamos, muchacho.

El caballo se arrodilló y Moreno subió en él.

Cabalgaron en círculo unos instantes, experimentando. Podían conducir a los caballos con toques. Sus anchas grupas eran sorprendentemente cómodas. Uno de los pájaros rojo y oro descendió y se posó en el hombro de Flynn.

--Vaya, vaya, esto es vida —dijo Flynn, palmeando la generosa grupa de su montura—. Volvamos a la nave, compañero.

—Vamos allá —dijo Moreno. Pero sus caballos avanzaban con paso lento, pese a sus tentativas de hacerlos trotar.

Junto a la nave, Kilpepper estaba sentado en la hierba, viendo trabajar a Aramic. El lingüista era un hombre paciente. Sus hermanas siempre habían subrayado su paciencia.

Sus colegas le habían alabado por ella, y sus alumnos, en sus años de profesor, la habían apreciado. Ahora, el trasfondo de dieciséis años de autodomínio se manifestaba.

—Lo intentaremos otra vez —dijo Aramic con su voz más sosegada. Recorrió las páginas de Aproximación Lingüística a Inteligencias Alienígenas de Segundo Grado (texto del que era autor) y localizó el gráfico que buscaba. Abrió la página y señaló.

El animal que estaba a su lado parecía un cruce inconcebible entre ardilla listada y panda gigante. Posó un ojo en el gráfico, mientras el otro vagaba cómicamente por su cuenca.

—Planeta —dijo Aramic, señalando—. Planeta.

—Perdone, capitán —dijo Simmons—. Me gustaría montar aquí ese aparato de rayos X.

—Desde luego —dijo Kilpepper, retirándose para dejar al biólogo instalar allí la máquina.

—Planeta —dijo de nuevo Aramic.

—Elam vessel holam cram —dijo alegremente la ardilla-panda.

Maldita sea, tenían un idioma. No había duda de que los sonidos que emitían eran representativos. Todo era cuestión de dar con un terreno común. ¿Dominarían abstracciones simples? Aramic posó su libro y señaló a la ardilla-panda.

—Animal —dijo, y esperó.

—Procure que se esté quieto —dijo Simmons, enfocando los rayos X—. Así. Un poco más.

—Animal —repitió Aramic esperanzado.

—Eeful beeful box —dijo el animal—. Soful toful lox, ra-madán, Samduran, eeful beeful box.

Paciencia, se recordó Aramic. Actitud positiva. Era alentador. No había que desmayar.

Cogió otro de los manuales. Este se titulaba Aproximación Lingüística a Inteligencias Alienígenas de Primer Grado.

Encontró lo que quería y lo señaló. Sonriendo, alzó un dedo.

—Uno —dijo.

El animal se inclinó hacia adelante y olisqueó el dedo del lingüista. Con una agria sonrisa, Aramic alzó otro dedo.

—Dos. —Luego alzó otro—. Tres.

—Hoogalex —dijo súbitamente el animal.

¿Un diptongo? ¿Significaba «Uno» aquella palabra?

—Uno —repitió, moviendo el mismo dedo.

—Vereserevei —dijo el animal, resplandeciente. ¿Podía ser aquello otra forma de «uno»?

—Uno —repitió.

El animal se puso a cantar.

—Sevef hevef ulud cram, aragan, biligan, homus dram...

Se detuvo y miró el Manual de Aproximación Lingüística, que se alzaba en el aire, y la espalda de lingüista que, con notable paciencia, había logrado dominarse y no retorcerle el cuello.

Moreno y Flynn llegaron por fin y Kilpepper escuchó desconcertado su informe. Estudió cuidadosamente las fotografías.

La columna era redonda y lisa y evidentemente manufacturada. Una raza capaz de hacer algo así podía significar problemas. Grandes problemas.

Pero, ¿quién había construido aquella columna? No habían sido, desde luego, los felices y estúpidos animales que rodeaban la nave.

—¿Dices que la cúspide está oculta entre las nubes? —preguntó Kilpepper.

—Así es, señor —contestó Moreno—. Esa maldita columna debe de tener por lo menos kilómetro y medio de altura.

—Volved —dijo Kilpepper—. Coged un radaroscopio. Llevad también equipo infrarrojo. Y traedme una fotografía de la cúspide de esa columna. Quiero saber qué altura alcanza y lo que hay arriba. Rápido,

Flynn y Moreno dejaron el puente.

Kilpepper contempló durante un minuto las fotografías, aún húmedas, y luego las dejó. Entró en el laboratorio de la nave, acuciado por vagos celos. Aquel planeta no tenía sentido, y esto le inquietaba. Kilpepper había descubierto, a su propia costa, que todo tiene sentido y normas. Si no las descubres a tiempo, pagas las consecuencias.

Morrison, el bacteriólogo, era un individuo pequeño y triste. Parecía en aquel momento una prolongación del microscopio por el que miraba.

—¿Aparece algo? —preguntó Kilpepper.

—He encontrado que falta algo —dijo Morrison, alzando la cabeza del microscopio y pestañeando—. He encontrado, en realidad, que faltan muchas cosas.

—¿El qué? —preguntó Kilpepper.

—He hecho pruebas con las flores —dijo Morrison— y he sacado muestras de la tierra y del agua. Nada definitivo aún, pero prepárese...

—Estoy preparado. ¿De qué se trata?

—¡De que no hay ni una sola bacteria en este planeta!

—¿Cómo? —dijo Kilpepper, porque no se le ocurrió otra cosa. No consideraba aquella revelación particularmente estremecedora. Pero el bacteriólogo actuaba como si hubiese anunciado que el subsuelo del planeta era de queso verde de una pureza del cien por cien.

—Así es. El agua del río es más pura que el alcohol destilado. La tierra de este planeta es más limpia que un escabelo desinfectado. Las únicas bacterias son las que traemos nosotros. Y están muñéndose.

—¿Cómo?

—Sí, el aire de este planeta tiene unos tres agentes desinfectantes que he detectado y probablemente una docena más que no he detectado aún. Lo mismo que el polvo y el agua. ¡Este lugar está esterilizado!

—Bueno, pero... —empezó a decir Kilpepper; no podía en realidad apreciar el valor exacto de aquella revelación; aún seguía preocupado por la columna de acero—. ¿Qué significa esto?

—Me alegro de que me lo pregunte —dijo Morrison—. Sí, me alegro de veras. Significa simplemente que este lugar no existe.

—Oh, vamos.

—De veras. No puede haber vida sin microorganismos. Aquí falta toda una sección del ciclo vital.

—Desgraciadamente, existe —dijo Kilpepper señalando a su alrededor—. ¿No se le ocurre alguna otra teoría?

—Sí, pero primero quiero acabar estos experimentos. De todos modos le diré una cosa que quizás le permita descubrir lo que pasa por sí mismo.

—Adelante.

—No he conseguido localizar ni un trozo de roca en este planeta. Por supuesto, ése no es concretamente mi campo... pero en esta expedición hay que hacer de todo. En fin, de cualquier modo yo estoy interesado por la geología. Y no hay ni una sola roca suelta ni una piedra por aquí. La piedra más pequeña tiene unas siete toneladas, según mis cálculos.

—¿Qué significa eso?

—¡Vaya! ¿También le sorprende? —Morrison sonrió—. Perdone. Quiero terminar estas pruebas antes de la cena.

Poco antes de oscurecer, una vez reveladas las radiografías de los animales, Kilpepper tuvo otra sorpresa. Morrison le había dicho que aquel planeta no podía existir. Ahora Simmons insistía en que los animales no podían existir.

—Mire, mire esta radiografía —dijo a Kilpepper—. Vea. ¿Dónde están los órganos?

—Yo no sé mucho de rayos X.

—No hace falta entender. Basta con que mire.

Los rayos X mostraban unos cuantos huesos y uno o dos órganos. Había rastros de un sistema nervioso en algunas de las radiografías; pero, básicamente, los animales parecían una masa homogénea.

—No hay estructura interna suficiente ni para un gusano —dijo Simmons—. Esta simplificación es imposible. No hay corriente sanguínea. No hay cerebro. Hay un sistema nervioso diminuto. Los órganos que tienen son disparatados.

—Y su conclusión es...

—Que esos animales no existen —dijo Simmons de muy buen humor. Le gustaba la idea. Sería divertido hacer un artículo sobre un animal inexistente. Aramic se acercó a ellos maldiciendo en voz baja.

—¿Hubo suerte con esa jerga? —le preguntó Simmons.

—¡No! —exclamó Aramic, luego enrojeció—. Perdonen. Acabo de hacer la prueba para inteligencia de grado C3BB. Tipo ameba. Sin resultado.

—Quizás carezcan por completo de inteligencia —sugirió Kilpepper.

—No. Esa habilidad suya para hacer cabriolas y exhibiciones demuestra un cierto grado de inteligencia. Y también tienen un tipo de lenguaje, y una norma de respuesta definida. Pero no prestan la menor atención. Lo único que quieren es cantar.

—Creo que todos necesitamos cenar —dijo Kilpepper—. Y echar un trago o dos de la reserva.

Después de cenar y de los tragos, los científicos se animaron lo suficiente para considerar algunas posibilidades. Cotejaron sus datos.

Primero: los nativos (o animales) no mostraban indicios de poseer órganos internos, ni aparatos reproductores o excretorios. Parecía haber por lo menos tres docenas de especies, sin contar los pájaros, y seguían apareciendo.

Lo mismo sucedía con las plantas.

Segundo: El planeta era asombrosamente estéril y actuaba de modo que pudiese mantener su esterilidad.

Tercero: Los nativos tenían un idioma, pero evidentemente no podían transmitirlo a otros. Ni podían aprender otro idioma.

Cuarto: No había piedras ni rocas pequeñas.

Quinto: Había una descomunal columna de acero que se elevaba hasta una altura de por lo menos ochocientos metros, y cuya altura exacta se determinaría cuando se revelasen las nuevas fotografías. Aunque no había indicios de una cultura de la máquina, la columna era evidentemente producto de una cultura de éste género. Alguien tenía que haberla construido e instalado allí.

—¿Qué resulta uniendo todo esto? —preguntó Kilpepper.

—Yo tengo una teoría —dijo Morrison—. Es una bella teoría. ¿Quieren que se la explique?

Todos dijeron que sí salvo Aramic, que aún cavilaba sobre su incapacidad para aprender el idioma nativo.

—A mi juicio este planeta fue construido por alguien. No hay otra solución. Ninguna raza se desarrollaría sin bacterias. Debió de construirlo una súper raza, la raza que instaló esa columna de acero. Lo construyeron para esos animales.

—¿Por qué? —preguntó Kilpepper.

—Eso es lo más bonito —contestó soñadoramente Morrison— Puro altruismo. Piensen en los nativos. Felices, juguetones. Completamente al margen de cualquier violencia, sin ninguna costumbre desagradable. ¿No se merecen un mundo? ¿No se merecen un mundo donde puedan jugar y correr en un verano eterno?

—Eso es bonito —admitió Kilpepper, con una sonrisa—. Pero...

—Estos eres están aquí como un recordatorio —continuó Morrison—. Un mensaje a todas las razas que vengan aquí de que los seres pueden vivir en paz.

—Eso sólo tiene un fallo —objetó Simmons—. Los animales no pudieron evolucionar de modo natural. Ya vieron ustedes las radiografías.

—Eso es cierto. —El soñador luchó brevemente con el biólogo, y perdió—. Quizás sean robots.

—Es una explicación que apoyo —dijo Simmons—. En mi opinión la raza que construyó la columna de acero construyó también esos animales. Son siervos, esclavos. Además, podrían pensar incluso que nosotros somos sus amos.

—¿Y dónde estarán sus auténticos amos? —preguntó Morrison.

—¿Y yo qué sé? —repuso Simmons.

—¿Y dónde vivirían esos amos? —preguntó Kilpepper—. No hemos localizado nada que parezca una vivienda.

—Están tan adelantados que no necesitan máquinas ni casas. Viven directamente con la naturaleza.

—Entonces. ¿Para qué necesitan criados? —preguntó implacable Morrison—. ¿Y por qué construyeron la columna?

Por la noche, los científicos pudieron disponer de las fotografías de la columna de acero y las examinaron ansiosos. La cúspide de la columna estaba a casi kilómetro y medio de altura, oculta entre espesas nubes. Había una proyección a los lados de la cúspide, que se extendía en ángulo recto hasta una distancia de treinta metros.

—Parece como una torre de observación —dijo Simmons.

—¿Y qué podrían observar desde esa altura? —preguntó Morrison—. No verían más que nubes.

—Quizás les guste mirar las nubes —sugirió Simmons.

—Yo me voy a la cama —declaró Kilpepper decepcionado.

Cuando despertó a la mañana siguiente tuvo la sensación de que algo iba mal. Se vistió y salió. Era como si hubiese algo intangible en el viento. ¿O eran sólo sus nervios?

Kilpepper meneó la cabeza. Tenía fe en sus premoniciones. Solían significar que, inconscientemente, había completado algún proceso de razonamiento.

Todo parecía en orden alrededor de la nave. Allí estaban los animales, vagabundeando perezosamente.

Kilpepper los contempló y dio la vuelta a la nave. Los científicos estaban al otro lado intentando resolver los misterios del planeta. Aramic pretendía aprender el idioma de un animal verde y plata de plañideros ojos. El animal parecía insólitamente apático aquella mañana. Apenas si murmuraba sus canciones y no prestaba atención alguna a Aramic.

Kilpepper pensó en Circe. ¿Serían aquellos animales personas convertidas en bestias por alguna malvada hechicera? Rechazó la fantástica idea y siguió su paseo.

La tripulación no había advertido nada especial. Se habían dirigido, en masa, a la catarata, para nadar un rato. Kilpepper ordenó a dos hombres que hiciesen una inspección microscópica de la columna de acero.

Esto era lo que más le preocupaba. No parecía preocupar a los otros científicos, pero Kilpepper consideraba que era lógico. Cada loco con su tema. El lingüista daba la máxima importancia al idioma de aquellos seres, mientras que el botánico tendía a pensar que la clave del problema estaba en aquellos árboles de diversos frutos.

¿Y qué pensaba él? El capitán Kilpepper analizó sus ideas. Lo que él necesitaba, concluyó, era una teoría de campo. Algo que unificase todos los fenómenos observados.

¿Qué teoría haría esto? ¿Por qué no había gérmenes? ¿Por qué no había rocas? Por qué, por qué. Kilpepper estaba seguro de que la explicación era relativamente simple. Casi podía verla... pero no del todo.

Se sentó a la sombra, apoyándose en la nave, y se puso a pensar.

Hacia el mediodía, Aramic, el lingüista, se acercó. Tiró sus libros, uno a uno, contra el casco de la nave.

—Calma —recomendó Kilpepper.

—Renuncio —dijo Aramic—. Esos animales no me prestan la menor atención. Apenas si hablan. Y no dejan de hacer cabriolas.

Kilpepper se levantó y se acercó a los animales. Desde luego parecían muy poco animados. Se arrastraban por allí como si estuviesen en las últimas etapas de la desnutrición.

Simmons estaba con ellos, tomando notas en un pequeño bloc.

—¿Qué les pasa a sus amigos?—preguntó Kilpepper.

—No sé —contestó Simmons—. Quizás estuviesen tan excitados que no pudiesen dormir anoche.

La hipo-jirafa se derrumbó de pronto. Lentamente se echó de costado y se quedó inmóvil.

—Qué extraño —dijo Simmons—. Es la primera vez que veo a uno hacer esto.

Se inclinó sobre el animal caído intentando comprobar los latidos del corazón. Al cabo de unos segundos se incorporó.

—Ningún signo de vida —dijo.

Dos de los pequeños seres de piel negra brillante se derrumbaron.

—Oh, Dios mío —dijo Simmons, acercándose a ellos—. ¿Qué pasa ahora?

—Creo que lo sé —dijo Morrison, saliendo de la nave, muy pálido—. Gérmenes.

—Capitán, me siento como un asesino. Creo que hemos matado a estos pobres animales. ¿Se acuerda que le dije que no había rastro de microorganismos? ¡Piense cuántos habremos introducido! Las bacterias debieron de salir a oleadas de nuestros cuerpos y asentarse en los de nuestros anfitriones. Que recuerde, no tienen la menor resistencia.

—¿Pero no dijo usted que el aire tenía varios agentes desinfectantes? —preguntó Kilpepper.

—Evidentemente no trabajaron con la suficiente rapidez. —Morrison se inclinó y examinó a uno de los animales pequeños—. Estoy seguro.

El resto de los animales que había alrededor de la nave iban cayendo y quedándose inmóviles. El capitán Kilpepper miró a su alrededor nervioso.

Uno de los tripulantes apareció de pronto jadeando. Aún venía mojado de su baño junto a la catarata.

—Señor —balbució—. En la catarata... los animales...

—Lo sé —dijo el capitán—. Vamos todos allá.

—Eso no es todo, señor —dijo el hombre—. La catarata... sabe, la catarata...

—Bueno, dílo de una vez.

—Se paró, señor. Dejó de correr.

—¡Que vengan acá todos los hombres! —el tripulante volvió corriendo a las cataratas. Kilpepper miró a su alrededor sin saber muy bien lo que buscaba. El bosque marrón estaba tranquilo. Demasiado tranquilo.

Casi tenía la solución...

Kilpepper se dio cuenta de que aquella brisa suave y constante que había estado soplando desde su aterrizaje no soplaba ya.

—¿Qué demonios pasa aquí? —preguntó inquieto Simmons. Volvieron hacia la nave.

—¿Es que está oscureciéndose el sol? —susurró Morrison. No estaban seguros. Era media tarde, pero el sol parecía menos luminoso.

Los tripulantes regresaron corriendo de la catarata, mojados aún. Kilpepper ordenó que todos volviesen a la nave. Los científicos observaban inmóviles la tierra silenciosa.

—¿Qué pudimos hacer? —preguntó Aramic. Se estremeció contemplando los animales caídos.

Los hombres que habían ido a examinar la columna bajaban corriendo por la ladera, saltando entre las hierbas altas como si les persiguiese el mismo demonio.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Kilpepper

—¡Es esa maldita columna, señor! —contestó Moreno—. ¡Está dando vueltas!

La columna, aquella increíble masa de sólido metal de kilómetro y medio de altura, estaba girando.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Simmons.

—Volver a la nave —murmuró Kilpepper. Ahora tenía la sensación de que la respuesta iba tomando forma. Sólo necesitaba un poco más. Una cosa más...

¡Los animales se levantaron súbitamente! Los pájaros rojo y plata empezaron a volar de nuevo, remontándose en el aire. La hipo-jirafa se asentó sobre sus pies, bufó y se alejó corriendo. El resto de los animales la siguieron. Una avalancha de extraños animales brotó del bosque y se desparramó por el prado.

A toda velocidad siguieron hacia el oeste, alejándose de la nave.

—¡Volvamos a la nave! —gritó súbitamente Kilpepper. Aquello era suficiente. Ahora sabía y sólo esperaba poder llegar con la nave al espacio a tiempo.

—¡Deprisa! ¡Pongan en marcha los motores! —gritó a los desconcertados tripulantes.

—Pero aún tenemos equipo por ahí fuera —dijo Simmons—. No veo la necesidad de esto...

—¡Deprisa! —bramó el capitán Kilpepper, empujando a los científicos hacia el compartimento de la nave. De pronto se alzaron largas sombras por el oeste.

—Capitán, aún no hemos completado nuestras investigaciones...

—Podremos considerarnos muy afortunados si salimos de ésta vivos —dijo Kilpepper mientras entraban en el compartimento—. ¿Es que no lo han comprendido aún? ¡Cierren la compuerta! ¡Ciérrenlo todo!

—¿Se refiere usted a la columna? —preguntó Simmons, tropezando con Morrison en el pasillo de la nave—. Está bien, supongo que hay alguna súper raza...

—Esa columna es una llave de un lado del planeta —dijo Kilpepper, corriendo hacia el puente—. Pone en marcha todo esto. Todo este mundo. Animales, ríos, viento, todo se pone en marcha con esa llave.

Dispuso una rápida órbita en el indicador de la nave.

—Piensen —dijo—. Un sitio donde cuelgan de los árboles toda clase de frutos maravillosos. Donde no hay bacterias que puedan hacerte daño, donde no hay siquiera una piedra aguda o una roca con que puedas tropezar. Un lugar lleno de animales maravillosos, divertidos, amables. Donde todo está diseñado para divertirte.

—¡Un campo de juego!

Los científicos le miraron asombrados.

—La columna es una llave. Todo esto se pone en marcha con ella. Y se quedó sin cuerda mientras nosotros hacíamos una visita imprevista. Ahora alguien está dando cuerda otra vez al planeta.

Al otro lado de la escotilla las sombras se extendían miles de metros sobre el verde prado.

—En fin —dijo Kilpepper accionando la palanca de despegue—. A diferencia de esos animales de juguete, yo no quiero encontrarme con los niños que juegan aquí. Y sobre todo no quiero encontrarme con sus padres.

INMUNIDAD DIPLOMÁTICA

—Entren, caballeros —el embajador les indicó que pasaran a aquella suite especialísima proporcionada por el Departamento de Estado—. Siéntense, por favor.

El coronel Cercy aceptó una silla, intentando descifrar al individuo que tenía a todo Washington mordiéndose las uñas. El embajador no inspiraba en persona temor alguno. De estatura media y no muy corpulento, vestía un traje marrón tradicional que le había dado también el Departamento. Tenía un rostro inteligente, de delicados trazos.

Tan humano como un humano, pensó Cercy, estudiando al alienígena con ojos sombríos e impersonales.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó sonriente el embajador.

—El presidente me ha puesto al cargo de su caso —dijo Cercy—. He estudiado los informes del profesor Darring —indicó con un gesto al científico que estaba a su lado—, pero me gustaría que me lo contase usted personalmente.

—Desde luego —dijo el alienígena, encendiendo un cigarrillo. Parecía realmente complacido de que se lo preguntaran; lo que no dejaba de ser interesante, pensó Cercy. Hacía una semana que había llegado a la Tierra y habían estado con él todos los científicos importantes del país.

Pero en caso de apuro llaman al ejército!, se recordó Cercy. Se retrepó en su silla, ambas manos embutidas cuidadosamente en los bolsillos. La derecha sujetaba la culata de un 45.

—He venido —dijo el alienígena— como embajador general, en representación de un imperio que abarca media galaxia. Traigo saludos de mi pueblo y les invito a unirse a la Organización.

—Comprendo —dijo Cercy—. Algunos científicos sacaron la impresión de que tal unión era obligatoria.

—Se unirán ustedes a nosotros voluntariamente —dijo el embajador, echando humo por la nariz.

Cercy vio que Darring se erguía en su silla y se mordía los labios. Colocó la automática en posición de poder sacarla fácilmente.

—¿Cómo nos localizaron? —preguntó.

—Nosotros, los embajadores generales, tenemos asignada cada uno una zona desconocida del espacio —explicó el alienígena—. Examinamos todos los sistemas estelares de la región buscando planetas, y en ellos vida inteligente. Como sabe, la vida inteligente es rara en la galaxia.

Cercy asintió, aunque no había caído en la cuenta de tal hecho.

—Cuando encontramos un planeta así, aterrizamos, como hicimos, y preparamos a los habitantes para que se unan a nuestra organización.

—¿Y cómo saben los demás que han encontrado vida inteligente? —preguntó Cercy.

—Hay un mecanismo de emisión que forma parte de nuestra estructura —contestó el embajador—. Cuando llegamos a un planeta habitado, se acciona. Esta señal se lanza constantemente al espacio, con un alcance efectivo de varios miles de años luz. Hay tripulaciones de seguimiento que recorren continuamente los límites del área de recepción

de cada embajador, atentos a tales mensajes. En cuanto se detecta uno, desciende al planeta un equipo colonizador.

Sacudió delicadamente su cigarrillo al borde del cenicero.

—Este método es mucho mejor que el de enviar equipos de exploración y colonización conjuntos —prosiguió—. Así no hay que equipar grandes fuerzas para lo que pueden ser décadas de búsqueda y exploración.

—Claro, claro. —Cercy le miraba sin expresión—. ¿Puede decirme más sobre ese mensaje?

—No necesita usted saber mucho más. La señal radiada no pueden detectarla ustedes con sus métodos, ni pueden bloquearla, en consecuencia. La emisión sigue mientras yo siga vivo.

Darrig inspiró profundamente, mirando a Cercy.

—Si usted dejara de radiar —comentó como de pasada Cercy—, nuestro planeta jamás sería localizado.

—Hasta que no reexplorasen esta sección del espacio —añadió el diplomático.

—Muy bien. Pues como representante oficial del presidente de los Estados Unidos, le pido que deje de transmitir. No queremos formar parte de su imperio.

—Lo lamento —dijo el embajador. Se encogió de hombros despreocupadamente. Cercy se preguntó cuántas veces habría representado aquella escena y en cuántos planetas.

—¿Dejará usted de radiar?

—No puedo. No tengo ningún control sobre la emisión una vez activada. —El diplomático se volvió y se acercó a la ventana—. Sin embargo, he preparado para ustedes una filosofía. Es mi deber, como embajador aquí, aminorar el choque de transmisión lo máximo posible. Esta filosofía les hará ver instantáneamente que...

Cuando el embajador llegó a la ventana, Cercy había sacado la pistola. Disparó seis ráfagas seguidas, alcanzando al embajador en la espalda y en la cabeza. Pero un incontrolable escalofrío le hizo estremecerse.

¡El embajador ya no estaba allí!

Cercy y Darrig se miraron. Darrig murmuró algo sobre espectros. Luego, con la misma brusquedad, el embajador apareció otra vez.

—No se crean —dijo— que va a ser tan fácil. Nosotros los embajadores tenemos, lógicamente, cierta inmunidad diplomática. —Acarició uno de los agujeros hechos por las balas en la pared—. Por si no entienden, déjenme que les explique. No tienen poder suficiente para matarme. No podrían comprender siquiera la naturaleza de mis poderes de defensa.

Les miró, y en aquel momento Cercy percibió la total ajenidad del embajador.

—Buenos días, caballeros —dijo.

Darrig y Cercy volvían silenciosos a la sala de control. No esperaban en realidad que el embajador fuese tan fácil de matar, pero de todos modos había sido un trauma ver que las balas no podían alcanzarle.

—Supongo que lo viste todo, Malley... —dijo Cercy cuando llegaron a la sala de control. El flaco y calvo psiquiatra asintió con tristeza.

—Está todo filmado.

—¿Que filosofía será ésa? —musitó Darrig, casi para sí.

—Es lógico que funcione, claro. Ninguna raza enviaría a un embajador con un mensaje así si no. A menos...

—¿A menos qué?

—A menos que tuviese un sistema de defensa muy eficaz —concluyó con tristeza el psiquiatra.

Cercy cruzó la habitación y contempló la placa visual. La habitación del embajador era muy especial. Se había construido precipitadamente dos días después de que aterrizara y entregara su mensaje. Estaba revestida de hierro y plomo, llena de cámaras de vídeo y de cine, grabadoras y muchas otras cosas.

Era la última palabra en celdas de muerte.

En la pantalla Cercy pudo ver al embajador sentado a la mesa. Escribía con una pequeña máquina portátil que el gobierno le había dado.

—¡Eh, Harrison! —llamó Cercy—. Podríamos seguir adelante con el plan dos.

Harrison salió de la habitación contigua donde estaba examinando los circuitos ligados a la residencia del embajador. Metódicamente controló sus marcadores de presión, ajustó los controles y miró a Cercy.

—¿Ahora? —preguntó.

—Ahora. —Cercy miró la pantalla. El embajador aún seguía tecleando.

De pronto, cuando Harrison accionó el dispositivo, la habitación quedó envuelta en llamas. Brotó fuego de agujeros ocultos de las paredes, del suelo y de techo.

En un instante la habitación pasó a ser como el interior de un horno.

Cercy dejó que ardiera durante dos minutos, luego hizo un gesto a Harrison para que desconectara. Contemplaron la calcinada habitación.

Buscaban un cadáver carbonizado.

Pero el embajador reapareció a su mesa, mirando lastimero la chamuscada máquina. ¡Totalmente ileso!

—¿Pueden proporcionarme otra máquina de escribir? —preguntó, mirando directamente a uno de los proyectores ocultos—. Estoy redactando una filosofía para ustedes, miserables desagradecidos.

Se sentó en los restos de un sillón y al cabo de un momento parecía dormido.

—De acuerdo, siéntense todos —dijo Cercy—. Empieza el consejo de guerra.

Malley se retrepó en su silla. Harrison encendió una pipa aspirando el humo lentamente.

—Veamos —dijo Cercy—. El gobierno ha dejado esto a nuestro cargo. Tenemos que matar al embajador... eso es evidente. Me han dado esa responsabilidad. —Cercy hizo una mueca de pesar—. Probablemente porque ninguno de arriba desea la responsabilidad de un fracaso. Y yo os he elegido a vosotros como ayudantes. Podemos disponer de cuanto queramos, de toda la ayuda y el asesoramiento que necesitemos. Eso es todo. ¿Alguna idea?

—¿Qué te parece el plan tres? —preguntó Harrison.

—Recurriremos a eso —dijo Cercy—. Pero no creo que resulte.

—Tampoco yo —aceptó Darrig—. No sabemos siquiera de qué naturaleza es su sistema de defensa.

—Eso es lo primero que hay que descubrir. Malley, reúne todos los datos de que se dispone y que alguien los pase por el Analizador Derichman. Ya sabes lo que queremos. Qué propiedades tiene X, si X puede hacer esto y aquello.

—Muy bien —dijo Malley. Salió, murmurando algo sobre el ascendiente de las ciencias físicas.

—Harrison —preguntó Cercy—, ¿está dispuesto el plan tres?

—Desde luego.

—Intentémoslo.

Mientras Harrison hacía los últimos ajustes, Cercy observaba a Darrig. El pequeño y rollizo físico miraba pensativo el espacio murmurando entre dientes. Cercy esperaba que descubriese algo. Esperaba grandes cosas de Darrig.

Sabiendo que era imposible trabajar con mucha gente, Cercy había elegido cuidadosamente a sus asesores. Lo que quería era calidad.

Pensando en esto, había elegido primero a Harrison. El corpulento y ceñudo ingeniero tenía fama de ser capaz de construir cualquier cosa, si le indicaban más o menos como funcionaba.

Cercy había elegido a Malley, el psiquiatra, porque no estaba seguro de que matar al embajador fuese un problema puramente físico.

Darrig era físico matemático, pero su mente inquieta y curiosa había elaborado algunas interesantes teorías en otros campos. Era el único del grupo realmente interesado en el embajador como problema intelectual.

—Es como el Viejo de Metal —dijo por fin Darrig.

—¿Qué es eso?

—¿No habéis oído nunca la historia del Viejo de Metal? Era un monstruo cubierto de una armadura de metal negro. Se enfrentó a él el matador de monstruos, un héroe legendario apache. Después de varias tentativas, el matador de monstruos consiguió matar por fin al Viejo de Metal.

—¿Cómo lo consiguió?

—Le hirió en el sobaco. Allí no tenía armadura.

—Magnífica —dijo Cercy con una malévola sonrisa—. Pidamos a nuestro embajador que levante un brazo.

—¡Todo listo! —dijo Harrison.

—De acuerdo. Adelante.

En la habitación del embajador comenzó a fluir un vapor invisible de silenciosos rayos gamma, de mortíferas radiaciones.

Pero no había allí ningún embajador para recibirlos.

—Ya basta —dijo Cercy al cabo de un rato—. Eso mataría a un rebaño de elefantes. El embajador permaneció invisible durante cinco horas, hasta que se desvaneció gran parte de la radioactividad. Luego apareció otra vez. —Todavía estoy esperando esa máquina de escribir —dijo.

—Aquí está el informe del analizador. —Malley entregó a Cercy unos papeles—. Esta es la formulación final, resumida.

Cercy leyó en voz alta:

—La defensa más simple contra cualquier arma es convertirse en el arma misma.

—Magnífico —dijo Harrison—. ¿Y eso que significa?

—Significa —explicó Darrig— que cuando atacamos al embajador con fuego él se vuelve fuego, si disparamos contra él un proyectil, se convierte en proyectil... hasta que desaparece la amenaza y entonces vuelve a su forma. —Cogió los papeles de la mano de Cercy y los ojeó.

—Hummm. Me pregunto si habrá algún paralelo histórico... no creo —alzó la cabeza—. Aunque esto no sea concluyente, parece bastante lógico. Cualquier otra defensa implicaría primero el reconocimiento del arma, luego una valoración y luego una contramaniobra acorde con la potencia del arma. La defensa del embajador tiene que ser mucho más rápida y segura. No necesita siquiera reconocer el arma. Supongo que su cuerpo simplemente se identifica, de algún modo, con lo que le amenaza.

—¿Hay algún medio de quebrar esa defensa según el analizador? —preguntó Cercy.

—El analizador afirma claramente que no hay ningún medio si las premisas son ciertas —contestó sombrío Malley.

—Podemos descartar ese juicio —dijo Darrig—. La máquina es limitada.

—Pero aún no hemos descubierto ningún medio de controlarle —indicó Malley—. Y sigue emitiendo ese mensaje. Cercy se quedó pensativo un momento.

—Convocad a todos los especialistas que encontréis. Conseguiremos vencer al embajador. Lo sé, lo sé —dijo, observando la expresión dubitativa de Darrig—, pero tenemos que intentarlo.

Los días siguientes se ensayaron en el embajador todas las combinaciones y permutaciones posibles de muerte. Se probaron con él todas las armas, desde las hachas de la Edad de Piedra a modernos rifles de alta potencia, granadas de mano, ácido, gases venenosos...

El siguió encogiendo los hombros filosóficamente y trabajando con la nueva máquina de escribir que le habían dado.

Metieron en su habitación bacterias, primero gérmenes de enfermedades conocidas, luego especies imitantes.

El diplomático ni siquiera pestañeó.

Le aplicaron electricidad, radiaciones, armas de madera, de hierro, de cobre, de bronce, de uranio... se lo aplicaron todo, ensayaron todas las posibilidades.

El no sufrió ni un rasguño, pero parecía que en su habitación se desarrollase una pelea de bar constante desde hacía cincuenta años.

Malley trabajaba en un plan propio, y lo mismo Darrig. El físico interrumpió su trabajo lo suficiente para recordarle a Cercy el mito de Baldur. Baldur había sido atacado con toda clase de armas, siendo inmune a todas porque la tierra toda había prometido amarle. Todo salvo el muérdago. Cuando le golpearon con una ramita de muérdago, murió.

Cercy le escuchó con impaciencia, pero pidió muérdago por si acaso.

Al menos no fue más inútil que las bombas o el arco y la flecha. Su único efecto fue dar un extraño aire festivo a la destrozada habitación.

Al cabo de una semana trasladaron el imperturbable embajador a una celda de muerte más sólida, más nueva y mayor. No podían penetrar en la otra por la radioactividad y los microorganismos.

El embajador seguía trabajando con su máquina. Todo lo que escribiera hasta entonces había quedado quemado, roto o carcomido.

—Vamos a hablar con él —sugirió Darrig después de transcurrido un día. Cercy aceptó. Por el momento estaban vacíos de ideas.

—Pasen, caballeros —dijo el embajador con tanta alegría que Cercy se sintió enfermo—. Siento no poder ofrecerles nada. Por cierto que llevan diez días sin darme agua ni alimentos. No es que importe, claro está.

—Hace usted bien en decirlo —contestó Cercy. El embajador no mostraba indicio alguno de estar enfrentándose a toda la violencia de que la Tierra disponía. Por el contrario, eran Cercy y sus hombres los que parecían haber sufrido un bombardeo.

—Esto es para distraerle —explicó Malley. El embajador desapareció antes de que la electricidad le alcanzara, y luego apareció de nuevo en su silla.

—Eso es suficiente —murmuró Malley, y cerró la válvula. Observaron. Al rato el embajador dejó el libro y miró a lo lejos.

—Qué extraño —dijo—. Alfern muerto. Un buen amigo... sólo fue un accidente desgraciado. No tuvo ninguna posibilidad. Pero no es frecuente que suceda esto.

—Está pensando en voz alta —murmuró Malley, aunque no había ninguna posibilidad de que el embajador les oyera—. Vocaliza lo que piensa. Debe tener en el pensamiento desde hace tiempo a ese amigo.

—Por supuesto —continuó el embajador—, Alfern tenía que morir alguna vez. No hay inmortalidad... aún. Pero de ese modo... no hay defensa. Fuera, en el espacio, simplemente se disolvió. Siempre allí, debajo, simplemente esperando una oportunidad de salir.

—Su cuerpo no reacciona ante el gas hipnótico como si fuese una amenaza —susurró Cercy.

—Bueno —se dijo el embajador—, el principio regularizador ha actuado muy bien, controlándolo todo, suavizando los roces...

De pronto se puso en pie de un salto, palideció un instante, mientras intentaba evidentemente recordar lo que había dicho, y luego rompió a reír.

—Muy hábil. Es la primera vez que utilizan conmigo este truco, y será la última. Pero, caballeros, de nada les servirá. Ni siquiera yo sé cómo se me puede matar. —Lanzó una carcajada a las paredes blancas.

—Además —continuó— el equipo colonizador debe de tener ya la dirección. Conmigo o sin mí, les encontrará. Volvió a sentarse, sonriendo.

—¡Ahí está la clave! —exclamó Darrig—. No es invulnerable. Algo mató a su amigo Alfern.

—Pero fue en el espacio —le recordó Cercy—. Me pregunto qué sería.

—Veamos —reflexionó en voz alta Darrig—. El principio de regulación. Debe de ser una ley natural que desconocemos. Y debajo... ¿a qué se referiría cuando dijo debajo?

—Dijo que el equipo colonizador nos localizaría de todos modos —les recordó Malley.

—Lo primero es lo primero —dijo Cercy—. Pudo fingir para engañarnos... no, creo que no. De cualquier modo tenemos que quitar de enmedio al embajador.

—¡Creo que ya sé lo que quiso decir con «debajo»! —exclamó Darrig—. Es maravilloso. Una nueva cosmología, quizás.

—¿Pero de qué se trata? —preguntó Cercy—. ¿Algo que podamos utilizar?

—Eso creo. Pero dejadme pensar. Creo que volveré a mi hotel. Tengo algunos libros allí que quiero comprobar, y no quiero que se me moleste en unas cuantas horas.

—De acuerdo —aceptó Cercy—. Pero, ¿qué es lo que...?

—No, no, podría estar equivocado —le cortó Darrig—. Dejadme trabajar en ello. Salió precipitadamente de la habitación.

—¿Qué crees que anda pensando? —preguntó Malley.

—Ni idea —contestó Cercy, encogiéndose de hombros—. Vamos, intentemos algún truco psicológico más.

Primero llenaron la habitación del embajador con varios centímetros de agua. No lo suficiente para ahogarle, sino lo bastante para que se sintiese incómodo.

A esto añadieron las luces. Durante ocho horas brillaron luces en la habitación del embajador: luces fuertes que penetraban los párpados; luces chillonas e intensas para molestarle.

Luego los sonidos: rocas y chillidos, ruidos rechinantes, el rumor de unas uñas humanas arañando pizarra, amplificadas mil veces; ruidos extraños, gritos, murmullos.

Luego los olores. Luego todo lo que pensaron que podría volver loco a un hombre.

Pero en medio de todo esto el embajador dormía plácidamente.

—Bueno —dijo Cercy, al día siguiente— tenemos que utilizar la cabeza.

Hablaba en un tono seco y áspero. La tortura psicológica no había afectado al embajador, pero parecía afectar a Cercy y sus hombres.

—¿Dónde demonios está Darrig?

—Aún sigue trabajando en esa idea suya —contestó Malley, rascándose la mal afeitada barbilla—. Dice que está a punto de conseguirlo.

—Actuaremos suponiendo que no lo consigue —dijo Cercy—. Empecemos a pensar. Por ejemplo, si el embajador puede convertirse en cualquier cosa, ¿en qué no podría convertirse?

—Buena pregunta —gruñó Harrison.

—Es la pregunta básica —dijo Cercy—. No podemos utilizar una lanza contra un hombre que puede convertirse en lanza.

—¿Qué os parece esto? —preguntó Malley—. Dando por supuesto que puede convertirse en cualquier cosa, ¿qué os parece si le ponemos en una situación en la que sea atacado incluso después de que varíe de forma?

—Continúa —dijo Cercy.

—Supongamos que está en peligro. Que se convierte en lo que le amenaza. ¿Y si esa misma cosa estuviese a su vez amenazada? ¿Y si a su vez estuviese amenazando a otra? ¿Qué haría él entonces?

—¿Pero cómo podemos llevar eso a la práctica? —preguntó Cercy.

—Así —Malley descolgó el teléfono—. ¿Oiga? Póngame con el Zoo de Washington. Es urgente.

Al abrirse la puerta el embajador se volvió. Entró por ella a regañadientes un furioso y hambriento tigre. La puerta se cerró. El tigre miró al embajador. El embajador miró al tigre.

—Muy ingenioso —dijo el embajador.

Al oír su voz, el tigre saltó como un muelle de acero aterrizando en el suelo donde había estado el embajador.

Se abrió otra vez la puerta. Entró otro tigre. Rugió furioso y saltó sobre el primero. Chocaron en el aire.

El embajador apareció a unos metros, observando. Retrocedió al entrar un león, con la cabeza levantada y alerta. El león saltó sobre él y a punto estuvo de dar una vuelta de campana al encontrar sólo aire. Al no haber ya ningún hombre, el león saltó sobre uno de los tigres.

El embajador reapareció en su silla, y se puso a observar, fumando, cómo los animales es mataban entre sí.

A los diez minutos la habitación parecía un matadero.

Pero por entonces el embajador ya se había cansado del espectáculo y estaba echado en la cama, leyendo.

—Me rindo —dijo Malley—. Era mi última idea inteligente.

Cercy miraba al suelo sin responder. Harrison, sentado en un rincón, se emborrachaba parsimoniosamente.

Sonó el teléfono.

—¿Sí? —dijo Cercy.

—¡Ya lo tengo! —gritó la voz de Darrig—. Creo que ésta es la solución. Voy ahora mismo en un taxi. Decidle a Harrison que busque unos cuantos ayudantes.

—¿De qué se trata? —preguntó Cercy.

—¡El caos es lo que está debajo! —contestó Darrig, y colgó.

Pasearon por la habitación, esperando a que apareciera. Pasó media hora, luego una hora. Por fin, tres horas después de su llamada, apareció Darrig.

—Hola —dijo despreocupadamente.

—¡Hola, demonios! —gruñó Cercy—. ¿Dónde te has metido?

—Mientras venía —contestó Darrig— me puse a leer la filosofía del embajador. Una obra magnífica.

—¿Por eso tardaste tanto?

—Sí. Hice dar al taxista unas vueltas por el parque para terminar de leerlo.

—Olvidemos eso. Qué me dices de...

—No puedo olvidarlo —dijo Darrig con voz extraña y tensa—. Me temo que nos hemos equivocado. Sobre los alienígenas, quiero decir. Es perfectamente justo y conveniente que nos gobiernen. En realidad, me gustaría que llegasen enseguida y se hiciesen cargo de la Tierra.

Pero Darrig no parecía seguro. Su voz temblaba y sudaba copiosamente. Se retorció las manos como si le dominase la angustia.

—Es difícil de explicar —dijo—. Lo entendí todo perfectamente en cuanto empecé a leerlo. Ahora comprendo lo estúpidos que fuimos intentando ser independientes en este universo interdependiente. Me di cuenta de... Oh, Cercy, dejémonos de sandeces y aceptemos como amigo al embajador.

—¡Calma, calma! —gritó Cercy al perfectamente tranquilo físico—. No sabes lo que dices.

—Es extraño —dijo Darrig—. Sé cómo sentía... pero ya no siento de aquel modo. Creo. De cualquier forma, conozco su problema. Vosotros no habéis leído su filosofía.. Os daréis cuenta en cuanto la leáis.

Alargó los papeles a Cercy. Cercy los quemó inmediatamente con su encendedor.

—No importa —dijo Darrig—. Lo aprendí de memoria. Escuchad. Axioma uno: Todos los pueblos...

Cercy le golpeó, fue un golpe limpio y preciso y Darrig cayó al suelo.

—Deben de ser palabras programadas semánticamente —dijo Malley—. Destinadas a provocar en nosotros determinadas reacciones, supongo. El embajador no tiene más que alterar la filosofía para adaptarla a las gentes con quien trata.

—Malley —dijo Cercy—, esto es trabajo tuyo. Darrig sabe, o cree saber, cuál es la solución. Tenemos que sacársela.

—No va a ser fácil —dijo Malley—. Tendría la sensación de traicionar todas sus creencias si nos lo dijese.

—No me importa cómo se lo saques —dijo Cercy—. Pero sácaselo.

—¿Aunque lo mate? —preguntó Malley.

—Aunque le mates a él y aunque mueras tú.

—Ayúdame a llevarlo a mi laboratorio —dijo Malley.

Aquella noche Cercy y Harrison estuvieron vigilando al embajador desde la sala de control. Cercy descubrió que sus pensamientos giraban en círculo.

¿Qué había matado a Alfern en el espacio? ¿Podría repetirse el mismo proceso en la Tierra? ¿Qué era el principio de regularización? ¿Qué era el «caos de abajo»?

¿Qué demonios hago yo aquí?, se preguntó. Pero no podía aclarar esto.

—¿Qué piensas que es el embajador? —preguntó a Harrison—. ¿Crees que es un hombre?

—Lo parece —respondió el soñoliento Harrison.

—Pero no actúa como un hombre. Me pregunto si será ésta su auténtica forma... Harrison meneó la cabeza y encendió la pipa.

—No hay quien lo entienda —dijo Cercy—. Parece un hombre, pero puede convertirse en cualquier cosa. No puedes atacarle; se adapta. Es como el agua: toma la forma de cualquier recipiente en que se la echa.

—No puedes quemar el agua —dijo Harrison con un bostezo.

—Claro. El agua no tiene forma, ¿no es así? ¿O la tiene? ¿Qué es lo básico?

Con un esfuerzo, Harrison intentó concentrarse en las palabras de Cercy.

—¿La estructura molecular? ¿La matriz?

—Matriz —repitió Cercy, bostezando también—. Estructura. Debe de ser algo así. Una estructura es algo abstracto, ¿verdad?

—Claro. Una estructura puede imprimirse en cualquier cosa. No hay duda.

—Veamos —dijo Cercy—. Estructura. Matriz. En el embajador todo es susceptible de cambio. Tiene que haber alguna fuerza unificadora que conserve su personalidad. Algo que no cambie, por muchas transformaciones que sufra.

—Como un trozo de cuerda —murmuró Harrison con los ojos cerrados.

—Eso mismo. Puedes hacerle nudos, tejer una soga con ella, enrollártela al dedo y sigue siendo cuerda.

—Sí.

—Pero, ¿cómo atacar una estructura? —preguntó Cercy—. Bueno, ¿no sería mejor dormir un poco? Al diablo el embajador y sus hordas de colonizadores, voy a dar una cabezada...

—¡Despierta, Cercy!

Cercy abrió los ojos y miró a Malley. A su lado Harrison roncaba sonoramente.

—¿Has conseguido algo?

—Nada —confesó Malley—. La filosofía ha debido ejercer un profundo efecto en él. Darrig sabía que había querido matar al embajador, y por sólidas razones. Aunque ahora no siente lo mismo, aún tiene la sensación de estar traicionándonos. Por una parte, no puede hacer daño al embajador; por otra, no quiere perjudicarnos a nosotros.

—¿Y no dirá nada?

—Me temo que no sea tan simple el problema —respondió Malley—. En fin, cuando hay un obstáculo insuperable que debe ser superado... Y además, creo que la filosofía ha tenido efectos perjudiciales en su mente.

—¿Qué intentas decir? —Cercy se levantó.

—Lo siento —se disculpó Malley—, yo nada podía hacer. Darrig luchó ferozmente y cuando no pudo luchar más... se retiró. Creo que esté rematadamente loco.

—Vamos a verlo.

Cruzaron el pasillo hasta el laboratorio de Malley. Darrig estaba relajado y tranquilo en una cama, los ojos vidriosos y fijos.

—¿Hay medio de curarle? —preguntó Cercy.

—Quizás con terapia de choque —Malley parecía dudarlo—. Llevará mucho tiempo. Y probablemente se bloquee todo esto.

Cercy se volvió; se sentía enfermo. Aunque pudiesen curar a Darrig sería demasiado tarde. Los alienígenas debían de haber recibido ya el mensaje del embajador, y sin duda se dirigían hacia la Tierra.

—¿Qué es esto? —preguntó Cercy, cogiendo un trozo de papel que Darrig tenía en la mano.

—Estaba manoseándolo —dijo Malley—. ¿Tiene algo escrito? Cercy leyó en voz alta:

—«Considerándolo más atentamente, no hay duda de que el Caos y la Medusa Gorgona están estrechamente relacionados».

—¿Qué significa esto? —preguntó Malley.

—No lo sé —contestó Cercy desconcertado—. Siempre le interesó muchos la mitología.

—Parece producto de la esquizofrenia —dijo el psiquiatra. Cercy lo leyó otra vez.

—«Considerándolo más atentamente, no hay duda de que el Caos y la Medusa Gorgona están estrechamente relacionados». ¿No es posible —preguntó a Malley— que intentase darnos una clave? ¿No es posible que intentase engañarse a sí mismo diciéndonoslo y ocultándonoslo al mismo tiempo?

—Es posible —aceptó Malley—. Un compromiso fallido... Pero ¿qué puede significar?

—Caos —Cercy recordó que Darrig había mencionado ¡aquella palabra en su conversación telefónica—. Era el estado primigenio del universo en la mitología griega, ¿no? La masa informe de la que surgió todo...

—Algo así —convino Malley—. Medusa era una de aquellas tres hermanas de horribles rostros.

Cercy se quedó contemplando fijamente el papel unos instantes. ¡Caos... Medusa... y el principio de organización! ¡Claro!

—Yo creo... —se volvió y salió corriendo de la habitación. Malley, al verle marcharse así, cargó una hipodérmica y le siguió.

En la sala de control, Cercy sacó a Harrison de su inconsciencia.

—Escucha —dijo—, quiero que construyas una cosa inmediatamente. ¿Me oyes?

—De acuerdo. —Harrison pestañeó y se incorporó—. ¿A qué tanta prisa? —Ya sé lo que Darrig quería decirnos —dijo Cercy—. Vamos, te diré lo que quiero. Y deja esa

hipodérmica, Malley, no estoy loco. Quiero que me consigas un libro de mitología griega. Y de prisa.

No era tarea fácil encontrar un libro de mitología griega a las dos de la mañana. Con ayuda de agentes del FBI, Malley sacó de la cama a un librero. Consiguió el libro y volvió a toda prisa.

Cercy estaba ojeroso y excitado, y Harrison y sus ayudantes trabajaban en tres extraños aparatos. Cercy quitó el libro de las manos a Malley, buscó una sección de éste y lo dejó.

—Buen trabajo —dijo—. Todo está dispuesto. ¿Acabaste, Harrison?

—Estoy acabando —Harrison y diez ayudantes atornillaban las últimas piezas—. ¿Quieres explicarme qué es esto?

—Sí, explícanoslo —dijo Malley.

—No pretendo que sea secreto —dijo Cercy—. Es sólo la prisa. Os lo explicaré sobre la marcha. —Se levantó—. De acuerdo, despertemos al embajador.

Observaron en la pantalla cómo una descarga eléctrica saltaba del techo a la cama del embajador. El embajador se esfumó inmediatamente.

—Ahora es una parte de ese flujo de electrones, ¿verdad? —dijo Cercy.

—Eso nos dijo —contestó Malley.

—Pero sigue conservando su estructura dentro de la corriente —continuó Cercy—. Tiene que hacerlo, para volver a su propia forma. Ahora activamos el primer interruptor.

Harrison conectó la máquina al circuito y mandó salir a sus ayudantes.

—Aquí tenemos un gráfico de la corriente de electrones

—dijo Cercy—. ¿Veis la diferencia?

En el gráfico había una serie irregular de crestas y valles, que cambiaban y se nivelaban constantemente.

—¿Recordáis cuando hipnotizamos al embajador? Hablaba de su amigo, de cómo había muerto en el espacio.

—Así es —dijo Malley—. Algo inesperado había matado a su amigo.

—Dijo algo más —continuó Cercy—. Nos dijo que la fuerza de organización básica del universo normalmente impedía cosas así. ¿Qué significa eso para vosotros?

—La fuerza organizadora —repitió lentamente Malley—. ¿No habló Darrig de una nueva ley natural?

—Sí. Pero piensa en las implicaciones, como Darrig. Si un principio organizador está dedicado a algún trabajo, tiene que haber algo que se le oponga. Lo que se opone a la organización es...

—¡El Caos!

—Eso pensó Darrig y deberíamos haberlo hecho nosotros. Debajo está el Caos, y de él surge un principio de organización. Este principio, si no he entendido mal, pretende eliminar el Caos fundamental, para que todo sea regular.

»Pero el Caos aún se desborda por algunos puntos, como descubrió Alfer. Quizás la estructura de organización sea más débil en el espacio. De cualquier modo esos puntos son peligrosos, hasta que entra en ellos el principio de organización.

Se volvió a la placa.

—De acuerdo, Harrison. Activa el segundo interruptor.

Las crestas y valles se alteraron en el gráfico. Comenzaron a convertirse en disparatadas y absurdas configuraciones.

—Interpreta el mensaje de Darrig teniendo en cuenta esto. El Caos, como sabemos, está debajo. Todo brotó de él. La Medusa Gorgona no se podía mirar. Convertía a los hombres en piedra, como recordaréis. Los destruía. Y así Darrig encontró una relación entre el Caos y lo que no se puede mirar. Todo en relación con el embajador, por supuesto.

—¡El embajador no soporta el Caos! —gritó Malley.

—Eso es. El embajador puede hacer un número infinito de alteraciones y permutaciones, pero hay algo, la matriz, que no puede cambiar, porque entonces no quedaría nada. Para destruir algo tan abstracto como una estructura, necesitamos un estado en el que no sea posible estructura alguna. Un estado de Caos.

—Estos interruptores son idea de Harrison —dijo Cercy—. Le dije que quería una corriente eléctrica que no tuviese estructura coherente. Los interruptores son una ampliación de los ruidos parásitos de radio. El primero altera la estructura eléctrica. Ese es su objetivo: crear un estado de no estructura. El segundo procura destruir la estructura establecida por el primero; y el tercero la estructura trazada por los dos primeros. Se activan automáticamente, y destruyen de modo sistemático todas las estructuras que puedan crearse en el circuito... o al menos eso espero.

—¿Así que esto producirá un estado de Caos? —preguntó Malley, observando la pantalla.

Durante un rato no hubo más que el ronroneo de las máquinas y los trazos descontrolados del gráfico. Luego en mitad de la habitación del embajador apareció una mancha. Tembló, se achicó, se expandió.

A continuación sucedió algo indescriptible. Lo único que supieron fue que dentro de la mancha había desaparecido todo.

—¡Desconecta! —gritó Cercy. Harrison desconectó. La mancha continuaba creciendo.

—¿Y cómo podemos nosotros soportarlo? —preguntó Malley, contemplando la pantalla.

—¿No te acuerdas del escudo de Perseo? —dijo Cercy—. Utilizándolo como espejo pudo mirar a Medusa.

—¡Sigue creciendo! —gritó Malley.

—Había en todo esto un riesgo calculado —dijo Cercy—. Siempre existe la posibilidad de que el Caos pueda seguir brotando, incontrolado. Si sucede eso, dará igual en realidad...

La mancha dejó de crecer. Sus bordes vacilaron y se ondularon y luego empezó a disminuir de tamaño.

—El principio de organización —dijo Cercy, desplomándose en una silla.

—¿Hay huellas del embajador? —preguntó al cabo de unos minutos.

La mancha aún seguía ondulando. Luego desapareció. Instantáneamente hubo una explosión. Las paredes de acero se combaron hacia dentro, pero resistieron. Se apagó la pantalla.

—Esa mancha absorbió todo el aire de la habitación —explicó Cercy— y también todos los muebles, y al embajador.

—No pudo soportarlo —dijo Malley—. Ninguna estructura puede mantenerse en un estado de Caos. Ha ido a unirse a Alfern.

Malley rompió a reír. Cercy sintió deseos de hacerlo, pero se contuvo.

—Hay que tomarlo con calma —dijo—. Aún no hemos terminado.

—¡Cómo que no! El embajador...

—Nos hemos deshecho de él, pero aún tenemos una flota alienígena en esta región del espacio. Una flota tan poderosa que nuestras bombas de hidrógeno no le harían ni un rasguño. Deben estar buscándonos.

Se levantó.

—Volved a casa y dormid un poco. Algo me dice que mañana tendremos que empezar a idear algún medio de camuflar un planeta.

TEMPORADA DE PESCA

Llevaban viviendo en el barrio sólo una semana, y aquélla era su primera invitación. Llegaron alrededor de las ocho y media. Evidentemente, los Carmichael estaban esperándoles, pues tenían encendida la luz del porche, la puerta de la casa parcialmente abierta y plenamente iluminado el salón.

—¿Estoy bien? —preguntó Fyllis—. ¿Me queda bien el pelo así?

—Estás muy bien —le aseguró su marido—. No lo estropees. —Ella hizo un mohín y tocó el timbre. Sonaron dentro suaves campanillas.

Mallen se enderezó la corbata mientras esperaban. Subió una microscópica fracción el pañuelo del bolsillo de la chaqueta.

—Deben de estar haciendo ginebra en el sótano —dijo a su mujer—. ¿Quieres que llame otra vez?

—No... espera un momento. —Esperaron y luego él llamó otra vez. Sonaron de nuevo las campanitas.

—Qué extraño —dijo Fyllis al cabo de unos minutos—. Era esta noche, ¿verdad?

Su marido asintió. Los Carmichael habían dejado las ventanas abiertas al cálido tiempo primaveral. A través de las persianas pudieron ver una mesa dispuesta para jugar a las cartas, sillas, platos de postre, todo listo. Pero nadie contestaba a su llamada.

—¿Crees que habrán salido? —preguntó Fyllis Mallen. Su marido cruzó el pradillo hasta el garaje.

—Tienen aquí el coche. —Volvió y empujó la puerta entreabierta.

—Jimmy... no entres

—No voy a entrar —metió la cabeza—. ¡Hola! ¿No hay nadie en casa? Silencio en la casa.

—¡Hola! —gritó, y escuchó atentamente. Pudo oír los ruidos de noche de viernes en la casa próxima... gente hablando, riendo Pasó un coche por la calle. Siguió escuchando. Una tabla rechinó en alguna parte de la casa, luego otra vez silencio.

—No pudieron irse y dejar abierta la puerta de la calle —dijo a Fyllis—. Ha podido pasarles algo.

Entró. Ella le siguió titubeante hasta el salón; él siguió a la cocina. Le oyó abrir la puerta del sótano y gritar: «¿Hay alguien en casa?» y cerrarla otra vez. Volvió a la sala ceñudo y subió al piso de arriba.

Al poco rato bajó muy confuso.

—Aquí no hay nadie —dijo.

—Vámonos ahora mismo —dijo Fyllis, sintiéndose nerviosa ante aquella casa iluminada y vacía. Discutieron sobre si debían dejar una nota, decidieron no hacerlo y se dirigieron a la calle.

—¿No crees que deberíamos cerrar la puerta de al casa? —preguntó Jim Mallen, deteniéndose.

—¿Y de qué serviría? Están abiertas todas las ventanas.

—De todos modos... —volvió y la cerró. Caminaron hacia casa lentamente, mirando de cuando en cuando hacia atrás, hacia la casa vacía. Hallen tenía aún la esperanza de que apareciesen corriendo los Carmichael gritando: «¡Sorpresa!»

Pero la casa permanecía en silencio.

Su casa quedaba sólo a una manzana, era una construcción de ladrillo como las otras doscientas de la urbanización. Dentro, el señor Cáster hacía cebos artificiales para las truchas, en una mesa de cartas. Trabajaba lentamente y con seguridad, y sus dedos

diestros manejaban con amoroso cuidado los hilos de colores. Tan entregado estaba en su tarea que no oyó entrar a los Mallen.

—Volvemos a casa, papá —dijo Fyllis.

—Vaya —murmuró el señor Cárter—. Mirad esta belleza. —Alzó un cebo artificial terminado. Era casi una réplica exacta del avispón. El anzuelo estaba astutamente oculto tras hilos negros y amarillos.

—Los Carmichael han salido... creemos —dijo Mallen, colgando la chaqueta.

—Por la mañana iré a hacer unas echadas a Oíd Creek —dijo el señor Cárter—. Algo me dice que puede estar allí esa trucha tan escurridiza.

Mallen rió entre dientes. Era difícil hablar con el padre de Fyllis. Sólo hablaba de pesca. El viejo se había retirado de un negocio muy próspero en su setenta aniversario para dedicarse enteramente a su deporte favorito.

Ahora, con casi ochenta, el señor Cárter tenía un aspecto excelente. Era asombroso, pensó Mallen. La piel rosada, los ojos claros y limpios, el pelo blanco bien peinado. Estaba en plena posesión de sus facultades, además... siempre que se hablara de pesca.

—Tomemos algo —propuso Fyllis. Pesarosa, se quitó el sombrero rojo, alisó el velo y lo puso en la mesita de café. El señor Cárter añadió otro hilo a su cebo, lo examinó detenidamente y luego lo dejó y les siguió a la cocina.

Mientras Fyllis hacía café, Mallen explicó al viejo lo que había sucedido. El señor Cárter reaccionó como era habitual en él.

—Ven a pescar un rato mañana y quítatelo de la cabeza. Pescar, Jim, es algo más que un deporte. Pescar es un modo de vida, y una filosofía además. Lo que más me gusta es encontrarme un pozo tranquilo y sentarme a la orilla. Supongo que si hay peces en otras partes, también podría haberlos allí.

Fyllis sonrió, observando a Jim, incómodamente retorcido en su silla. No había medio de parar a su padre cuando empezaba. Y empezaba con cualquier cosa.

—Piensa —siguió el señor Cárter— en un joven ejecutivo. Por ejemplo tú, Jim... cruzando un salón. ¿Muy normal, no? Pero al final del último largo pasillo hay un río de truchas. Piensa en un político. Debes de conocer a bastantes en Albany. Cartera en la mano, preocupados...

—Es muy extraño —dijo Fyllis, parando a su padre en mitad del vuelo. Llevaba en la mano una botella de leche sin abrir.

—Mira. —Compraban la leche en las granjas Stannerton. La etiqueta verde de la botella decía: «Granjas Stannerton».

—Y mira —le indicó; debajo, decía: «Con licencia del Departamento de Sanidad de Nueva York». Parecía una torpe imitación de la etiqueta legítima.

—¿De dónde salió esto? —preguntó Mallen.

—Bueno, supongo que de la tienda del señor Elger. ¿No podría ser un truco publicitario?

—Desprecio a los hombres que son capaces de pescar con un gusano —entonó con gravedad el señor Cárter—. Un cebo artificial... un cebo artificial es una obra de arte. Pero el hombre que usa gusanos sería capaz de robar a los huérfanos y de quemar iglesias.

—No podemos bebería —dijo Mallen—. Mira el resto de la comida.

Había otros tres productos falsificados. Una barra de caramelo que pretendía ser un Bello-Bite tenía una etiqueta naranja en vez de la normal color púrpura. Había un tarro de queso americano, casi un tercio mayor que los tarros normales de aquella marca, y una botella de Sparkling Water.

—Qué extraño —dijo Mallen, rascándose el mentón.

—Yo siempre devuelvo al río las pequeñas —dijo el señor Cárter—. Es poco deportivo quedárselas, y forma parte del código del pescador. Hay que dejarlas crecer, madurar y ganar experiencia. Yo las que quiero son las viejas, las más astutas, las que se meten

entre los troncos, las que escapan a la primera señal de peligro. ¡Esas son las capaces de plantear una lucha!

—Voy a devolverle todo esto a Elger —dijo Mallen, metiendo los artículos en una bolsa de papel—. Si ves algo más parecido, ponlo aparte.

—El sitio es Old Creek —dijo el señor Cárter—. Ahí es donde se esconden.

La mañana del sábado era soleada y hermosa. El señor Cárter tomó el desayuno y salió para Old Creek, ligero como un muchacho, su raído sombrero ladeado. Jim Mallen terminó el café y se acercó a casa de los Carmichael.

El coche seguía en el garaje. Las ventanas seguían abiertas, la mesa de cartas dispuesta y todas las luces encendidas, exactamente como la noche anterior. Mallen recordó una cosa que había leído una vez sobre un barco navegando a todo trapo, con todo en orden... y sin un alma a bordo.

—¿No crees que podríamos llamar a alguien —preguntó Fyllis, cuando él regresó a casa—. Estoy segura de que algo pasa.

—Seguro. Pero, ¿a quién vamos a llamar? —Eran extraños en el barrio. Sólo conocían a tres o cuatro familias, muy superficialmente, y no tenían idea de quién pudiese conocer a los Carmichael.

Resolvió el problema una llamada de teléfono.

—Si es alguien de por aquí —dijo Jim cuando Fyllis contestó— pregúntale.

—¿Diga?

—Hola. No creo que me conozca. Soy Marian Carpenter, vivo muy cerca. En fin... quería saber si había pasado por ahí mi marido —la voz metálica del teléfono transmitía preocupación y miedo.

—No. No ha venido nadie esta mañana.

—Comprendo —la delicada voz vaciló.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó Fyllis.

—No lo entiendo —dijo la señora Carpenter—. George, mi marido, desayunó conmigo esta mañana. Luego subió al piso de arriba por su chaqueta. Y no volví a verle.

—Oh...

—Estoy segura de que no volvió a bajar. Fui a ver lo que hacía y no estaba allí. Busqué por toda la casa. Creí que estaba gastándome una broma, aunque George no suele gastar bromas... En fin, miré hasta debajo de las camas y en los armarios. Luego miré en el sótano y pregunté en la casa de al lado, pero nadie lo vio. Pensé que podría haberles visitado a ustedes... había hablado de ello...

Fyllis le habló de la desaparición de los Carmichael. Hablaron unos segundos más y luego colgaron.

—Jim —dijo Fyllis—, esto no me gusta. Creo que es mejor decir a la policía lo de los Carmichael.

—¿Y qué haremos cuando ellos regresen de visitar a unos amigos en Albany?

—Tendremos que arriesgarnos.

Jim buscó el número y llamó, pero comunicaba.

—Iré allí.

—Llévate esto también —dijo ella, entregándole la bolsa de papel.

Lesner, el capitán de policía, era un hombre paciente de cara rojiza que había estado oyendo una interminable serie de quejas toda la noche y la mayor parte de la mañana. Sus agentes estaban agotados, y también sus sargentos, y él era el más agotado de todos. Sin embargo, hizo pasar al señor Mallen a su despacho y escuchó su historia.

—Quiero que escriba usted todo lo que me ha dicho —dijo Lesner después de oírle—. Recibimos una llamada ¡sobre los Carmichael anoche, la hizo una vecina. Intentaban localizarles. Contando al marido de la señora Carpenter, esto significa diez en dos días.

—¿Diez qué?

—Desapariciones.

—Dios mío —dijo Mallen—. ¿Todo en esta ciudad?

—Todo —contestó ásperamente el capitán Lesner—. Todo del barrio de Vainsville de esta ciudad. En realidad, de cuatro manzanas de ese barrio. —Nombró las calles.

—Yo vivo allí —dijo Mallen.

—También yo.

—¿Tiene usted idea de quién puede ser... el raptor? —preguntó Mallen.

—No creemos que se trate de un raptor —respondió Lesner, encendiendo su vigésimo cigarrillo del día—. No ha escrito ninguna nota. No ha seleccionado. Muchas de las personas desaparecidas no valdrían un centavo para un raptor. Es imposible.

—¿Un maniaco entonces?

—Seguro. Pero, ¿cómo ha podido apoderarse de familias enteras? ¿De hombres mayores, grandes como usted? ¿Y dónde los ha ocultado, o dónde ha ocultado sus cadáveres? —Lesner apuró el cigarrillo—. Mis hombres han estado registrando esta ciudad palmo a palmo. Todos los policías en treinta kilómetros a la redonda están buscando. La policía del estado registra los coches. Y no hemos encontrado nada.

—Bueno, hay algo más —Mallen le enseñó los artículos falsificados.

—Vaya, tampoco sé nada de esto —confesó amargamente el capitán Lesner—. No hemos tenido apenas tiempo para investigar esto. Hemos tenido otras denuncias... —sonó el teléfono, pero Lesner lo ignoró.

—Parece un plan del mercado negro. He enviado artículos de estos a Albany para análisis. Intento localizar a los distribuidores. Puede que sea extranjero. En realidad, el FBI podría... ¡Maldito teléfono!

Lo descolgó irritado.

—Aquí Lesner. Sí... sí. ¿Estás segura? Por supuesto, Mary. Iré inmediatamente. —Colgó. El tono rojizo de su cara había desaparecido, estaba pálido.

—Era la hermana de mi esposa —exclamó—. ¡Mi esposa ha desaparecido!

Mallen fue en el coche hasta casa a una velocidad disparatada. Apretó los frenos, casi destrozándose la cabeza contra el parabrisas, y entró corriendo en casa.

—¡Fyllis! —gritó. ¿Dónde estaba? Oh, Dios mío, pensó. Si ella hubiese desaparecido...

—¿Qué pasa? —preguntó Fyllis, saliendo de la cocina.

—Es que creí... —la cogió y la abrazó.

—Bueno, bueno —dijo ella sonriendo—. No somos recién casados. Llevamos ya casados año y medio...

El explicó lo que había sucedido en la comisaría.

Fyllis contempló el salón. Le había parecido tan cálido y alegre una semana atrás. Ahora, había una sombra lúgubre que lo envolvía todo; la puerta de un armario abierta era suficiente para que temblara. Sabía que aquella casa jamás volvería a ser la misma.

Alguien llamó a la puerta.

—No vayas —dijo Fyllis.

—¿Quién es? —preguntó Mallen.

—Joe Dutton, de una manzana más abajo, supongo que se habrán enterado de las noticias...

—Sí —dijo Mallen, junto a la puerta cerrada.

—Estamos levantando barricadas en las calles —dijo Dutton—. Queremos controlar a todos los que entren y salgan. Si la policía no es capaz de acabar con esto, acabaremos nosotros. ¿Se une al grupo?

—Desde luego —dijo Mallen, y abrió la puerta. El hombre bajo y corpulento que había al otro lado vestía una vieja guerrera del ejército. Llevaba en la mano un grueso garrote.

—Vamos a cubrir estas manzanas como con una manta

—dijo Dutton—. Si desaparece alguien más, tendrán que raptarlo pasando por debajo de tierra. —Mallen besó a su mujer y se fue.

Aquella tarde hubo una reunión en el auditorio de la escuela. Fueron todos los habitantes de la zona afectada, y cuantos ciudadanos pudieron meterse allí. Lo primero que se descubrió fue que, a pesar del bloqueo, faltaban tres personas más del barrio de Vainsville.

Habló el capitán Lesner y les dijo que había pedido ayuda a Albany. Estaban de camino funcionarios especiales, y el FBI intervendría también. Explicó con toda franqueza que no sabía quién estaba haciendo aquello ni por qué. No podía sospechar siquiera por qué todas las desapariciones se producían en una parte del barrio de Vainsville.

Le habían contestado de Albany sobre los alimentos falsificados que al parecer se concentraban también en aquel barrio. Los químicos no pudieron hallar en ellos el menor agente tóxico. Lo que desmentía una reciente teoría según la cual los alimentos habían sido utilizados para drogar a la gente, haciéndola salir de sus casas y poniéndola en manos de los secuestradores. Sin embargo, aconsejaban que nadie consumiese aquellos artículos. Nunca se sabe.

Las empresas cuyas etiquetas habían sido falsificadas afirmaron desconocer por completo el asunto. Estaban dispuestas a poner un pleito a cualquiera que no respetase sus derechos.

El alcalde intentó aplacarles con buenas palabras; las autoridades civiles se harían cargo del asunto.

Por supuesto, el alcalde no vivía en el barrio de Vainsville.

Se disolvió la reunión y los hombres volvieron a las barricadas. Empezaron a buscar leña para la noche, pero fue innecesario. Llegó ayuda de Albany, una partida de hombres y equipo. Las cuatro manzanas quedaron rodeadas de guardias armados. Se instalaron focos portátiles en la zona y se decretó el toque de queda a partir de las ocho.

El señor Cárter se perdió todo esto. Había estado pescando todo el día. Volvió al anochecer, con las manos vacías pero feliz. Los guardias le dejaron pasar, y entró en casa.

—Un magnífico día de pesca —declaró.

Los Mallen pasaron una noche terrible, sin desnudarse, dormitando, viendo las luces de los focos sobre sus ventanas y oyendo los pasos de los guardias armados.

A las ocho en punto de la mañana del domingo, se echaron de menos dos personas más. Dos personas que vivían en cuatro de las manzanas estrechamente vigiladas, más que si se tratase de un campo de concentración.

A las diez en punto el señor Cárter, sin hacer caso de las advertencias de los Mallen, cogió sus bártulos de pesca y se fue. No se había perdido un sólo día desde el treinta de abril y estaba dispuesto a no perderse ni uno solo en toda la estación.

El domingo al mediodía desapareció otra persona, elevando el total a dieciséis.

El domingo, a la una en punto... ¡aparecieron todos los niños desaparecidos!

Un coche de la policía los encontró en una carretera próxima a los arrabales de la ciudad, ocho en total, incluido el chico de los Carmichael, que caminaban como aturdidos hacia sus casas. Los llevaron a un hospital.

Pero no había el menor rastro de los adultos desaparecidos.

Las noticias corrieron de boca en boca más deprisa de lo que hubiesen corrido a través de la radio o de los periódicos. Los niños estaban perfectamente. El examen de los psiquiatras indicó que no recordaban dónde habían estado ni cómo habían aparecido allí. Lo único que los psiquiatras pudieron sacarles fue algunas palabras sobre una sensación de volar, acompañada de vértigo en el estómago. Los niños quedaron en el hospital, como medida de seguridad, bajo guardia.

Pero entre mediodía y la noche desapareció otro niño en Vainsville.

Inmediatamente antes de ponerse el sol, llegó a casa el señor Cárter. Llevaba en su cesto dos grandes truchas irisadas. Saludó alegremente a los Mallen y se dirigió al garaje a limpiar las truchas.

Jim Mallen salió al patio trasero y se dirigió al garaje que estaba tras él, ceñudo. Quería preguntar al viejo sobre algo que había dicho un día o dos atrás. No recordaba exactamente lo que era, pero le parecía importante.

El vecino de la casa contigua, cuyo nombre no recordaba, le saludó.

—Mallen —dijo—. Creo que ya lo tengo.

—¿Qué? —preguntó Mallen.

—¿Ha analizado usted las teorías? —preguntó el vecino.

—Por supuesto. —Su vecino era un tipo flaco en chaleco y mangas de camisa. Su cabeza calva tenía un brillo rojizo con la luz crepuscular.

—Entonces, escuche. No puede ser un raptor. Sus métodos son absurdos. ¿De acuerdo?

—Sí, eso creo.

—Y un maníaco queda descartado. ¿Cómo iba a ser capaz de raptar a quince o dieciséis personas y luego devolver a los niños? Ni siquiera una banda de maníacos podría hacerlo, con tantos policías vigilando. ¿De acuerdo?

—Siga, siga. —Por el rabillo del ojo Mallen vio que la gorda esposa del vecino bajaba por las escaleras traseras. Se acercó a ellos y se puso a escuchar.

—Lo mismo podríamos decir de una banda de criminales, o incluso de marcianos. Es imposible hacerlo, y no hay medio alguno de que pudiesen. Tenemos que buscar algo ilógico... y esto nos deja sólo una respuesta lógica.

Mallen esperó y miró a la mujer. Esta le miraba, con los brazos cruzados sobre el pecho. En realidad le miraba con odio. ¿Estará enfadada conmigo?, pensó Mallen. ¿Qué habré hecho?

—La única respuesta —continuó lentamente el vecino— es que por aquí hay un agujero. Un agujero en el continuum espaciotemporal.

—¿Cómo! —exclamó Mallen—. Yo eso no me lo creo.

—Un agujero en el tiempo —explicó el ingeniero calvo— o un agujero en el espacio. O en ambos. No me pregunte cómo se produjo; pero existe. Lo que sucede es que una persona se mete en el agujero y ¡listo! Va a parar a otro sitio. O a otro tiempo. O ambas cosas. Por supuesto ese agujero no podemos verlo, es cuatridimensional... pero sin duda existe. En mi opinión, si seguimos los movimientos de las personas desaparecidas, podríamos descubrir que todas pasaron por cierto punto... y desaparecieron.

—Humm —dijo Mallen, reflexionando—. Eso parece interesante... pero sabemos que mucha gente desapareció en su propia casa.

—Sí —aceptó el vecino—. Déjeme pensar... ¡Ya lo tengo! El agujero espaciotemporal no está fijo. Se mueve, pasa de un sitio a otro. Primero estuvo en casa de Carpenter, luego continuó desplazándose sin objetivo preciso...

—¿Y por qué no se aleja de estas cuatro manzanas? —preguntó Mallen, asombrado de que la esposa de aquel hombre aún siguiese mirándole furiosa, con la boca fruncida.

—Bueno —contestó el vecino—, tiene que tener alguna limitación.

—¿Y por qué volvieron los niños?

—Oh, por amor de Dios, Mallen, ¿supongo que no creerá que conozco todos los detalles? Es una buena teoría de trabajo, hay que desarrollarla. Tenemos que descubrir más datos para aclararlo del todo.

—¡Hola, qué hay! —saludó el señor Cárter, saliendo del garaje. Llevaba dos hermosas truchas limpias y destripadas.

—La trucha es un gran luchador y una magnífica comida el mismo tiempo. ¡El más excelente de los deportes y la más excelente de las comidas! —y entró sin prisa en la casa.

—Yo tengo una teoría mejor —dijo la mujer del vecino, descruzando los brazos y posando las manos en sus amplias caderas.

Los dos hombres se volvieron.

—¿Quién es la única persona de aquí que no se preocupa lo más mínimo por lo que pasa? ¿Quién se dedica a pasear con una bolsa que dice que tiene truchas? ¿Quién dice que está siempre pescando?

—Oh, no —dijo Mallen—. Papá Cárter no. El tiene su filosofía sobre la pesca...

—¡A mí no me importa la filosofía! —chilló la mujer—. ¡Os engaña a todos pero a mí no! Yo sólo sé que es el único hombre del barrio que no se preocupa lo más mínimo y que entra y sale todos los días. ¡Habría que lincharle! —y dicho esto, dio la vuelta y entró en su casa.

—Disculpe, Mallen —dijo el vecino calvo—. Lo siento. Ya sabe cómo son las mujeres. Está muy nerviosa, aunque Danny esté ya seguro en el hospital.

—Claro, claro —dijo Mallen.

—No entiende lo del continuum espaciotemporal —siguió con vehemencia—. Pero se lo explicaré esta noche. Por la mañana se disculpará. Ya lo verá.

Los hombres se dieron la mano y volvieron a sus respectivas casas.

La oscuridad caía de prisa y se encendieron focos por toda la ciudad. Chorros de luz acuchillaban el negror de las calles, se asomaban a los patios traseros, se reflejaban en ventanas cerradas. Los habitantes de Vainsville se sentaron a esperar más desapariciones.

A Jim Mallen le hubiese gustado poder ponerle la mano encima al autor de todo aquello. Sólo un segundo... tendría suficiente. Pero tenía que sentarse y esperar. Se sentía desvalido. Su mujer tenía los labios pálidos y resecos, y estaba muy cansada. Pero el señor Cárter estaba tan contento como siempre. Frió las truchas en la cocina de gas y se las sirvió.

—Hoy encontré un pozo tranquilo y magnífico —proclamó el señor Cárter—. Está cerca de la boca de Oíd Creek, siguiendo un pequeño afluente. Estuve allí pescando todo el día, sentado en una orilla cubierta de hierba y contemplando las nubes. ¡Las nubes son fantásticas! Iré mañana y pescaré allí otro día más. Luego me iré a otro. Un pescador listo no agota un pozo. La moderación es el código del pescador. Coger un poco, dejar un poco. He pensado muchas veces...

—¡Por favor, papá! —gritó Fyllis, y rompió a llorar. El señor Cárter movió la cabeza con tristeza, sonrió, una sonrisa comprensiva, y concluyó su trucha. Luego entró en el salón para hacer un nuevo cebo.

Agotados, los Mallen se fueron a la cama...

Mallen despertó y se incorporó. Su mujer estaba dormida a su lado. La esfera luminosa de su reloj marcaba las cuatro y cincuenta y ocho. Ya casi es de día, pensó.

Se levantó, se puso una bata y bajó silenciosamente las escaleras. Los focos iluminaban la ventana de la sala, y pudo ver fuera un guardia.

Era una visión tranquilizadora, y siguió hasta la cocina. Moviéndose cautelosamente, se sirvió un vaso de leche. Había pastel en el refrigerador, y se cortó una rebanada.

Raptores, pensó. Maníacos. Hombres de Marte. Agujeros en el espacio. O cualquier combinación de estas cosas. No, no podía ser. Sintió deseos de recordar lo que quería preguntarle al señor Cárter. Era importante.

Lavó el vaso, metió otra vez el pastel en el refrigerador y salió a la sala. De pronto se vio arrojado violentamente a un lado.

¡Algo se había apoderado de él! Dio un par de puñetazos pero se perdieron en el aire. Algo le agarraba como una mano de acero, alzándole del suelo. Se echó a un lado, intentando posar los pies. Pero éstos se elevaban del suelo y Mallen se quedó colgando un instante, pateando y debatiéndose. Sentía una fuerza rodeándole las costillas, tan firme que no podía respirar, no podía emitir ningún sonido. Inexorablemente, se vio izado.

Un agujero en el espacio, pensó, e intentó gritar. Moviendo los brazos desesperadamente consiguió agarrarse a una esquina del sofá. El sofá se alzó con él. Dio un tirón y la fuerza que le sujetaba se relajó un momento, dejándole caer al suelo.

Se arrastró por el suelo hacia la puerta. La fuerza volvió a apoderarse de él, pero estaba junto a un radiador.

Se sujetó a él con ambas manos, intentando resistir el empuje. Dio otro tirón y logró sacar una pierna, luego la otra.

Al aumentar la fuerza, el radiador rechinó horriblemente. Mallen tuvo la sensación de que iba a quedar partido por la cintura, pero aguantó, forzando todos sus músculos. De pronto la fuerza se esfumó por completo.

Mallen se derrumbó en el suelo.

Cuando volvió en sí ya era de día, Fyllis le salpicaba agua en la cara, mordiéndose los labios. Mallen pestañeó y se preguntó un instante dónde estaba.

—¿Aún sigo aquí? —preguntó.

—¿Estás bien? —preguntó Fyllis—. ¿Qué pasó? ¡Oh, querido! Vámonos de aquí...

—¿Dónde está tu padre? —preguntó débilmente Mallen, poniéndose de pie.

—Pescando. Pero siéntate, por favor. Voy a llamar al médico.

—No. Espera —Mallen se dirigió a la cocina. En el refrigerador estaba la caja del pastel. La etiqueta decía: «Pastelería Johnson. Vainville, Nueva York». K mayúscula en Nueva York. El error era realmente muy pequeño.

¿Y el señor Cáster? ¿Estaba allí la solución? Mallen corrió al piso de arriba y se vistió. Dobló la caja del pastel y se la metió en el bolsillo. Luego corrió a la puerta.

—¡No toques nada hasta que vuelva! —gritó a Fyllis. Ella le vio entrar en su coche y arrancar rápidamente. Procurando no llorar, entró en la cocina.

Mallen tardó quince minutos en llegar a Oíd Creek. Aparcó el coche y se dirigió al río.

—¡Señor Cáster! —iba gritando—. ¡Señor Cáster!

Estuvo paseando y gritando durante media hora, penetrando en lo más profundo del bosque. Ahora los árboles cubrían ya casi el riachuelo, y tenía que vadearlo si quería darse prisa. Aumentó el paso, chapoteando, resbalando en las piedras, intentando correr.

—¡Señor Cáster!

—¡Hola! —era la voz del viejo. Siguió el sonido, hasta un afluente. Allí estaba el señor Cáster, sentado en la orilla de un pequeño pozo, con su larga caña de bambú. Mallen se sentó a su lado.

—Tómatelo con calma, hijo —dijo el señor Cáster—. Me alegro de que escucharas mi consejo y vinieras a pescar.

—No —jadeó Mallen—. Quiero decirle algo.

—Bueno, dime —contestó el viejo—. ¿Qué quieres saber?

—Un pescador no debe agotar por completo un pozo, ¿verdad?

—No debe. Pero algunos lo hacen.

—Y carnada, el buen pescador debe utilizar cebo artificial, ¿verdad?

—Yo estoy orgulloso de mis cebos artificiales —dijo el señor Cáster—. Intento aproximarme lo más posible a lo auténtico. Aquí, por ejemplo, tengo una hermosa imitación de avispon. —Se quitó un anzuelo amarillo del sombrero—. Y aquí hay un maravilloso mosquito.

De pronto la caña se agitó. Con calma y seguridad el viejo la alzó. Cogió en la mano la boqueante trucha y se la mostró a Mallen.

—Es muy pequeña... no la cogeré. —Le quitó delicadamente el anzuelo y echó el pez al agua otra vez.

—Cuando las echa otra vez al agua... ¿cree que se dan cuenta, que se lo dicen a las otras?

—Oh, no —contestó el señor Cárter—. La experiencia no les enseña nada. A mí me ha picado hasta tres veces la misma trucha pequeña. Para saber han de ser un poco mayores.

—Eso imaginaba —dijo Mallen, mirando al viejo. El señor Cárter no tenía conciencia del mundo que le rodeaba, estaba completamente al margen del terror que había estremecido Vainsville.

Los pescadores viven en un mundo propio, pensó Mallen.

—Pero tendrías que haber estado aquí hace una hora —dijo el señor Cárter—. Enganché una magnífica. Una maravilla, un kilo o quizás más. ¡Qué batalla para un viejo veterano como yo! Y se me escapó. Pero ya aparecerá otra... ¿Eh, adonde vas?

—¡Vuelvo a casa! —gritó Mallen, chapoteando en el agua. Ahora sabía lo que buscaba en el señor Cárter. Un paralelo. Y ahora estaba claro.

El inofensivo señor Cárter, sacando su trucha, exactamente como el otro, el gran pescador, alzando su...

—¡Voy a avisar a los otros peces! —gritó Mallen sin volverse, siguiendo río abajo. ¡Ojalá Fyllis no hubiese tocado la comida! Sacó el envoltorio del pastel del bolsillo y lo tiró tan lejos como pudo. ¡Aquel odioso cebo!

Mientras, los pescadores, cada uno en su esfera respectiva, sonreían y volvían a echar al agua sus anzuelos.

EL ARMA DEFINITIVA

Edsel estaba de un humor sombrío. El, Parke y Faxon llevaban tres semanas en aquella parte de los páramos, excavando todos los montículos que veían, sin encontrar nada. El rápido verano de Marte concluía y el frío iba aumentando progresivamente. Los nervios de Edsel, nunca demasiado firmes, también iban aumentando progresivamente. El pequeño Faxon parecían contento y alegre, soñando con todo el dinero que ganarían cuando encontrasen las armas, y Parke se mantenía activo y silencioso, como si fuese de hierro, sin decir una palabra mas que cuando le preguntaban.

Pero Edsel había llegado al límite. Habían examinado otro montículo sin encontrar el menor rastro de armas marcianas perdidas. El acuoso sol parecía mirarlos enfurecido, y las estrellas resultaban visibles en un cielo imposiblemente azul. El frío de la tarde penetraba a través de la ropa aislante de Edsel, entumeciendo sus articulaciones y agarrotando sus poderosos músculos.

Y de pronto Edsel decidió matar a Parke. Detestaba a aquel hombre silencioso desde que se habían asociado en la Tierra. Le detestaba más incluso que al despreciable Faxon.

Edsel se detuvo.

—¿Sabes adonde vamos? —preguntó a Parke, con un tono sordo y amenazador.

Parke encogió sus flacos hombros con indiferencia. Su rostro, demacrado y pálido, no mostraba ninguna expresión.

—¿Lo sabes? —preguntó Edsel. Parke se encogió de hombros otra vez. Una bala en la cabeza, decidió Edsel, llevando la mano a la pistola.

—¡Espera! —suplicó Faxon, interponiéndose entre ellos—. No te desesperes, Edsel. ¡Piensa en todo el dinero que podemos ganar cuando encontremos las armas! —los ojos

del hombrecillo resplandecieron ante la idea—. Están por aquí cerca en alguna aparte, Edsel. Quizás en el próximo montículo.

Edsel vaciló, mirando con ferocidad a Parke. Deseaba matarlo más que ninguna otra cosa del mundo. Si hubiese sabido que sería así cuando formaron la empresa en la Tierra... Parecía tan fácil entonces. El tenía la placa, la que les indicaría dónde estaba oculto un depósito de fabulosas armas marcianas perdidas. Parke sabía interpretar la escritura marciana, y Faxon podía financiar la expedición. Así que él había supuesto que no habría más que desembarcar en Marte y acercarse al montículo donde estaba oculto el tesoro.

Edsel nunca había salido de la Tierra. No había contado con las semanas de congelación, el hambre y las raciones concentradas, siempre aturcidos por tener que respirar aquel aire sutil que circulaba a través de un reponedor. Tampoco sabía nada de los dolores musculares del avance a través de los espesos matorrales marcianos.

Sólo había pensado en el precio que un gobierno (cualquier gobierno) pagaría por aquellas armas legendarias.

—Lo siento —dijo Edsel, decidiéndose súbitamente—. Este sitio me desquicia. Lo siento, Parke. Prosigamos.

Parke asintió y siguió su camino. Faxon lanzó un suspiro de alivio y siguió a Parke.

En realidad, pensó Edsel, puedo matarlos en cualquier momento.

Encontraron el montículo correcto a media tarde, justo cuando se agotaba de nuevo la paciencia de Edsel. Todo se ajustaba a lo que decía la inscripción. Bajo unos centímetros de polvo había metal. Excavaron y hallaron una puerta.

—Aquí es. La abriré con una descarga —dijo Edsel, sacando su pistola.

Parke le echó a un lado, accionó la manija y abrió la puerta.

Dentro había una inmensa sala. Y allí, en hileras resplandecientes, estaban las legendarias armas perdidas de Marte, los perdidos artefactos de la civilización marciana.

Los tres hombres se quedaron un momento contemplando atónitos el espectáculo. Allí estaba el tesoro que los hombres habían casi renunciado a encontrar. Desde que los hombres habían casi renunciado a encontrar. Desde que los hombres desembarcaran en Marte, habían empezado a explorar las ruinas de las grandes ciudades. Encontraron, desparramados por las llanuras, destrozados vehículos, obras de arte, herramientas, todos los indicios del espectro de una civilización, a unos mil años por delante de la Tierra. Pacientemente descifraron escrituras que les hablaron de las grandes guerras que asolaron la superficie de Marte. Pero estos escritos cesaban demasiado pronto, porque ninguno decía lo que les había pasado a los marcianos. En Marte no había ningún ser inteligente desde hacía miles de años. De algún modo, toda la vida animal del planeta había quedado borrada.

Y al parecer los marcianos se habían llevado consigo las armas.

Edsel sabía que estas armas perdidas valían su peso en uranio. No había, sencillamente, nada como ellas.

Los hombres entraron. Edsel cogió lo primero que alcanzó su mano. Parecía un 45, pero mayor. Se acercó hasta la puerta y apuntó con el arma hacia un matorral de la llanura.

—No dispires —dijo Faxon, al ver que Edsel apuntaba—. Podría disparar hacia atrás o algo parecido. Dejemos que las examinen los hombres del gobierno, después de que se las vendamos.

Edsel apretó el gatillo. El matorral, situado a unos setenta metros de distancia, estalló en una llamarada roja y deslumbrante.

—No está mal —dijo Edsel, acariciando el arma. La dejó y cogió otra.

—Por favor, Edsel —dijo Faxon, mirándole nervioso—. No tenemos ninguna necesidad de probarlas. Podrías activar una bomba atómica o algo así.

—Cállate —dijo Edsel, examinando el arma para dispararla.

—No dispires más —suplicó Faxon; miró a Parke buscando apoyo, pero el hombre silencioso observaba a Edsel—. Escucha, quizás algún arma de éstas sea responsable de la destrucción de la raza marciana. ¿No querrás que actúe otra vez?

Edsel vio como un punto de la llanura se incendiaba al disparar.

—Excelente —cogió otra, un instrumento como una varilla. Había olvidado el frío. Se sentía plenamente feliz, jugando con aquellos objetos resplandecientes.

—Bueno, vamos —dijo Faxon, avanzando hacia la puerta.

—¿Ir? ¿A dónde? —preguntó Edsel. Cogió otra arma resplandeciente, curvada para ajustarse a la muñeca y a la mano.

—Al espacio —contestó Faxon—. A vender esto, tal como planeamos. Creo que podremos establecer cualquier precio, el que nos de la gana. Un gobierno daría miles de millones por armas como éstas.

—He cambiado de idea —dijo Edsel. Observaba a Parke por el rabillo del ojo. Este caminaba entre las pilas de armas, pero aún no había tocado ninguna.

—Escucha —dijo Faxon mirándole furioso—. Yo financié esta expedición. Planeamos vender esto. Tengo derecho a... Bueno, puede que no.

El arma aún no probada apuntaba derecha a su estómago.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó, procurando no mirar hacia la pistola.

—Al diablo con venderlo —dijo Edsel, apoyándose en la pared de la cueva donde podía vigilar también a Parke—. Creo que prefiero utilizar este material yo mismo. —Esbozó una amplia sonrisa, sin dejar de vigilar a los dos hombres.

—Puedo armar a algunos de los muchachos en la Tierra. Con el material que hay aquí, liquidaremos fácilmente a uno de esos pequeños gobiernos de América Central. Y creo que podremos mantenernos allí para siempre.

—Bueno —dijo Faxon, mirando la pistola—, yo no quiero participar en una cosa así. No cuentas conmigo.

—De acuerdo —dijo Edsel.

—No te preocupes porque pueda delatarte —añadió rápidamente Faxon—. No lo haré. Simplemente no quiero participar en una matanza. Así que me voy.

—Claro —dijo Edsel. Parke estaba a un lado, mirándose las uñas.

—Si consigues ese reino, iré a verte —dijo Faxon, sonriendo débilmente—. Puede que me hagas duque o algo así.

—Creo que quizás lo haga.

—Está bien. Buena suerte. —Faxon hizo un gesto de despedida y se dispuso a salir. Edsel le dejó andar unos siete metros, luego apuntó con el arma nueva y apretó el gatillo.

El arma no hizo ningún ruido; no hubo ningún fogonazo, pero el brazo de Faxon quedó limpiamente amputado. Rápidamente, Edsel apretó otra vez el gatillo. El hombrecillo quedó cortado por la mitad, y el suelo quedó también seccionado a ambos lados de él.

Edsel se volvió, advirtiendo que había dejado su espalda expuesta, a merced de Parke. Le bastaba con coger el arma más próxima y destrozarle. Pero Parke seguía allí, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ese rayo probablemente corte cualquier cosa —dijo Parke—. Es muy útil.

Edsel pasó una media hora maravillosa, saliendo a la puerta con diferentes armas. Parke no hizo ademán de tocar ninguna, pero observaba con interés. Las antiguas armas marcianas eran tan buenas como las actuales, y al parecer no les había afectado en absoluto aquellos miles de años de desuso. Había varias armas desintegradoras de diversos modelos y potencias. Había también fusiles caloríficos y de radiación, maravillosamente contruidos. Había armas que congelaban y armas que calcinaban; otras que desmenuzaban, cortaban, coagulaban, paralizaban y eliminaban la vida por todos los métodos posibles.

—Probemos ésta —dijo Parke. Edsel, que había estado a punto de probar aquel rifle de tres cañones, de aspecto interesante, se detuvo.

—Estoy cansado —dijo.

—Deja de jugar con esas niñerías. Probemos algo más interesante.

Parke estaba junto a una máquina negra, sólida y cuadrada, con ruedas. Entre los dos la sacaron fuera de la cueva. Parke observaba mientras Edsel manipulaba los controles. En las profundidades de la máquina comenzó a oírse un desmayado ronroneo. Luego se formó a su alrededor una niebla azul. La niebla se extendió mientras Edsel manipulaba los controles hasta rodear a los dos hombres.

—Prueba una pistola contra ella —dijo Parke. Edsel cogió una de las pistolas explosivas y disparó. La niebla absorbió la carga. Rápidamente probó otras tres. No podía taladrar la niebla azul.

—Creo —dijo suavemente Parke— que esto puede parar hasta una bomba atómica. Es un campo de fuerza.

Edsel apagó la máquina y volvieron al interior. Estaba haciéndose oscuro en la cueva a medida que el sol se aproximaba al horizonte.

—Sabes, Parke —dijo Edsel—, eres un buen tipo. Un tipo como es debido.

—Gracias —dijo Parke, contemplando la masa de armas.

—No te importa que haya liquidado a Faxon, ¿verdad? Se proponía denunciar el asunto al gobierno.

—Por el contrario, lo apruebo.

—Magnífico. Creo que eres un gran tipo. Podrías haberme matado mientras yo mataba a Faxon. —Edsel no añadió que él lo hubiese hecho. Parke se encogió de hombros.

—¿Te gustaría conquistar ese reino conmigo? —preguntó Edsel, sonriendo—. Creo que podríamos conseguirlo. Podríamos conseguir un lugar bonito, lleno de chicas, de diversiones. ¿Qué piensas tú?

—De acuerdo —dijo Parke—. Cuenta conmigo. —Edsel le dio una palmada en el hombro, y recorrieron las hileras de armas.

—Todas estas no son más que variaciones de las anteriores —dijo Parke cuando llegaron al fondo de la sala.

Allí al fondo, había una puerta. Sobre ella había letras marcianas.

—¿Qué dice ahí? —preguntó Edsel.

—Algo sobre «armas definitivas» —explicó Parke, examinando detenidamente los delicados trazos. —Y «se prohíbe la entrada».

Abrió la puerta. Los dos entraron, luego retrocedieron súbitamente.

Dentro había una cámara tres veces mayor que la anterior. Y llenando la gran cámara había soldados. Espléndidamente vestidos, perfectamente armados, los soldados estaban inmóviles, como estatuas.

No estaban vivos.

Había una mesa junto a la puerta y en ella tres cosas. La primera una esfera del tamaño del puño de un hombre, con un indicador calibrado. Junto a ella había un reluciente casco. Y al lado una pequeña caja negra con letras en marciano.

—¿Es un sepulcro? —susurró Edsel, mirando con respeto los rostros firmes y ultraterrenos de los soldados marcianos. Parke, que estaba tras él, no contestó.

Edsel se acercó a la mesa y cogió la esfera. Cuidadosamente accionó el mecanismo.

—¿Qué te parece? —preguntó a Parke—. ¿Crees que...? —los dos hombres retrocedieron súbitamente.

Las líneas de soldados se había movido. Los hombres de las filas se agitaron y luego volvieron a ponerse firmes. Pero ya sin la rígida postura de la muerte. Aquellos antiguos luchadores estaban vivos.

Uno de ellos, que llevaba un ostentoso uniforme púrpura y plata, se adelantó e hizo un saludo a Edsel.

—Señor, sus tropas están listas.

Edsel estaba demasiado aturdido para hablar.

—¿Cómo pueden vivir después de miles de años? —preguntó Parke—. ¿Son ustedes marcianos?

—Somos servidores de los marcianos —contestó el soldado.

Parke advirtió que los labios del soldado no se movían. Era telépata.

—Señor, nosotros somos Sintéticos —añadió el soldado.

—¿Y a quién obedecéis? —preguntó Parke.

—Al Activador, señor. —El Sintético se dirigía a Edsel, mirando la esfera que éste tenía en la mano—. No necesitamos comer ni dormir, señor. Nuestro único deseo es servirnos luchando. —Los soldados de las filas asintieron con un cabeceo.

—¡Llévenos al combate, señor!

—¡Claro que lo haré! —dijo Edsel, que por fin recuperaba sus sentidos—. ¡Os proporcionaré una guerra que os gustará mucho!

Los soldados le vitorearon solemnemente tres veces. Edsel rió entre dientes; miró a Parke.

—¿Qué hacen los otros que quedan? —preguntó Edsel. Pero el soldado guardó silencio. La pregunta quedaba evidentemente por encima de su conocimiento grabado.

—Podríamos activar a otros Sintéticos —sugirió Parke—. Probablemente haya más cámaras así bajo tierra.

—¡Hermanos! —gritó Edsel—. ¡Yo os llevaré al combate! —de nuevo los soldados vitorearon, tres solemnes vítores.

—Ponlos a dormir y hagamos planes —dijo Parke. Edsel accionó el indicador. Los soldados se congelaron de nuevo en la inmovilidad.

—Vamos fuera.

—De acuerdo.

—Y trae eso contigo. —Edsel cogió el casco reluciente y la caja negra y siguió a Parke fuera. El sol casi había desaparecido ya, y sobre la tierra roja se extendían negras sombras. El frío era cruel, pero ninguno de los dos lo advirtió.

—¿Oíste lo que dijeron, Parke? ¿Lo oíste? ¡Dijeron que yo era su jefe! Con hombres como éstos... —lanzó una desafiante carcajada. Con aquellos soldados, con aquellas armas, nada podría detenerle. Conseguiría realmente su tierra, su paraíso... las chicas más bonitas del mundo y la felicidad perfecta.

—¡Soy un general! —gritó Edsel colocándose el casco—. ¿Qué tal me queda, Parke? No parezco un...

Se detuvo. Oía una voz en sus oídos, susurrante, cuchicheante. ¿Qué decía?

—...maldito idiota, con su sueñecito de un reino. Un poder como ése es para un hombre de genio, un hombre que pueda rehacer la historia. ¡Yo, por ejemplo!

—¿Quién habla? Eres tú, ¿verdad, Parke...? —Edsel comprendió de pronto que el casco le permitía leer los pensamientos. No tuvo tiempo de considerar qué arma tan excelente era aquella para un gobernante.

Parke le alcanzó limpiamente en la espalda con una pistola que llevaba empuñando ya un rato.

—Qué idiota —dijo Parke, colocándose el casco—. ¡Un reino! ¡Todo el poder del mundo y soñaba con un pequeño remo! —Miró de nuevo hacia la cueva.

—Con estas tropas, el campo de fuerza y las armas podré apoderarme del mundo.

Lo dijo fríamente, sabiendo que era un hecho. Se volvió y entró en la cueva para activar a los Sintéticos, pero recogió primero la cajita negra que llevaba Edsel.

Grabado en ella, en clara escritura marciana, decía: «El arma definitiva».

¿Qué podrá ser?, se preguntó Parke. Había dejado vivir a Edsel lo suficiente para que probara las otras; no tenía sentido que se arriesgase él. Era una lástima que Edsel no hubiese vivido lo suficiente para probar también aquélla.

En realidad no la necesito, se dijo. Tenía suficiente. Pero aquello quizás facilitase las cosas y las hiciese más seguras. Fuese lo que fuese, había de ser bueno.

En fin, se dijo, veamos lo que consideraban los marcianos su arma definitiva. Abrió la caja.

Salió un vapor y Parke tiró la caja pensando que se trataba de un gas venenoso.

El vapor se remontó, vagó indeciso un rato y luego comenzó a aglutinarse. Se extendió, creció y tomó forma.

En unos segundos estaba completo, quieto sobre la caja. Relumbraba con una luz blanca en aquella claridad del crepúsculo, y Parke vio que se trataba sólo de una tremenda boca, sobre la que había unos ojos que no pestañeaban.

—Jo jo —dijo la boca—. ¡Protoplasma! Se lanzó hacia el cadáver de Edsel. Parke alzó un desintegrador y apuntó cuidadosamente.

—Protoplasma quieto —dijo aquel ser, olisqueando el cuerpo de Edsel—. Me gusta el protoplasma quieto. —Y se tragó el cadáver de un bocado.

Parke disparó haciendo un agujero de tres metros en el suelo. La boca gigante se apartó de él, riendo.

—Hacía tanto tiempo —dijo.

Parke luchaba por controlar sus nervios. Por no entregarse al pánico. Calmosamente activó el campo de fuerza. formando una esfera azul a su alrededor.

Sin dejar de reír, aquel ser cruzó la niebla azul.

Parke cogió el arma que Edsel había usado contra Faxon, sintiendo que temblaba en su mano aquella pieza tan bien equilibrada. Retrocedió a un lado del campo de fuerza al aproximarse el ser y accionó el arma.

Pero el ser siguió avanzando.

—¡Muere, muere! —chillaba Parke, sin control ya. Pero aquel ser seguía avanzando, riendo, riendo sonoramente.

—Me gusta el protoplasma quieto —decía aquel ser al llegar su gigantesca boca hasta Parke.

—Pero también me gusta el que se mueve.

Se lo tragó de un bocado y luego salió por el otro lado del campo, buscando ansioso millones de unidades de protoplasma, como en otros tiempos.

ESPECTRO V

—Ahora está leyendo nuestro letrero —dijo Gregor, apretando su alargada cara huesuda contra la mirilla de la puerta de su oficina.

—Déjame ver —dijo Arnold. Gregor le echó atrás.

—Va a llamar... no, ha cambiado de idea. Se va.

Arnold volvió a su mesa y empezó otro solitario. Gregor siguió pegado a la mirilla.

Habían construido aquella mirilla por puro aburrimiento tres meses después de formar la sociedad y alquilar la oficina. Durante aquel período, el Servicio de Descontaminación Planetario Ace AAA no había realizado servicio alguno... pese a estar el primero en la lista telefónica. La descontaminación planetaria era una actividad vieja y asentada, que monopolizaban dos grandes firmas. Lo que era

descorazonador para una pequeña empresa recién formada por dos jóvenes con grandes ideas y mucho equipo a crédito.

—Vuelve —anunció Gregor—. Rápido... ¡Parece importante!

Arnold metió las cartas en un cajón y cuando terminaba de abrocharse la bata de laboratorio, llamaron a la puerta.

El visitante era un hombre bajo, calvo, de aire cansado. Les miró vacilante.

—¿Ustedes descontaminan planetas? —preguntó.

—Así es, señor —contestó Gregor, retirando una pila de papeles y estrechando la húmeda mano del posible cliente—. Yo soy Richard Gregor. Este es mi socio, el doctor Frank Arnold.

Arnold, impresionantemente ataviado con su bata blanca de laboratorio y sus gafas negras de montura de concha, cabeceó con aire ausente y reanudó su examen de una hilera de viejos y polvorientos tubos de ensayo.

—Tenga la bondad de sentarse, señor...

—Ferngraum.

—Señor Ferngraum. Creo que podremos hacernos cargo de todo lo que usted nos pida —dijo animosamente Gregor—. Control de flora y fauna, limpieza de la atmósfera, purificación del agua, esterilización del suelo, prueba de estabilidad, control de terremotos y volcanes... todo lo necesario para que un planeta resulte adecuado para el hombre.

Ferngraum aún parecía vacilar.

—Seré sincero con ustedes. Tengo en mis manos un planeta que es un problema.

—Nuestro trabajo es resolver problemas —indicó Gregor confidencialmente.

—Soy agente de bienes raíces —explicó Ferngraum—. Ya saben... compro un planeta, lo vendo; en fin hay que ganarse la vida. Normalmente comercio con los planetas en bruto, y dejo que mis compradores los descontaminen. Pero hace unos meses tuve la oportunidad de comprar un planeta excelente... conseguí quitárselo de debajo de sus narices a los grandes acaparadores.

Ferngraum se enjugó la frente pesaroso.

—Es un hermoso lugar —continuó sin el menor entusiasmo—. Temperatura media de veintidós grados. Montañoso, pero fértil. Cataratas, arco iris, todas esas cosas, y carece de fauna.

—Parece perfecto —dijo Gregor—. ¿Microorganismos?

—Nada peligroso.

—Entonces ¿cuál es el problema? Ferngraum parecía embarazado.

—Quizás hayan oído hablar de él. El número de catálogo del gobierno es RJC-5. Pero todo el mundo lo llama «Espectro V».

Gregor enarcó una ceja. «Espectro» era un apodo raro para un planeta, pero los conocía más extraños. Después de todo, había que llamarles algo. Había miles de soles con planetas al alcance de las naves espaciales, muchos habitables o potencialmente habitables. Y muchos habitantes de los mundos civilizados dispuestos a colonizarlos. Sectas religiosas, minorías políticas, grupos filosóficos... o simples emigrantes que querían iniciar una nueva vida.

—No tengo noticia de ese planeta —dijo Gregor. Ferngraum se agitó inquieto en la silla.

—Tendrían que haber oído a mi mujer. Claro... yo tenía que ser un gran negociante. Pagué diez veces mi precio habitual por Espectro V y ahora no puedo quitármelo de encima.

—Pero, ¿cuál es el problema? —preguntó Gregor.

—Al parecer está hechizado —contestó Ferngraum con desesperación.

Ferngraum había revisado con radar su planeta y se lo había alquilado luego a un grupo de agricultores de Dijon VI. La vanguardia de ocho hombres aterrizó y, al día siguiente, empezó a radiar extraños informes sobre demonios, espectros, vampiros, dinosaurios y otra fauna hostil.

Cuando acudió una nave en su auxilio, todos estaban muertos. La autopsia informó que los cortes, heridas y desgarrones de sus cuerpos podían haber sido causados por casi cualquier cosa, incluso por demonios, espectros, vampiros o dinosaurios, si es que existían.

Y a Ferngraum le pusieron una multa por descontaminación incompleta. Los agricultores rompieron su contrato. Pero logró alquilárselo a un grupo de adoradores del sol de Opal II.

Los adoradores del sol fueron bastante cautos. Enviaron su equipo, pero con sólo tres hombres, para estudiar el problema. Los expedicionarios montaron un campamento, desempaquetaron el equipo y comunicaron que el lugar era un paraíso. Comunicaron al resto del grupo que podían trasladarse al planeta inmediatamente... y luego, de pronto, se oyó un grito y la radio dejó de transmitir.

Una patrulla enviada a Espectro V enterró los tres mutilados cadáveres y se alejó de allí en cinco minutos.

—Y eso es todo —dijo Ferngraum—. Ahora nadie lo quiere a ningún precio. Las naves espaciales se niegan a aterrizar en él. Y yo aún no sé lo que pasó.

Suspiró profundamente y miró a Gregor.

—El trabajo es suyo, si lo quiere.

Gregor y Arnold se excusaron y pasaron a la habitación contigua. Arnold exclamó inmediatamente:

—¡Tenemos trabajo!

—Sí —dijo Gregor—, pero qué trabajo.

—Queremos trabajos difíciles —indicó Arnold—. Si resolvemos este problema, nos haremos famosos... y piensa lo que podemos sacar trabajando a porcentaje.

—Pareces olvidar —dijo Gregor— que yo soy el que tiene que desembarcar en el planeta. Tú te sentarás aquí a interpretar datos.

—Así lo acordamos —le recordó Arnold—. Yo soy el departamento de investigación... tú eres el que resuelves los problemas en la práctica ¿Recuerdas?

Gregor recordó. Desde su infancia, había estado jugándose el cuello, mientras Arnold se quedaba en casa y le explicaba por qué se lo jugaba.

—No me gusta esto —dijo.

—No creerás en fantasmas ¿verdad?

—No, claro que no.

—Bueno, cualquier otra cosa podremos resolverla. Los pusilánimes nunca logran nada.

Gregor se alzó de hombros. Volvieron a donde estaba Ferngraum.

En media hora llegaron a un acuerdo: un elevado porcentaje en los beneficios del futuro desarrollo del planeta si tenían éxito y una cláusula de penalización si no lo lograban.

Gregor acompañó a Ferngraum a la puerta.

—Por cierto, señor —dijo—, ¿por qué vino usted a nosotros?

—Nadie quiso encargarse del asunto —contestó Ferngraum, que parecía muy satisfecho de sí mismo—. Buena suerte.

A los tres días iba Gregor a bordo de un destartalado carguero camino de Espectro V. Dedicó su tiempo libre a estudiar informes sobre las dos tentativas de colonización y ensayos sobre fenómenos sobrenaturales.

Poco sacó en limpio. En Espectro V no se había encontrado rastro alguno de vida animal. Ni había prueba alguna de que existiesen criaturas sobrenaturales en ningún lugar de la galaxia.

Gregor consideró esto, y comprobó sus armas mientras el carguero entraba en la región de Espectro V. Llevaba un arsenal lo bastante cuantioso como para iniciar una pequeña guerra y ganarla.

Si podía encontrar algo contra lo que disparar...

El capitán del carguero situó su nave a unos mil metros de la plácida y verde superficie del planeta, pero no quiso aproximarse más. Gregor envió su equipo por paracaídas al

punto donde se habían levantado los dos campamentos anteriores, se despidió del capitán y descendió también en paracaídas.

Aterrizó sin problema. El carguero se alejaba por el espacio como si lo persiguiesen las furias.

Estaba solo en Espectro V.

Después de comprobar su equipo, comunicó por radio a Arnold que había aterrizado sin novedad. Luego, pistola en mano, inspeccionó el campamento de los adoradores del sol.

Estos se habían instalado al pie de una montaña, junto a un pequeño lago, claro y cristalino. Las viviendas prefabricadas se conservaban en perfectas condiciones.

Ninguna tormenta las había dañado, porque Espectro V disfrutaba de un clima maravillosamente templado y suave. Pero parecían patéticamente solitarias.

Gregor examinó cuidadosamente una de ellas. Aún estaba la ropa limpiamente colocada en los armarios, los cuadros en las paredes, e incluso un visillo en una ventana. En un rincón había una caja de juguetes abierta para cuando llegaran los niños con el grupo principal.

Vio una pistola de agua, y una bolsa de canicas que se habían desparramado por el suelo.

Anocheceía, por lo que Gregor metió su equipo en la casa prefabricada e inició sus preparativos. Instaló una señal de alarma tan precisa que hasta una cucaracha podría activarla. Instaló también un alarma de radar para controlar la zona inmediata. Desempaquetó su arsenal, dejando los rifles pesados a su alcance, pero con la pistola a la cintura. Luego, satisfecho, devoró una copiosa cena.

Fuera, el crepúsculo se convertía en noche. La cálida y soñolienta tierra se oscurecía. Una suave brisa agitó la superficie del lago y peinó sedosamente las altas hierbas.

Todo parecía muy pacífico.

Los colonizadores debían de ser unos histéricos, concluyó. Debieron dejarse dominar por el pánico y matarse entre sí.

Tras comprobar por última vez el sistema de alarma, Gregor colocó su ropa en una silla, apagó las luces y se metió en la cama. Iluminaba la habitación la luz de las estrellas, más intensa que la de la Luna en la Tierra. Tenía la pistola bajo la almohada. Todo estaba tranquilo.

Cuando empezaba a dormirse se dio cuenta de que no estaba solo en la habitación.

Era imposible. Su sistema de alarma no se había activado. El radar aún seguía ronroneando pacíficamente.

Pero tenía todos los nervios de su cuerpo crispados en aterrada alarma. Sacó la pistola y miró a su alrededor.

En un rincón del cuarto había un hombre.

No tenía tiempo para considerar cómo había entrado. Le apuntó con la pistola.

—Levanta las manos —dijo con voz tranquila y resuelta.

El hombre no se movió.

Gregor se dispuso a apretar el gatillo, pero se tranquilizó de pronto. Reconoció a aquel hombre. Era su propia ropa, amontonada en una silla y alterada por la luz de las estrellas y por su propia imaginación.

Rió entre dientes y bajó la pistola. La ropa se agitó levemente. Gregor percibió que entraba por la ventana una suave brisa y siguió sonriendo.

Luego la ropa se alzó, se estiró, empezó a caminar decidida hacia él.

Inmóvil de terror, vio cómo aquella ropa sin cuerpo, que formaba aproximadamente la figura de un hombre, se dirigía hacia él.

Cuando llegó al centro de la habitación y las mangas vacías empezaban a estirarse hacia él, empezó a disparar.

Y siguió disparando, pues restos y andrajos siguieron avanzando hacia él como si tuvieran vida propia. Llameantes fragmentos de ropa avanzaban hacia su rostro y un cinturón intentaba enredarse en sus piernas. Tuvo que reducirlo todo a cenizas para detener el ataque.

Después, Gregor encendió todas las luces que encontró. Liquidó un puchero de café y casi una botella de coñac. Tuvo que contenerse para no destrozar a patadas su inútil sistema de alarma. Llamó a su socio.

—¡Que interesante! —dijo Arnold, después de que Gregoi le dio todos los datos—. ¡Animo! Muy interesante, de veras.

—Ya imaginaba que te divertiría —dijo Gregor con amargura. Con varias copas de coñac, empezaba a sentirse abandonado y explotado.

—¿Pasó algo más?

—Todavía no.

—Bueno, ten cuidado. Se me ocurre una teoría. Tengo que hacer comprobaciones. Por cierto, un apostador loco está apostando cinco contra uno a que fracasas.

—¿De veras?

—Sí. Yo aposté también.

—¿A mi favor o en contra? —preguntó receloso Gregor.

—A tu favor, hombre —contestó Arnold indignado—. ¿No somos socios?

Se despidieron y Gregor preparó otro puchero de café. No pensaba dormir más aquella noche. Resultaba confortante que Arnold hubiese apostado por él. Pero, en fin, Arnold tenía merecida fama de mal jugador.

Después del amanecer, Gregor logró unas horas de sueño reparador. Despertó por la tarde, buscó ropa y empezó a explorar el campamento de los adoradores del sol.

Hacia el oscurecer encontró algo. En la pared de una de las casas prefabricadas había sido garrapateada precipitadamente la palabra «Tgasklit». No significaba nada para él, pero comunicó inmediatamente la información a Arnold.

Luego investigó meticulosamente su casa, instaló más luces, comprobó el sistema de alarma y cargó de nuevo la pistola.

Todo parecía en orden. Vio pesaroso, desaparecer el sol, pensando que quizás no pudiese verlo salir más. Luego se sentó e intentó pensar algo útil.

No había allí vida animal... ni plantas móviles ni rocas inteligentes ni cerebros gigantes que habitasen el núcleo del planeta. Espectro V no tenía siquiera una luna en que se ocultase alguien.

Y él no podía creer en espectros ni demonios. Sabía que los acontecimientos sobrenaturales se convertían, después de un examen detallado, en acontecimientos eminentemente naturales. Y los que no seguían este proceso... desaparecían. Los espectros no se estaban quietos para dejar que los escépticos los examinaran.

Cuando aparecía un científico con cámaras y grabadoras, el fantasma del castillo andaba invariablemente de vacaciones.

Esto dejaba en pie otra posibilidad. ¿Y si alguien quisiese aquel planeta y no estuviese dispuesto a pagar el precio de Ferngraum? ¿No podría este alguien ocultarse allí, asustar a los colonizadores, incluso matarles si era necesario para bajar el precio?

Parecía bastante lógico. Podía explicar incluso el comportamiento de su ropa. Con electricidad estática, adecuadamente manipulada, se podría...

Frente a él había algo. Su sistema de alarma, como la vez anterior, no había funcionado.

Gregor alzó los ojos lentamente. El ser que había frente a él, de unos tres metros, tenía forma más o menos humana, pero cabeza de cocodrilo. Era rojo brillante con fajas púrpura transversales por todo el cuerpo. Llevaba en una garra una gran lata marrón.

—Hola —dijo.

—Hola —balbució Gregor. Tenía la pistola en la mesa a sólo medio metro de distancia. ¿Me atacará si intento cogerla?, se preguntó.

—¿Quién eres? —inquirió Gregor, con la calma de shock profundo.

—El Cogedor a Rayas Purpúreas —respondió el ser—. Yo cojo cosas.

—Muy interesante —la mano de Gregor avanzó hacia la pistola.

—Yo cojo cosas llamadas Richard Gregor —dijo el Cogedor con su voz brillante y clara—. Y normalmente las como con salsa de chocolate. —Alzó la lata marrón y Gregor vio una etiqueta: «Chocolate de Smigfi—. Salsa ideal para utilizar con Gregors, Arnolds y Flynns».

Los dedos de Gregor tocaron la culata de la pistola.

—¿Y te propones comerme? —preguntó.

—Sí, claro —contestó el Cogedor.

Gregor tenía ya la pistola. Quitó el seguro y disparó. El rayo relumbrante rebotó en el pecho del Cogedor y chamuscó el suelo, las paredes y las cejas de Gregor.

—Eso no me hace daño —explicó el Cogedor—. Soy demasiado alto.

Gregor soltó la pistola. El Cogedor se inclinó hacia adelante.

—No voy a comerte ahora —dijo el Cogedor.

—¿No? —logró articular Gregor.

—No. Sólo puedo comerte mañana, el primero de mayo. Esa es la regla. Sólo vine a pedirte un favor.

—¿Qué?

El Cogedor sonrió satisfecho.

—¿Serías tan amable de comer unas manzanas? Dan un sabor tan rico a la carne.

Y, con esto, el monstruo desapareció.

Gregor conectó la radio con manos temblorosas y explicó a Arnold todo lo sucedido.

—Vaya, vaya —dijo Arnold—. Así que el Cogedor a Rayas Púrpura, ¿eh? Creo que eso es suficiente. Todo encaja.

—¿Qué es lo que encaja? ¿De qué demonios hablas?

—Primero haz lo que te digo. Quiero asegurarme.

Siguiendo instrucciones de Arnold, Gregor desembaló su equipo químico y sacó una serie de tubos de ensayo, retortas y sustancias químicas. Revolvió, mezcló, añadió y sustrajo según las instrucciones y por último puso a calentar la mezcla.

—Ahora —pidió Gregor, volviendo a la radio—, explícame lo que pasa.

—Desde luego. Busqué la palabra «Tgasklit». Es opaliano. Significa «Espectro de Muchos Dientes». Los adoradores del sol eran de Opal. ¿Qué te indica eso?

—Que los asesinó un espectro de su mismo planeta —contestó aviesamente Gregor—. Debía de estar escondido en su nave. Quizás fuese una maldición y...

—Calma —dijo Arnold—. No hay ningún espectro en todo esto. ¿Hierve ya la mezcla?

—No.

—Dímelo cuando empiece. Ahora pasemos a tu ropa. ¿No te recuerda algo eso?

Gregor reflexionó...

—Bueno —dijo—, yo de niño... no, eso es ridículo.

—Adelante —insistió Arnold.

—Cuando era niño, nunca dejaba la ropa en una silla. En la oscuridad me parecía siempre un hombre, un dragón, cosas así. Supongo que todos hemos tenido esa experiencia. Pero eso no explica...

—¡Claro que sí! ¿Recuerdas ahora al Cogedor a Rayas Púrpura?

—No. ¿Por qué habría de recordarlo?

—¡Porque tú lo inventaste! ¿No te acuerdas? Debíamos tener ocho o nueve años, tú, Jimmy Flynn y yo. Inventamos el monstruo más horrible que se pueda imaginar, era nuestro propio monstruo personal y sólo quería comernos a ti, a Jimmy y a mí, sazonados

con salsa de chocolate. Pero sólo los primeros de mes, cuando llegaban las notas. Tú tenías que utilizar la palabra mágica para librarte de él.

Entonces Gregor recordó, era asombroso que lo hubiese olvidado. ¿Cuántas noches había pasado despierto esperando temeroso la aparición del Cogedor? Aquel terror quitaba importancia a las malas notas.

—¿Está hirviendo ya la solución? —preguntó Arnold.

—Sí —contestó Gregor, mirando obediente el fuego.

—¿De qué color está?

—Una especie de azul verdoso. No, es más azul que...

—De acuerdo. Puedes verterlo. Quiero hacer una cuantas pruebas más, pero creo que está resuelto.

—¿Qué está resuelto? ¿Por qué no me das alguna explicación?

—Es evidente. El planeta no tiene vida animal. No hay espectros o al menos no hay ninguno lo bastante sólido para liquidar a un grupo de hombres armados. Lo que hay son alucinaciones, así que busqué algo que las produjera. Encontré muchas cosas. Además de las drogas de la Tierra hay unos doce gases alucinógenos en el Catálogo de Elementos Alienígenas. Hay depresores, estimulantes, sustancias que te hacen sentirte un genio o un gusano o un águila. Esta concretamente corresponde a Longstead 42 en el catálogo. Es un gas inodoro transparente y pesado, que no produce ningún daño físico. Sólo estimula la imaginación.

—¿Quieres decir que todo han sido alucinaciones? Te aseguro...

—No, no es tan simple —interrumpió Arnold—. Longstead 42 trabaja directamente sobre el subconsciente. Libera los temores subconscientes más fuertes, los terrores infantiles que uno ha reprimido. Les da vida. Y eso fue lo que te pasó.

—Entonces, ¿no hay nada en realidad? —preguntó Gregor.

—No hay nada físico. Pero las alucinaciones son absolutamente reales para quien las tiene.

Gregor buscó otra botella de coñac. Aquello había que celebrarlo.

—No será difícil descontaminar Espectro V —continuó muy confiado Arnold—. Podemos eliminar el Longstead 42 sin problema. Y entonces... ¡Seremos ricos, socio!

Gregor sugirió un brindis, y luego pensó en algo inquietante.

—¿Y qué les pasó a los colonizadores si no eran más que alucinaciones? Arnold guardó silencio un instante.

—Bueno —respondió por fin—, puede que el Longstead tienda a estimular el instinto de muerte. Los colonizadores se volvieron locos sin duda. Se mataron unos a otros.

—¿Y no sobrevivió ninguno?

—Supongo que sí, pero los que quedaron vivos se suicidaron o murieron de las heridas. Tú no te preocupes. Voy a alquilar una nave inmediatamente e iré a hacer esas pruebas. Tranquilízate. Tardaré un día o dos.

Gregor cortó. Se permitió el descanso de la botella de coñac aquella noche. Era justo. El misterio de Espectro V estaba resuelto, iban a ser ricos. Pronto podría pagar a otros que aterrizasen por él en planetas extraños, mientras él daba instrucciones desde la Tierra.

Al día siguiente se despertó tarde y con resaca. Aún no había llegado la nave de Arnold, así que empaquetó su equipo y se puso a esperar. Pero oscureció y aún no había llegado la nave. Se sentó a la puerta de la casa prefabricada y contempló un luminoso crepúsculo y luego entró y se hizo la cena.

El problema de los colonizadores aún le inquietaba, pero decidió no preocuparse. Tenía que haber sin duda una respuesta lógica.

Después de cenar, se echó en la cama. Apenas había cerrado los ojos oyó carraspear a alguien.

—Hola —dijo el Cogedor a Rayas Púrpuras. Su propia alucinación personal había vuelto para comerle.

—Qué hay, viejo amigo —dijo alegremente Gregor, sin miedo ni inquietud.

—¿Comiste las manzanas?

—Lo lamento mucho. Se me olvidó.

—Bueno, bueno. —El Cogedor procuró ocultar su disgusto—. Yo traje la salsa de chocolate. —Le enseñó la lata.

—Ya puedes irte —dijo Gregor con una sonrisa—. Sé que eres sólo un espejismo de mi imaginación. No puedes hacerme ningún daño.

—No te haré ningún daño —dijo el Cogedor—. Sólo te comeré.

Avanzó hacia Gregor. Gregor no se movió, se quedó inmóvil, sonriendo, aunque inquieto de que el Cogedor pareciese tan sólido y real. El Cogedor se inclinó y le mordisqueó un brazo.

Gregor saltó hacia atrás y miró su brazo. Había en él huellas de dientes. Salía sangre, auténtica sangre, su sangre.

Los colonos habían sido mordidos, desgarrados y destrozados.

Y en aquel momento Gregor recordó un experimento de hipnotismo que había visto una vez. El hipnotizador había dicho al sujeto que estaba poniéndole un cigarrillo encendido en el brazo. Luego le había tocado en el brazo con un lápiz.

A los pocos segundos había aparecido en el brazo del sujeto una roja quemadura, porque el sujeto creía que le habían quemado. Si tu subconsciente piensa que estás muerto, estás muerto. Si pide los estigmas de las marcas de los dientes, aparecen.

El no creía en el Cogedor.

Pero su subconsciente sí.

Gregor intentó llegar a la puerta. El Cogedor se lo impidió. Le cogió con sus garras y se inclinó hacia su cuello.

¡La palabra mágica! ¿Cuál era?

—¿Aljoisto? —gritó Gregor.

—No es esa —dijo el Cogedor—. Por favor no te muevas.

—¿Regnastiquio?

—Tampoco. Deja de moverte y así acabaré antes...

—¡Burspelapio!

El Cogedor lanzó un grito de dolor y le soltó. Se elevó en el aire y se desvaneció.

Gregor se derrumbó en una silla. Había faltado poco. Demasiado poco. Sería una forma especialmente estúpida de morir, asesinada por el deseo de muerte de tu propio subconsciente, liquidado por tu propia imaginación, asesinado por tus convicciones. Era una suerte que hubiese recordado la palabra. Si Arnodl se diese prisa...

Oyó una risilla divertida.

Venía de la oscuridad de una puerta semicerrada de un armario, y despertaba un recuerdo casi olvidado. El tenía nueve años de nuevo y el Fantasma, su fantasma, era una extraña criatura flaca y gris que se ocultaba en los quicios, dormía debajo de las camas y atacaba sólo en la oscuridad.

—Apaga las luces —dijo el Fantasma.

—Ni hablar —replicó Gregor, sacando la pistola. Mientras estuvieran las luces encendidas estaba seguro.

—Harías mejor en apagarlas.

—¡No!

—Está bien. ¡Egan, Megan, Degan!

Irrumpieron en la habitación tres pequeñas criaturas. Corrieron hasta la bombilla más próxima, se colgaron de ella y empezaron a devorar afanosamente.

La habitación iba quedándose a oscuras.

Gregor disparaba contra ellos cada vez que se acercaban a una luz. Se rompían los cristales, pero las voraces criaturas huían.

Y entonces Gregor comprendió lo que había hecho. Las criaturas no podían comer luz en realidad. La imaginación no puede actuar sobre la materia inanimada. El se había imaginado que estaba quedándose a oscuras y...

¡Había acabado con las bombillas a tiros! Su propio subconsciente destructivo le había engañado.

Entonces salió el Fantasma. Saltando de sombra en sombra, se acercó a Gregor.

La pistola de nada servía. Gregor intentó frenéticamente recordar la palabra mágica... y recordó aterrado que ninguna palabra mágica borraba al Fantasma.

Retrocedió, ante el avance del Fantasma, hasta que tropezó con una caja. El Fantasma llegó hasta él y Gregor se hundió en el suelo y cerró los ojos.

Sus manos entraron en contacto con algo frío. Estaba apoyado en la caja de juguetes de los niños de los colonizadores. Y tenía en la mano una pistola de agua.

Rápidamente Gregor fue al grifo y llenó la pistola. Dirigió contra la criatura un mortífero chorro de agua.

El fantasma lanzó un aullido de dolor y se desvaneció.

Gregor, con una sonrisa, se metió en el cinturón la pistola vacía.

Una pistola de agua era el arma adecuada contra un monstruo imaginario.

Estaba a punto de amanecer cuando aterrizó la nave de Arnold. Sin perder un instante hizo sus pruebas. A mediodía, había terminado y el elemento fue identificado concretamente como Longstead 42. El y Gregor lo empaquetaron todo inmediatamente y despegaron.

—Debió ser terrible —dijo Arnold, con verdadero sentimiento.

Gregor pudo sonreír con modesto heroísmo ahora que estaba ya lejos de Espectro V.

—Podría haber sido peor —dijo.

—¿Cómo?

—Suponte que estuviese aquí Jimmy Flynn. Era un chico que podía inventarse realmente monstruos. ¿Te acuerdas del Gruñón?

—Lo único que recuerdo son las pesadillas que tuve por él —dijo Arnold.

Volvían a casa. Arnold tomó unas notas para un artículo titulado «El instinto de muerte en Espectro V: Un examen del estímulo subconsciente, la histeria y la alucinación masiva y su capacidad para producir estigmas físicos». Luego fue a la sala de control para poner el piloto automático.

Gregor se echó en una litera, decidido a disfrutar de su primera noche decente de sueño desde que aterrizara en Espectro V. Apenas se había dormido entró corriendo Arnold, pálido de terror.

—Creo que hay algo en la sala de control —dijo. Gregor se incorporó.

—No puede ser.

Se oyó un gruñido que venía de la sala de control.

—¡Oh Dios mío! —balbució Arnold; se concentró furiosamente durante unos segundos—. Ya sé. Dejé las compuertas neumáticas abiertas al aterrizar. ¡Aún seguimos respirando aire de Espectro V!

Y allí, enmarcado por el quicio de la puerta, había una inmensa criatura gris con manchas rojas en el lomo. Tenía un número asombroso de brazos, piernas, tentáculos, garras y dientes, amén de dos pequeñas alas en la espalda. Avanzaba lentamente hacia ellos, gimiendo y murmurando.

Ambos reconocieron al Gruñón.

Gregor dio un salto y cerró dándole un portazo en la cara.

—Aquí dentro estaremos seguros —dijo—. Esa puerta es aislante. Pero, ¿cómo pilotaremos la nave?

—No lo haremos —dijo Arnold—. Tendremos que confiar en el piloto automático... a menos que hallemos un medio de resolver el asunto.

Advirtieron que por los bordes sellados de la puerta empezaba a deslizarse un humo sutil.

—¿Qué es eso? —preguntó Arnold, con un quiebro de pánico en su voz. Gregor frunció el ceño.

—¿Es qué no te acuerdas? El Gruñón podía colarse en cualquier habitación. No hay modo de impedirlo.

—No me acuerdo de él —dijo Arnold—. ¿Se come a la gente?

—No. Si no recuerdo mal, sólo mutila.

El humo empezaba a solidificarse en la inmensa forma gris del Gruñón. Retrocedieron al compartimento contiguo y sellaron la puerta. A los pocos segundos comenzaba a filtrarse el humo gris.

—Esto es ridículo —dijo Arnold, mordiéndose los labios—. Estar acosados por un monstruo imaginario... ¡Un momento! ¿Aún llevas la pistola de agua?

—Sí, pero...

—¡Dámela!

Arnold corrió hasta un depósito de agua y llenó la pistola. El Gruñón había tomado otra vez forma y avanzaba hacia ellos, gruñendo amenazadoramente. Arnold le lanzó un chorro de agua.

El Gruñón siguió avanzando.

—Ahora me acuerdo de todo —dijo Gregor—. Un chorro de agua no podía matar al Gruñón.

Retrocedieron a la cámara siguiente y cerraron la puerta. Detrás sólo quedaba la habitación de las literas y tras ella sólo el vacío letal del espacio.

—¿No puedes hacer nada con la atmósfera? —preguntó

Gregor.

—Está disipándose ya. Pero los efectos del Longstead tardan unas veinte horas en desaparecer.

—¿No tienes ningún antídoto?

—No.

Una vez más el Gruñón empezaba a materializarse, y no lo hacía ni silenciosa ni suavemente.

—¿Cómo podemos matarlo? —preguntó Arnold—. Tiene que haber un medio. ¿Palabras mágicas? ¿Qué te parece una espada de madera?

Gregor meneó la cabeza.

—Ahora recuerdo al Gruñón —dijo con tristeza.

—¿Qué es lo que le mata?

—No se le puede destruir con pistolas de agua ni con petardos ni con bombas fétidas ni con ninguna otra arma infantil. El Gruñón es absolutamente inmatable.

—¡Ese maldito Flynn y su condenada imaginación! ¿Por qué tuvimos que hablar de él? ¿Cómo podremos librarnos del monstruo?

—Ya te lo dije. No podemos. Tiene que irse por su propia voluntad. El Gruñón ya se había solidificado por entero. Gregor y Arnold corrieron al pequeño cuarto de literas y cerraron la última puerta.

—Piensa, Gregor —suplicó Arnold—. Ningún niño inventa un monstruo sin alguna defensa. ¡Piensa!

—Al Gruñón nada lo mata —dijo Gregor.

El monstruo de manchas rojas tomaba forma otra vez. Gregor repasó otra vez todos los horrores de pesadillas que había conocido. De niño tenía que haber hecho algo para neutralizar el poder de lo desconocido.

Y entonces, casi demasiado tarde, recordó.

Gobernada por el piloto automático, la nave se dirigía hacia la Tierra con el Gruñón como dueño absoluto. Recorría los pasillos vacíos y flotaba cruzando las paredes de acero hasta las cabinas y los compartimentos de carga, gimiendo, aullando y maldiciendo porque no podía conseguir ninguna víctima.

La nave llegó al sistema solar y entró en una órbita automática alrededor de la Luna.

Gregor atisbo cuidadosamente, dispuesto a retroceder si era necesario. No se oía ningún rumor siniestro, no se oían gemidos ni aullidos, no se deslizaba bajo la puerta ningún vapor hambriento, ni a través de las paredes.

—Todo despejado —dijo a Arnold—. El Gruñón se ha ido.

Seguros dentro de la última defensa contra los horrores nocturnos (envueltos en las sábanas que habían cubierto sus cabezas) salieron de las literas.

—Ya te dije que la pistola de agua no serviría —dijo Gregor.

Arnold sonrió con una mueca y se metió la pistola en el bolsillo.

—Quiero conservarla. Si alguna vez me caso y tengo un hijo, será su primer regalo.

—Pues yo no haré lo mismo —dijo Gregor; dio unas palmadas afectuosas a la litera—. No hay mejor protección que taparse la cabeza con las mantas.

LA LLAVE LAXIANA

Richard Gregor estaba sentado ante el escritorio de la polvorienta oficina del AAA, Servicio de Descontaminación Interplanetario Ace. Era casi mediodía, y su socio Arnold aún no se había presentado. Gregor estaba haciendo un solitario insólitamente complicado. De pronto oyó un estruendo en el vestíbulo.

Se abrió la puerta de AAA y Arnold asomó la cabeza.

—Vaya horas —comentó Gregor.

—Acabo de hacer nuestra fortuna —dijo Arnold; abrió de par en par la puerta y se inclinó teatralmente—. Metedlo, muchachos.

Cuatro sudorosos obreros arrastraron una máquina negra y cuadrada del tamaño de una cría de elefante.

—Aquí está —dijo orgullosamente Arnold. Pagó a los obreros y se quedó examinando la máquina con las manos a la espalda, los ojos semicerrados.

Gregor dejó a un lado las cartas con los lentos y cansinos ademanes del hombre que lo ha visto todo. Se levantó y dio una vuelta alrededor de la máquina.

—Está bien, me rindo. ¿Qué es?

—Es un millón de billetes, en nuestras manos —contestó Arnold.

—De acuerdo. Pero ¿qué es?

—Es un Productor Libre —respondió Arnold; sonrió orgulloso—. Andaba yo dando una vuelta por el depósito de Joe, el chatarrero interestelar, esta mañana y lo vi. Lo conseguí por casi nada. Joe ni siquiera sabía lo que era.

—Tampoco yo —dijo Gregor—. ¿Y tú?

Arnold, arrodillado, intentaba leer las instrucciones que estaban grabadas en la parte delantera de la máquina. Sin alzar la vista, dijo:

—Has oído hablar del planeta Meldge, ¿verdad?

Gregor asintió. Meldge era un pequeño planeta de tercera clase situado en la periferia norte de la galaxia, a cierta distancia de las rutas comerciales. En otros tiempos, Meldge había poseído una civilización sumamente avanzada, gracias a la llamada Antigua Ciencia de Meldge. Las técnicas de la Antigua Ciencia se habían perdido hacía muchas eras, aunque aparecían de cuando en cuando algunos artefactos.

—¿Y éste es un producto de la Antigua Ciencia? —preguntó Gregor.

—Eso mismo. Es un Productor Libre de Meldge. No creo que haya más de cuatro o cinco en todo el universo. Son modelos únicos.

—¿Qué produce? —preguntó Gregor.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo Arnold—. Pásame el diccionario Meldge-Inglés, ¿Quieres?

Haciendo firme uso de su paciencia, Gregor se acercó a la estantería.

—¿Así que no sabes lo que produce...?

—El diccionario. Gracias. ¿Qué importa lo que produce? ¡Es gratis! Esta máquina toma la energía del aire, del espacio, del sol, de cualquier cosa. No tienes que echarle combustible ni manipularla. Y trabaja indefinidamente.

Arnold abrió el diccionario y se puso a buscar las palabras grabadas en el productor.

—Energía gratuita...

—Aquellos científicos no tenían un pelo de tontos —dijo Arnold, garrapateando su traducción en una libreta—. El productor simplemente toma energía del aire. Así que da igual lo que produzca. Siempre podemos venderlo, y todo lo que ganemos será puro beneficio.

Gregor contempló a su pequeño socio, y su rostro triste y alargado pareció más triste que nunca.

—Arnold —dijo—, me gustaría recordarte algo. En primer lugar, tú eres químico. Yo ecólogo. No sabemos nada de maquinaria y menos aun de complicada maquinaria alienígena.

Arnold asintió con aire ausente y pulsó un interruptor. El productor lanzó un seco gorgoteo.

—Es más —continuó Gregor, retirándose unos pasos—, somos descontaminados res planetarios. ¿Recuerdas? No tenemos razón alguna para...

El productor comenzó a toser irregularmente.

—Ya lo tengo —dijo Arnold—. Dice: «El Productor Gratuito de Meldge. Otro Triunfo de los Laboratorios Glotten. Este Productor Se Garantiza Como Indestructible, Irrompible y Libre de Cualquier Defecto. No Necesita Ningún Suministro De Energía. Para Activarlo, Pulse El Botón Uno. Para Pararlo, Utilice la Llave Laxiana. Su Productor Gratuito de Meldge Posee Una Garantía Eterna Contra Cualquier Avería. Si Se Produce Algún Fallo, Devuélvalo Inmediatamente A Los Laboratorios Glotten».

—Quizás no lo haya dicho con suficiente claridad —insistió Gregor—. Somos descontaminadores...

—No seas terco —le cortó Arnold—. En cuanto pongamos a trabajar esto, podremos retirarnos. Aquí está el botón Uno.

La máquina empezó a vibrar amenazadoramente, y luego emitió un firme ronroneo. Durante varios minutos nada sucedió.

—Tiene que calentarse —dijo Arnold nervioso. Luego empezó a salir por una abertura de la base de la máquina un polvo gris.

—Probablemente un producto de desecho —murmuró Gregor. Pero el polvo continuó derramándose por el suelo durante quince minutos.

—¡Qué éxito! ¡Lo conseguimos! —gritó Arnold.

—¿Pero qué es eso? —preguntó Gregor.

—No tengo ni la menor idea. Tendré que hacer algunas pruebas.

Riendo triunfalmente, Arnold puso un poco de aquel polvo en un tubo de ensayo y corrió a su mesa.

Gregor se quedó frente al productor, viendo cómo salía aquel polvo gris.

—¿No crees que deberíamos pararlo hasta descubrir qué es este polvo? —preguntó por fin.

—Ni hablar —contestó Arnold—. Sea lo que sea tiene que valer dinero. —Encendió su quemador, llenó un tubo de ensayo de agua destilada y se puso a trabajar.

Gregor se encogió de hombros. Estaba acostumbrado a los disparatados proyectos de Arnold. Desde que habían formado la AAA, Arnold no había dejado de buscar un camino rápido que les condujese a la riqueza. Sus soluciones conducían normalmente a más trabajo que el simple y ordinario, pero Arnold lo olvidaba muy pronto.

Bueno, pensó Gregor, al menos parece que funciona. Se sentó a su mesa e inició un complicado solitario.

La oficina permaneció en silencio durante unas horas. Arnold trabajaba de firme, añadiendo productos químicos, haciendo precipitados, comprobando los resultados en varios voluminosos libros que tenía en su mesa. Gregor trajo bocadillos y café. Después de comer, se puso a pasear observando el polvo gris que seguía cayendo de la máquina.

De pronto el ronroneo del productor se hizo más ruidoso, y el polvo fluyó como un torrente. Una hora después de comer Arnold se levantó.

—¡Ya lo tengo! —exclamó.

—¿Qué es ese polvo? —inquirió Gregor, preguntándose si, por una vez, Arnold había conseguido algo.

—Ese polvo —contestó Arnold—, es tangrise. —Miró expectante a Gregor.

—Así que tangrise.

—No hay duda.

—¿Y serías tan amable de explicarme qué es eso? —gritó Gregor.

—Creí que lo sabrías. El tangrise es el alimento básico de los habitantes de Meldge. Un meldgeano adulto consume varias toneladas al año.

—Así que comida. —Gregor contempló aquel espeso polvo gris con cierto respeto. Una máquina que produjese alimentos durante las veinticuatro horas del día, podía ser muy rentable. Sobre todo si no exigía gastos de mantenimiento ni combustible.

Arnold ya tenía abierta la guía telefónica.

—Aquí está —marcó un número—. Oiga, ¿Sociedad Interestelar de Alimentación? Póngame con el presidente. Ah, no está... entonces el vicepresidente... es importante... Muy bien, éste es el asunto: estoy en condiciones de suministrarles una cantidad casi ilimitada de tangrise, el alimento básico de los habitantes de Meldgen. Así es. Sabía que iba a interesarle. Sí, por supuesto que espero.

Se volvió a Gregor.

—Estas empresas creen que pueden... ¿Sí?... Sí señor, así es. Ustedes trabajan con tangrise, ¿verdad?... ¡Magnífico, espléndido!

Gregor se aproximó, intentando oír lo que decían al otro lado. Arnold le apartó.

—¿Precio? Bueno, ¿cuál es el precio de mercado?... Oh. Bueno, cinco dólares por tonelada no es mucho, pero supongo que... ¿Qué? ¿Cinco centavos la tonelada? ¡Está usted bromeando! Seamos serios.

Gregor se apartó del teléfono y se hundió pesadamente en un asiento. Oyó con apatía decir a Arnold:

—Sí, sí. Bueno, yo no sabía que... Comprendo. Gracias. Arnold colgó.

—Al parecer —dijo— no hay mucha demanda de tangrise en la Tierra. Sólo hay unos cincuenta meldgeanos aquí, y el coste del transporte hasta la periferia norte es prohibitivamente caro.

Gregor enarcó ambas cejas y contempló el productor. Al parecer había acelerado el ritmo, pues el tangrise salía como agua de una manguera de alta presión. El polvo gris se extendía por todas partes. Había un palmo de espesor delante de la máquina.

—No importa —dijo Arnold—. Tiene que servir para más cosas. Volvió a su mesa y abrió más libros voluminosos.

—¿No crees que mientras tanto deberíamos parar esta máquina? —preguntó Gregor.

—Desde luego que no —replicó Arnold—. No cuesta nada, ¿comprendes? Está haciendo dinero para nosotros.

Se hundió en sus libros. Gregor empezó a pasear, pero resultaba difícil con tangrise hasta el tobillo. Se retrepó de nuevo en su silla, preguntándose por qué no se habría dedicado a la jardinería.

Al anochecer, el polvo gris tenía medio metro de espesor. Varias plumas, lápices, una cartera y un pequeño archivador se habían perdido ya en él, y Gregor empezaba a preguntarse si el piso soportaría aquel peso. Había tenido que palear un sendero hasta la puerta, utilizando una papelera como pala improvisada.

Arnold cerró por fin sus libros con aire de cansina satisfacción.

—Tiene otro uso.

—¿Cuál?

—El tangrise se utiliza como material de construcción. Después de estar expuesto al aire unas semanas se endurece como granito, sabes.

—No, no lo sabía.

—Llama a una empresa constructora. Comprobaremos esto inmediatamente.

Gregor telefoneó a la Empresa Constructora Toledo-Mar-te y explicó a un tal señor O'Toole que estaban dispuestos a suministrarles una cantidad casi ilimitada de tangrise.

—¿Tangrise, eh? —dijo O'Toole—. No es un material de construcción demasiado popular en estos tiempos. No retiene la pintura, ¿sabe?

—No, no lo sabía —dijo Gregor.

—Así es. Le diré, el tangrise, además, se lo come cierta raza... ¿Por qué no intenta usted...?

—Preferimos venderlo como material de construcción

—dijo Gregor.

—Bueno, quizá podamos comprar. Siempre tenemos algún trabajo barato... Podemos darle quince por tonelada.

—¿Dólares?

—Centavos.

—Ya le diré algo —dijo Gregor.

Su socio asintió astutamente cuando oyó la oferta.

—Eso está muy bien. Si esta máquina nos produce diez toneladas al día, todos los días, año tras año, veamos...—hizo unos rápidos cálculos con su regla—. Eso es casi... quinientos dólares y cincuenta centavos al año. No nos hará ricos, pero nos ayudará a pagar la renta.

—Pero no podemos dejarla aquí —dijo Gregor, contemplando alarmado la creciente capa de tangrise.

—Claro que no. Tenemos que buscar un solar vacío en el campo y dejarla allí. Podrán cargar el material cuando quieran.

Gregor llamó a O'Toole y le dijo que estaban dispuestos a hacer un trato.

—Está bien —dijo O'Toole—. Ya saben ustedes dónde está nuestra central. Pueden llevar el material cuando quieran.

—¿Llevarlo nosotros? Yo creí que ustedes...

—¿Quince centavos la tonelada? No, les hacemos un favor con quitárselo de las manos. Tienen que traerlo ustedes.

—Esto no marcha —dijo Arnold, después de que Gregor colgara—. El coste del transporte...

—Sería superior a los quince centavos por tonelada —dijo Gregor—. Será mejor que cierres eso mientras decidimos lo que vamos a hacer.

Arnold se acercó al productor.

—Veamos —dijo—. Para cerrarlo tengo que utilizar la Llave Laxiana. Examinó la parte frontal de la máquina.

—Adelante, apágalo —dijo Gregor.

—Un momento.

—¿Vas a pararlo o no?

Arnold se incorporó y soltó una risilla nerviosa.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

—Necesitamos una llave laxiana para desconectarlo. Y no tenemos.

Pasaron varias horas de apresuradas llamadas telefónicas por todo el país. Gregor y Arnold llamaron a museos, instituciones de investigaciones, departamentos arqueológicos de las universidades y a todos los sitios imaginables. Nadie había visto jamás una llave laxiana ni tenía noticias de que se hubiese encontrado alguna.

Desesperado, Arnold telefoneó a Joe, el chatarrero interestelar, que estaba en su lujoso apartamento del centro de la ciudad.

—No, no tengo ninguna llave laxiana —dijo Joe—. ¿Por qué crees que te vendí tan barato ese trasto?

Colgaron el teléfono y se miraron. El productor gratuito de Meldgen seguía derramando alegremente su polvo sin valor. Dos sillas y un radiador habían desaparecido ya en él, y el tangrise se aproximaba al nivel de la mesa.

—Así que íbamos a ganar mucho dinero... —dijo Gregor.

—Ya pensaremos algo,

—¿Nosotros?

Arnold volvió a sus libros y se pasó el resto de la noche buscando otro uso del tangrise. Gregor tuvo que palear el polvo gris hacia el vestíbulo, para que su oficina no quedase sumergida por completo.

Llegó la mañana y el sol brilló alegremente en sus ventanas a través de una película de polvo gris. Arnold se levantó y bostezó.

—¿No ha habido suerte? —preguntó Gregor.

—Me temo que no.

Gregor fue por café. Cuando volvió, el superintendente del edificio y dos corpulentos policías de cara rojiza gritaban a Arnold.

—¡Van a sacar ustedes inmediatamente toda esa arena de mi vestíbulo! —chillaba el superintendente.

—Sí, y además hay una ley que prohíbe instalar una fábrica en un distrito de oficinas —decía uno de los policías de cara rojiza.

—Esto no es una fábrica —explicaba Gregor—. Esto es un productor gratuito de...

—Yo digo que es una fábrica —replicó el policía—. Y que debe dejar de operar inmediatamente.

—Ahí está el problema —dijo Arnold—. No podemos pararla.

—¿Qué no pueden pararla? —El policía les miró con recelo—. ¿Es que quieren burlarse de mí? Repito que tienen que pararla.

—Oficial, le juro...

—Escuche, no se pase de listo, volveré aquí dentro de una hora. Si no ha parado ese chisme y no desaparece de aquí esta basura, los detendré. —Los tres hombres se marcharon.

Gregor y Arnold se miraron y contemplaron luego el productor. El tangrise llegaba ya al nivel de las mesas, y seguía saliendo.

—Maldita sea —dijo Arnold, con tono de histeria—, tiene que haber un modo de darle salida. ¡Tiene que tener un mercado! No cuesta nada. ¡Es absolutamente gratuito!

—Ya lo sé —dijo Gregor, sacudiéndose cansinamente polvo del pelo.

—¿No lo comprendes? Si dispones de algo gratuitamente y en cantidades ilimitadas, tienes que obtener un provecho. Y esto no nos cuesta nada...

Se abrió la puerta y entró un hombre alto y flaco que vestía un traje oscuro de hombre de negocios y llevaba un complicado aparato en la mano.

—Así que es aquí —dijo el recién llegado.

A Gregor le asaltó un súbito y disparatado pensamiento.

—¿Eso es una llave laxiana? —preguntó.

—¿Una llave qué? No, ni mucho menos —contestó el hombre—. Es un drenamómetro.

—Oh —dijo Gregor.

—Y al parecer me ha traído a la fuente del problema —dijo el visitante—. Soy el señor Garstairs.

Limpió de arena la mesa de Gregor, echó un último vistazo al indicador de su drenamómetro y empezó a rellenar un impreso.

—¿Pero qué es esto? —preguntó Arnold.

—Soy de la Compañía Eléctrica Metropolitana —dijo Garstairs—. Desde ayer a mediodía observamos un súbito y cuantioso aumento del consumo.

—¿Y procedía de aquí? —preguntó Gregor.

—De esa máquina suya —contestó Garstairs; terminó de rellenar su impreso, lo dobló y se lo metió en el bolsillo—. Gracias por su cooperación. Ya les enviaremos la factura.

Abrió la puerta, con cierta dificultad, y luego se volvió para echar un último vistazo al Productor Gratuito.

—Debe de hacer algo muy valioso —dijo— para justificar el gasto de tanta energía. ¿Qué es esto? ¿Polvo de platino?

Sonrió, cabeceó cordialmente y se fue.

Gregor se volvió a Arnold.

—Así que no consumía nada...

—Bueno —dijo Arnold—, supongo que se limita a tomar la energía de la fuente más próxima.

—Comprendo. Toma energía del aire, del espacio y del sol. Y de la Compañía Eléctrica, si está a mano.

—Eso parece. Pero el principio básico...

—¡Al diablo con el principio básico! —gritó Gregor—. No podemos parar este maldito chisme sin una llave laxiana, nadie tiene una llave laxiana, estamos sumergidos en polvo inútil que no podemos permitirnos ni siquiera transportar, y estamos probablemente consumiendo energía como un sol cuando se convierte en nova.

—Tiene que haber una solución —dijo lúgubrementemente Arnold.

—¿Sí? Espero que la encuentres.

Arnold se sentó donde había estado su mesa y se tapó los ojos.

Hubo un sonoro golpe en la puerta y se oyeron al otro lado voces furiosas.

—Cierra con llave la puerta —dijo Arnold. Gregor la cerró. Arnold meditó durante unos instantes más, luego se levantó.

—No está todo perdido —dijo—. Aún podremos hacernos ricos con esta máquina.

—Destruyémosla —dijo Gregor—. Tirémosla al mar o algo así.

—¡No! ¡Ahora lo tengo! Vamos, preparemos la nave.

Los días siguientes fueron agotadores para la empresa AAA. Gregor y Arnold tuvieron que contratar hombres, a precios exorbitantes, para limpiar el edificio de tangrise. Luego se les planteó el problema de trasladar la máquina, que aún seguía fabricando polvo gris, a la nave espacial. Pero por fin lo consiguieron. El productor gratuito quedó instalado en la bodega, que llenó rápidamente de tangrise, y la nave salió del sistema y continuó su ruta a gran velocidad con sobremarcha.

—Es lógico —explicaba Arnold—. Naturalmente en la Tierra no hay mercado para el tangrise. Por tanto no tiene sentido intentar venderla en la Tierra. Pero en el planeta de Meldgen...

—No me gusta —dijo Gregor.

—No puede fallar. Cuesta demasiado transportar tangrise a Meldgen. Pero nosotros llevamos una fábrica completa. Podemos proporcionar un suministro constante...

—¿Y si el precio de mercado es muy bajo? —preguntó Gregor.

—¿Como es posible? Este material es como pan para los meldgeanos. Es su dieta básica. Tiene que costar dinero.

Después de dos semanas en el espacio, Meldgen apareció ante ellos. La bodega estaba completamente llena de tangrise. La habían sellado, pero la creciente presión amenazaba con hacer estallar los laterales de la nave. Tenían que descargar toneladas todos los días, pero la descarga llevaba tiempo, y significaba una pérdida de calor y de aire.

Así pues descendieron sobre Meldgen con la nave llena de tangrise, faltos de oxígeno y con baja temperatura.

Tan pronto como aterrizaron, subió a bordo un corpulento funcionario de aduanas de piel color naranja.

—Bienvenidos —dijo—. Son pocos los visitantes que vienen a nuestro pequeño planeta. ¿Piensan quedarse mucho tiempo?

—Puede —dijo Arnold—. Venimos a montar un negocio.

—¡Excelente! —dijo con una sonrisa satisfecha el funcionario—. Nuestro planeta necesita nuevos ánimos, necesita espíritus emprendedores. ¿Y qué clase de negocio?

—Queremos vender tangrise, el alimento básico de... La cara del oficial se ensombreció.

—¿Van a vender ustedes qué?

—Tangrise. Tenemos un productor gratuito, y... El funcionario apretó un botón en un marcador de muñeca.

—Lo siento, deben irse inmediatamente.

—Pero tenemos pasaportes, permisos de entrada...

—Y nosotros tenemos leyes. Deben despegar inmediatamente y llevarse con ustedes el productor gratuito.

—Pero oiga —protestó Gregor—, en este planeta existe legalmente la libre empresa.

—No para la producción de tangrise.

Fuera, una docena de tanques del ejército irrumpió en el campo de aterrizaje y rodeó la nave. El funcionario retrocedió hasta la salida y empezó a bajar la escalerilla.

—¡Un momento! —gritó Gregor, desesperado—. Supongo que temen una competencia injusta. Está bien, quédense con el productor gratuito como regalo.

—¡No! —gritó Arnold.

—¡Sí! Cójalo. Alimenten con él a sus pobres. Y hágannos si quieren una estatua.

Apareció una segunda hilera de tanques del ejército. En el cielo empezaron a aparecer anticuados reactores.

—¡Fuera de este planeta! —gritó el funcionario—. ¿Cómo piensan que pueden vender tangrise en Meldgen? ¡Miren a su alrededor!

Miraron. El campo de aterrizaje era polvoriento y gris, y los edificios del mismo de un gris sin pintar. Más allá se extendían opacos campos grises, hasta una cordillera de bajas y grises montañas.

Por todas partes, en todo lo que abarcaba la vista, todo era gris tangrise.

—Quiere decir —exclamó Gregor— que todo el planeta...

—Ya puede imaginárselo —dijo el funcionario, desde la escalerilla—. La Antigua Ciencia creó esto, y siempre hay locos que se dedican a manipular con sus artefactos. Ahora váyanse. Si encuentran alguna vez una Llave Laxiana, vuelvan y pidan un precio.

TODO LO NECESARIO

Richard Gregor estaba sentado ante el escritorio de la polvorienta oficina del AAA, Servicio de Descontaminación Interplanetario Ace, mirando cansinamente una lista. La lista incluía unos 2.305 apartados independientes. Gregor intentaba recordar lo que se habían olvidado, si es que se habían olvidado algo.

¿Ungüento antirradioactivo? ¿Bengalas de vacío? ¿Equipo de purificación de agua? Sí, todo eso estaba allí.

Bostezó y miró su reloj. Arnold, su socio, tendría que estar ya de regreso. Arnold había ido a encargarse los 2.305 artículos y supervisar su embarque a bordo de la nave espacial. Faltaban sólo unas horas para que la AAA despegase para realizar otro trabajo.

Pero, ¿habían incluido todos los artículos importantes? Una nave espacial es una isla, autosuficiente, autoabastecida. Si uno se queda sin judías en Demencia II, no hay ninguna tienda en que pueda comprarlas. No hay ningún guardacosta que pueda reemplazar la pieza quemada de tu impulsor principal. Tienes que tener otra a bordo, y las herramientas necesarias para colocarla, y los manuales que te indiquen cómo. El espacio es demasiado grande para permitir operaciones de rescate.

¿Extractor de oxígeno? ¿Cigarrillos extra? Era como poner propulsores a unos grandes almacenes, pensó Gregor.

Dejó a un lado la lista, cogió un mazo de gastadas cartas y se puso a hacer un difícil solitario que había inventado él mismo.

Minutos después entró Arnold,

Gregor miró a su socio con suspicacia. Cuando el pequeño químico caminaba con aquel paso peculiar, con su cara redonda resplandeciendo de felicidad, significaba que había problemas para AAA.

—¿Lo conseguiste todo? —preguntó Gregor.

—Hice algo mejor que eso —contestó orgullosamente Arnold.

—Tenemos que despegar...

—Y despegaremos —aseguró Arnold; se sentó al borde de la mesa—. Acabo de ahorrar a la empresa una suma considerable de dinero.

—Oh, no —suspiró Gregor—. ¿Qué has hecho?

—Piensa —dijo Arnold—, piensa en el puro desperdicio de equipo que se hace en una expedición normal. Cargamos con 2.305 artículos, sólo por si casualmente podemos necesitar uno. La carga se ve disminuida, el espacio vital se reduce y ese material nunca llega a usarse.

—Salvo una vez o dos —dijo Gregor— en que nos salva la vida.

—Ya tuve eso en cuenta —dijo Arnold—. Estudié el problema cuidadosamente. Y he conseguido reducir la lista de forma considerable. Por un golpe de suerte, descubrí la única cosa que una expedición necesita en realidad. La cosa necesaria.

Gregor se levantó y se aproximó a su socio. Visiones criminales recorrieron su cerebro, pero consiguió controlarse.

—Arnold —dijo— no sé lo que has hecho. Pero será mejor que dejes esos 2.305 artículos a bordo y deprisa.

—Imposible —dijo Arnold, con una risilla nerviosa—. Ya no tengo el dinero. Pero lo he invertido en algo muy rentable.

—¿En qué?

—En la única cosa realmente necesaria. Ven a la nave y te lo enseñaré.

Gregor no pudo sacarle nada más. Arnold sonreía misteriosamente para sí durante el largo viaje hasta el espaciopuerto Kennedy. Su nave estaba ya en el pozo de despegue, programada para partir al cabo de unas horas. Arnold abrió la escotilla con una inclinación.

—¡Ahí! — exclamó —. Esa es la respuesta a las oraciones de una expedición.

Gregor entró. Vio una gran máquina de fantástico aspecto con indicadores, luces y palancas por todas partes.

—¿Qué es eso? — preguntó Gregor.

—¿No es maravillosa? — Arnold dio unas palmadas afectuosas a la máquina —. Joe, el chatarrero interestelar, la tenía arrinconada. Conseguí sacársela de las uñas por una porquería.

Esto bastaba para Gregor. Había tratado antes con Joe, el chatarrero interestelar, y todos los tratos habían resultado desastrosos. Los cacharros de Joe funcionaban; pero nadie sabía cuándo, cuánto ni cómo.

—No saldré al espacio nunca más con un cacharro de Joe — dijo con firmeza Gregor —. Quizás puedas venderla como chatarra.

Y se puso a buscar una barra de demolición.

—Un momento — suplicó Arnold —. Déjame que te haga una demostración. Piensa. Estamos en el espacio profundo. El impulsor principal falla. Después de un examen detenido descubrimos que una tuerca de duraleación se ha desprendido en el piñón número tres. Logramos localizar la tuerca. ¿Qué hacemos entonces?

—Sacamos una tuerca nueva del depósito de 2.305 artículos que hemos incluido para casos de emergencia como ése — contestó Gregor.

—¡Ah! ¡Pero tú no incluiste ninguna tuerca de duraleación de medio centímetro! — dijo Arnold triunfalmente —. Comprobé la lista. ¿Qué me dices?

—No sé — dijo Gregor —. Dime tú.

Arnold se acercó a la máquina y tocó un botón.

—Tuerca de duraleación de medio centímetro de diámetro — dijo con voz sonora y clara.

La máquina murmuró y ronroneó. Parpadearon luces. Un panel se deslizó hacia atrás, ofreciendo una tuerca de duraleación recién fabricada.

—He ahí la solución — dijo Arnold.

—Vaya — dijo Gregor, no muy impresionado —. Así que fabrica tornillos. ¿Qué más hace? Arnold apretó otra vez el botón.

—Un cuarto de kilo de gambas frescas.

Se deslizó el panel y allí aparecieron las gambas.

—Debería haberlas pedida peladas — dijo Arnold —. Bueno. — Apretó el botón —. Una varilla de grafito de un metro treinta de longitud y cinco centímetros de diámetro.

El panel se abrió más esta vez para dejar salir la varilla.

—¿Qué más puede hacer? — preguntó Gregor.

—¿Qué más quieres? — dijo Arnold —. ¿Un cachorro de tigre? ¿Un carburador estroboscópico modelo A? ¿Una bombilla de veinticinco vatios? ¿Una pastilla de chicle?

—¿Quieres decir que hace cualquier cosa? — preguntó Gregor.

—Cualquier cosa. Es un Configurador. Prueba, prueba.

Gregor probó y sacó, en rápida sucesión, un vaso de agua fresca, un reloj de pulsera y un tarro de salsa de cóctel.

—¡Vaya! — exclamó.

—¿Comprendes ahora? ¿No es mejor esto que meter en la nave 2.305 artículos? ¿No es esto más simple y más lógico? ¿No es mucho mejor fabricar lo que necesitas cuando lo necesitas?

—Parece bueno — dijo Gregor —. Pero...

—¿Pero qué?

Gregor meneó la cabeza. ¿Qué, en realidad? No tenía ni idea. Pero sencillamente su experiencia le decía que las máquinas nunca son tan de fiar, tan útiles ni tan sólidas como parecen a primera vista.

Caviló un rato y luego apretó el botón.

—Un transistor, serie GE 1324E.

La máquina ronroneó y se abrió el panel. Allí estaba el pequeño transistor.

—Parece que funciona muy bien — admitió Gregor —. ¿Qué haces?

—Pelando las gambas — contestó Arnold.

Después de saborear un excelente cóctel de gambas, los dos socios recibieron permiso de salida de la torre de control. Al cabo de una hora la nave estaba en el espacio.

Se dirigían a Dennett IV, un planeta de tamaño medio del grupo de Sicofate. Dennett era un mundo cálido, húmedo y fértil que sólo tenía un problema capital: demasiada lluvia. En Dennett llovía como término medio nueve décimas partes del tiempo, y cuando no llovía, amenazaba lluvia.

Resultaba un trabajo fácil. Los principios del control climático eran perfectamente conocidos, pues había muchos mundos que sufrían dificultades similares. AAA sólo tardarían unos cuantos días en alterar el esquema meteorológico.

Después de un viaje sin novedad, apareció ante ellos Dennett. Arnold desconectó el piloto automático y condujo la nave hacia la superficie a través de espesos bancos de niebla. Descendieron varios kilómetros de pálida y espectral neblina. Al fin, comenzaron a aparecer las cimas de las montañas, y por último encontraron una llanura lisa, gris y desnuda.

—Qué color más extraño el de este paisaje —dijo Gregor.

Arnold asintió. Con la facilidad de la mucha práctica describió una espiral, equilibró la nave y se posó limpiamente sobre la llanura.

—¿Por qué no habrá vegetación? —musitó Gregor.

Enseguida lo descubrieron. La nave quedó asentada durante un segundo y luego cayó a través de la llanura otros tres metros.

La llanura era al parecer niebla de una densidad que sólo podía darse en Dennett.

Rápidamente se desembarazaron de los cinturones y comprobaron los diversos dientes, huesos y ligamentos. Después de descubrir que no tenían roto nada personal, comprobaron la nave.

El impacto no le había hecho ningún bien al viejo cacharro espacial. La radio y el piloto automático estaban totalmente averiados. Diez planchas de estribor se habían combado y, esto era lo peor, algunas delicadas piezas del control de giro del impulsor estaban descompuestas.

—Hemos tenido suerte —dijo Arnold.

—Sí —dijo Gregor, mirando a través de la sábana de niebla—. Pero la próxima vez utilizaremos instrumentos.

—En cierto modo me alegro de que sucediera —dijo Arnold—. Ahora verás qué magnífico salvavidas es el configurador. Vamos a trabajar.

Localizaron todas las piezas averiadas e hicieron una lista. Arnold se acercó al configurador, apretó el botón y dijo:

—Una placa de impulsor, doce centímetros de anchura, un centímetro de grosor, aleación de acero 342. La máquina entregó la pieza rápidamente.

—Necesitamos diez —dijo Gregor.

—Lo sé, lo sé. —Arnold apretó otra vez el botón—. Otra. La máquina no hizo nada.

—Probablemente haya que dar la orden completa —dijo Arnold; apretó el botón otra vez y dijo—: Placa de impulsor, doce centímetros de anchura, un centímetro de grosor, aleación de acero 342. La máquina guardó silencio.

—Qué raro —dijo Arnold.

—Y que lo digas —dijo Gregor, con una extraña sensación en la boca del estómago. Arnold lo intentó otra vez sin ningún éxito. Caviló un rato y luego apretó el botón y dijo:

—Una taza de té de plástico.

La máquina le entregó una taza de té de plástico de un luminoso azul.

—Otra —dijo Arnold.

Al ver que el configurador no hacía nada, Arnold pidió un lápiz de cera. La máquina se lo entregó.

—Otro lápiz de cera —dijo Arnold. La máquina no hizo nada.

—Muy interesante —dijo Arnold—. Debería haberme planteado la posibilidad.

—¿Qué posibilidad?

—Al parecer el configurador fabrica cualquier cosa —dijo Arnold—. Pero sólo una vez.

Volvió a experimentar, haciendo que la máquina produjese un lápiz distinto. Lo hizo inmediatamente, pero sólo una vez.

—Magnífico —dijo Gregor—. Necesitamos nueve placas más. Y la turbina del impulsor necesita cuatro piezas idénticas. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Algo se nos ocurrirá —contestó animosamente Arnold.

—Eso espero —dijo Gregor.

Fuera empezó a llover. Los dos socios se sentaron a pensar.

—Sólo hay una explicación —dijo Arnold, varias horas después—. El principio del placer.

—¿Cómo? —preguntó Gregor. Había estado dormitando, acunado por el suave tamborileo de la lluvia sobre el casco de la nave.

—Esta máquina debe de tener algún tipo de inteligencia —dijo Arnold—. Después de todo, recibe estímulos, los traduce en órdenes de acción y fabrica un producto a partir de un plano mental.

—Desde luego —convino Gregor—. Pero sólo una vez.

—Sí. Pero, ¿por qué sólo una vez? Esa es la clave de nuestro problema. Yo creo que debe de ser un límite que se impone ella misma, ligado a un impulso de placer. O quizás a un impulso de cuasi placer.

—No te entiendo —dijo Gregor.

—Mira: los constructores no habrían limitado su máquina de este modo. La única explicación posible es ésta: cuando se construye una máquina de esta complejidad, adquiere características semihumanas. Obtiene una forma de placer semihumana al producir cada cosa nueva. Pero una cosa es nueva sólo una vez. Después, el configurador quiere fabricar algo distinto.

Gregor volvió a hundirse en su apático semisueño. Arnold continuó hablando:

—Satisfacción plena del potencial, eso es lo que la máquina quiere. El deseo último del configurador es crear todas las cosas posibles. Desde su punto de vista, la repetición sería una pérdida de tiempo.

—Es el razonamiento más disparatado que he oído en mi vida —dijo Gregor—. Pero suponiendo que tengas razón, ¿qué podemos hacer?

—No lo sé —contestó Arnold.

—Me lo suponía.

Para cenar aquella noche, el configurador les ofreció un asado de carne muy aceptable. Tomaron luego un pastel á la machine, con queso picante de acompañamiento. Su moral mejoró considerablemente.

—Sustituciones —dijo Gregor, fumando un puro facilitado por la máquina—. Eso es lo que tenemos que intentar. Aleación 342 no es lo único que podemos utilizar para las placas. Hay muchos materiales que aguantarán hasta que volvamos a la Tierra.

No podían engañar al configurador para que produjese una placa de hierro o de cualquier aleación ferrosa. Pidieron y obtuvieron una placa de bronce. Pero luego la

máquina se negaría a darles cobre o estaño. El aluminio era aceptable, y también el cadmio, el platino, el oro y la plata. Una placa de tungsteno era una rareza interesante; Arnold se preguntaba cómo la habría obtenido la máquina. Gregor vetó el plutonio, y con eso agotaron casi los metales utilizables. Arnold pidió una cerámica ultraresistente como un buen sustituto, y la última placa fue de cinc puro.

Por supuesto los metales nobles tenderían a fundirse en el calor del espacio; pero con una refrigeración adecuada, podrían durar hasta la Tierra. Fue, en resumen, una buena noche de trabajo, y los dos socios brindaron con un excelente, aunque un poco aceitoso, jerez seco.

Al día siguiente fijaron las placas y revisaron las reparaciones. La parte trasera de la nave parecía un amasijo de remiendos.

—Yo creo que queda muy bonito —dijo Arnold.

—Espero que aguante —dijo Gregor—. Ahora las piezas de la turbina del impulsor.

Pero éste era un problema de naturaleza distinta. Faltaban cuatro piezas idénticas: delicadas piezas de gran precisión compuestas de cables y cristal. No había sustitución posible.

La máquina entregó la primera sin vacilación. Pero eso fue todo. Al mediodía, los dos socios estaban decepcionados.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó Gregor.

—De momento no. Hagamos un alto para comer.

Decidieron que ensalada de langosta resultaría agradable, y la pidieron. El configurador ronroneó unos instantes pero no entregó nada.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Gregor.

—Me lo temía —dijo Arnold.

—¿Te temías qué? No hemos pedido langosta hasta ahora.

—No —dijo Arnold—, pero pedimos gambas. Ambos son mariscos. Me temo que el configurador empieza a tomar decisiones de acuerdo con las clases.

—Entonces será mejor que abramos unas latas —dijo Gregor. Arnold sonrió débilmente.

—Bueno —dijo—, como compré el configurador, creí que no haría falta...

—¿No hay latas?

—No.

Volvieron a la máquina y pidieron salmón, truchas y atún, sin ningún resultado. Luego pidieron cerdo asado, una pierna de cordero y ternera. Nada.

—Al parecer considera la carne asada de anoche representativa de todos los mamíferos —dijo Arnold—. Qué interesante. Podríamos desarrollar una nueva teoría de las clases.

—Mientras nos morimos de hambre —dijo Gregor. Probó pollo asado y esta vez el configurador se lo sirvió sin vacilar.

—¡Magnífico! —gritó Arnold.

—¡Maldita sea! —dijo Gregor—. Debería haber pedido pavo.

Seguía cayendo la lluvia sobre Dennett, y la niebla giraba alrededor de la remendada popa de la nave. Arnold inició una serie de cálculos marginales. Gregor terminó el jerez seco, intentó sin éxito conseguir una caja de whisky e inició un solitario.

Tomaron una cena frugal con los restos del pollo, y Arnold terminó sus cálculos.

—Quizás funcione —dijo.

—¿El qué?

—El principio del placer. —Se levantó y empezó a pasear por la cabina—. Esta máquina tiene características casi humanas. Desde luego no hay duda de que posee capacidad de aprendizaje. Creo que podemos enseñarle a obtener placer de producir el mismo objeto varias veces. Concretamente, las piezas de la turbina del impulsor.

—Merece la pena intentarlo —dijo Gregor.

Bien entrada ya la noche hablaron a la máquina. Arnold murmuró persuasivos argumentos sobre las alegrías de la repetición. Gregor habló encomiásticamente de los valores estéticos de la producción de un objeto artístico como una pieza de una turbina de impulsor, no una vez, sino muchas veces, haciendo cada una de ellas exactamente iguales y perfectas. Arnold se explayó en lirismos sobre la emoción suprema de la fabricación interminable de piezas. Siempre las mismas piezas, del mismo material. ¡Maravilloso! Y Gregor expuso todo esto como un hermoso concepto filosófico perfectamente adaptado a la estructura peculiar y a la capacidad de una máquina. Como sistema conceptual, continuó, la Repetición (como opuesta a la mera Creación) se aproximaba estrechamente al estatus de entropía, que, para los mecanismos, era la perfección.

El configurador mostró con ronroneos y parpadeos que estaba escuchando. Y cuando asomó en el cielo la húmeda y pálida aurora de Dennett, Arnold apretó el botón y pidió la pieza de la turbina del impulsor.

La máquina vaciló. Parpadearon inseguras las luces, los indicadores vacilaron. Era evidente que la máquina se debatía en profundas dudas.

Hubo un clic. Se corrió el panel. ¡Y apareció otra pieza de la turbina!

—¡Lo conseguimos! —gritó Gregor, dando palmadas de felicitación a Arnold en la espalda. Rápidamente dio otra orden. Pero esta vez el configurador emitió un sonoro y enfático zumbido.

Y no produjo nada.

Gregor lo intentó de nuevo. Pero no hubo ninguna vacilación en la máquina y no hubo más piezas.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Gregor.

—Es evidente —dijo con tristeza Arnold—. Decidió probar la repetición, por si se había perdido algo. Pero después de probar decidió que no le gustaba.

—¡Una máquina a la que no le gusta la repetición! —gruñó Gregor—. ¡Es inhumano!

—Todo lo contrario —replicó Arnold—. Es demasiado humano.

Era hora de cenar y los socios tuvieron que conformarse con los alimentos del configurador. Un plato de verduras era bastante fácil, pero no llenaba demasiado. La máquina podría darles una rebanada de pan, pero ningún pastel. Los productos lácteos estaban descartados, pues habían comido queso el día anterior. Por fin, tras una hora de pruebas, el configurador les entregó un filete de ballena, al parecer inseguro de su clasificación.

Gregor se puso a trabajar otra vez, cantando los gozos de la repetición en los receptores de la máquina. Un ronroneo constante y algunos parpadeos luminosos mostraban que el configurador aún seguía escuchando.

Arnold sacó varios libros de referencia y se embarcó en un proyecto personal. Varias horas después alzó la cabeza con un grito de triunfo.

—¡Sabía que lo conseguiría! Gregor alzó la vista rápidamente.

—¿El qué?

—¡Un control sustitutivo de la turbina del impulsor! —Puso el libro ante las narices de Gregor—. Mira esto. Un científico de Vednied II lo construyó hace cincuenta años. Es algo tosco para el nivel actual, pero funcionará. Y podremos montarlo en nuestra nave.

—Pero, ¿de qué está hecho? —preguntó Gregor.

—Eso es lo mejor. ¡No hay problemas! ¡Es de goma! Rápidamente pulsó el botón del configurador y leyó la descripción del aparato. No sucedió nada.

—¡Tienes que darnos el control de Vednier! —gritó Arnold a la máquina—. ¡Si no lo haces violarás tus propios principios!

Apretó de nuevo el botón y, pronunciando con minuciosa claridad, leyó de nuevo la descripción.

Sin resultado.

Gregor tuvo de pronto una terrible sospecha. Se dirigió a la parte posterior del configurador y buscó hasta encontrar lo que temía. Se lo enseñó a Arnold.

Era la placa de fabricación. Decía así: Configurador Clase 3. Fabricado por Laboratorios Vednier, Vednier II.

—Así que ya lo han usado para eso —dijo Arnold.

Gregor no dijo nada. No parecía haber nada que decir.

Dentro de la nave espacial comenzaba a formarse moho y la placa de acero de la popa empezaba a oxidarse. La máquina aún seguía escuchando los himnos a la repetición de los socios, pero sin reaccionar.

Se planteó el problema de la comida siguiente. La fruta estaba descartada debido al pastel de manzana, lo mismo la carne, el pescado, los productos lácteos y los cereales. Por último comieron ancas de rana con langostas (de una vieja receta china) y filete de iguana. Pero después de eso, agotados los lagartos, los insectos y los anfibios, sabían que habían concluido sus comidas a costa de la máquina.

Los dos socios mostraban signos de tensión. El rostro alargado de Gregor era más huesudo que nunca. Arnold encontró rastros de moho en su pelo. Fuera la lluvia caía incesantemente, empapando la nave y la húmeda tierra. La nave espacial comenzaba a hundirse, arrastrada por su propio peso.

No se les ocurrió nada positivo para la siguiente comida.

Luego Gregor concibió algo definitivo.

Lo pensó cuidadosamente. Otro fallo haría pedazos su ya maltrecha moral. Pero, aunque hubiese pocas posibilidades de éxito, tenía que intentarlo.

Lentamente se aproximó al configurador. Arnold alzó la vista, aterrado por el brillo intenso de sus ojos.

—¡Gregor! ¿Qué vas a hacer?

—Voy a dar a este chisme una última orden —dijo ásperamente Gregor. Con mano temblorosa pulsó el botón y murmuró su petición.

Durante un instante no sucedió nada. Luego Arnold gritó:

—¡Atrás!

La máquina temblaba y vibraba, parpadeaban las luces, bailaban las manecillas de los indicadores. Los controles de calor y energía pasaron del rojo al púrpura.

—¿Qué le dijiste que produjera? —preguntó Arnold.

—No le dije que produjera nada —dijo Gregor—. ¡Le dije que reprodujera!

El configurador tembló convulsivamente y lanzó una nube de humo negro. Los socios tosieron y jadearon.

Despejado el humo, el configurador aún seguía allí, con la pintura agrietada y varios indicadores deformados. Y a su lado, resplandeciendo de aceite negro de máquina, había otro configurador.

—¡Lo conseguiste! —gritó Arnold—. ¡Nos hemos salvado!

—He hecho más que eso —dijo Gregor con satisfacción—. He hecho nuestra fortuna.

Se volvió al configurador duplicado, apretó el botón y gritó:

—¡Reprodúcete!

Al cabo de una semana, Arnold, Gregor y tres configuradores estaban de vuelta en el espaciopuerto Kennedy, terminado ya su trabajo en Dennett. En cuanto aterrizaron, Arnold dejó la nave y cogió un taxi. Fue primero a la Calle Canal, situada en el centro de Nueva York. Su negocio no le llevó mucho tiempo, y al cabo de unas cuantas horas estaba de vuelta en la nave.

—Sí, no hay problema —dijo a Gregor—. Hablé con varios joyeros distintos. Podemos vender unas veinte piedras grandes sin hundir el mercado. Después de eso, creo que dedicaremos los configuradores al platino durante un tiempo, y luego... ¿Pero qué pasa?

Gregor le miró con acritud.

—¿No notas ningún cambio?

—¿Cómo? —Arnold miró a su alrededor, miró la cabina, miró a Gregor y luego miró los configuradores. Entonces se dio cuenta.

Había cuatro configuradores en la cabina, donde antes había sólo tres.

—¿Le has hecho reproducirse otra vez? —preguntó Arnold—. Bueno, no hay problema. Diles que fabriquen cada uno un diamante de...

—Aún no lo has entendido —dijo con tristeza Gregor—. Mira. Apretó el botón del configurador más próximo y dijo:

—Un diamante.

El configurador empezó a vibrar.

—Tú y tu maldito principio del placer —dijo Gregor—. ¡Repetición! Estas malditas máquinas son unas dementes sexuales.

La máquina se estremeció y produjo...

Otro configurador.

¿PODEMOS CHARLAR UN RATO?

1

Era un aterrizaje excelente pese a las extravagancias gravitatorias producidas por los dos soles y las seis lunas. Una baja capa de nubes habría sido problema si Jackson hubiese de aterrizar visualmente. Pero consideraba que aquello iba a ser un juego de niños. Era mejor y más seguro conectar la computadora, retrepase en el asiento y gozar del aterrizaje.

La capa de nubes se abrió a los setecientos metros. Jackson pudo confirmar entonces su posición: había una ciudad allí, no había duda.

El suyo era uno de los trabajos más solitarios del mundo; pero era un trabajo que, paradójicamente, exigía hombres sumamente sociables. Debido a esta contradicción básica, Jackson tenía la costumbre de hablar solo. La mayoría de los que hacían aquel trabajo hablaban solos. Jackson sentía necesidad de hablar con cualquiera, humano o alienígena, fuera cual fuera su tamaño, su forma o su color.

Por eso le pagaban, y tenían que hacerlo de todos modos. Hablaba cuando estaba solo en los largos viajes interestelares, y hablaba aun más cuando estaba con alguien o con algo que pudiese contestarle. Se consideraba afortunado por que le pagaran por sus compulsiones.

—Y no sólo me pagan —se recordó—. Me pagan magníficamente y con primas adicionales además. Y no hay duda de que este planeta parece bueno. Tengo la impresión de que con éste voy a hacerme rico si no me matan, claro.

Los vuelos solitarios entre los planetas y la inminencia de muerte eran los únicos inconvenientes de aquel trabajo; pero no pagarían tanto si el trabajo no fuese azaroso y difícil.

¿Le matarían? Era imposible predecirlo. Las formas de vida alienígenas eran impredecibles... como los humanos, solo que más.

—Pero no creo que me maten —dijo Jackson—. Tengo la sensación de que hoy es un día de suerte para mí.

Esta sencilla filosofía le había mantenido durante años, cruzando interminables y solitarios kilómetros de espacio, y entrando y saliendo por diez, doce, veinte planetas. No veía razón alguna para cambiar ahora su enfoque.

La nave aterrizó. Jackson puso los controles de estatus en reserva.

Comprobó el analizador de oxígeno y el contenido de elementos en la atmósfera y echó un rápido vistazo a la muestra de microorganismos locales. El lugar era viable. Se retrepó en su silla y esperó. No tuvo que esperar mucho, por supuesto. Ellos (los locales, indígenas, autóctonos, como quiera llamárseles) salieron de su ciudad a mirar la nave espacial. Y Jackson les miró a ellos a través de la escotilla.

—Magnífico —dijo—. Parece ser que las formas de vida alienígenas de este rincón del bosque son verdaderos humanoides. Eso significa una prima adicional de cinco mil dólares para el viejo tío Jackson.

Los habitantes de la ciudad eran bípedos monocefálicos.

Tenían el número adecuado de dedos, narices, ojos, orejas y bocas. La piel de un beige color carne, los labios de un rojo desvaído y el pelo negro, castaño o rojizo.

—¡Vaya, son como la gente de casa! —exclamó Jackson—. Demonios, me darán otro extra por esto. Humanoidísimos, ¿eh?

Los alienígenas llevaban ropas. Algunos llevaban también trozos de madera con complicadas tallas como ligeros bastones. Las mujeres se adornaban con objetos tallados y barnizados. A primera vista Jackson los situó aproximadamente a finales de la Era del Bronce de la Tierra.

Hablaban y gesticulaban entre sí. Su idioma era, claro está, incomprendible para Jackson; pero eso no importaba. Lo importante era que tenían un idioma. Y que los sonidos que lo componían podía reproducirlos con su aparato vocal.

—No como en aquel maldito planeta del año pasado —dijo Jackson—. ¡Aquellos hijos de puta supersónicos! Tuve que ponerme auriculares especiales y micrófonos y la temperatura era de cuarenta y dos a la sombra.

Los alienígenas le esperaban, y Jackson lo sabía. Aquel primer momento de contacto real... siempre resultaba difícil.

Era cuando había mayor riesgo.

A regañadientes se acercó a la escotilla, la abrió, se frotó los ojos y carraspeó. Logró esbozar una sonrisa; Y se dijo: «No te pongas nervioso; recuerda que eres sólo un pobre vagabundo interestelar, una especie de vagabundo galáctico, que viene a dar una mano de amistad y todo eso. Has bajado aquí sólo para charlar un rato, nada más. Convéncete de ello, amigo, y los extraterrestres se convencerán igual que tú. Recuerda la ley de Jackson: todas las formas de vida inteligente comparten el don divino de la credulidad; lo cual significa que puede engañarse igual a los thungs de tres lenguas de Orangus V que a cualquier terrestre.

Y así, con una valerosa y artificial sonrisilla, Jackson abrió la compuerta y salió a charlar un rato.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó Jackson inmediatamente, oyendo sólo el sonido de su propia voz.

Los alienígenas más próximos retrocedieron. Casi todos le miraban ceñudos. Varios de los más jóvenes llevaban cuchillos de bronce en vainas sujetas al antebrazo. Eran armas toscas, pero tan efectivas como cualquier otra. Los alienígenas comenzaron a avanzar.

—Calma, calma —dijo Jackson, manteniendo el tono de voz alegre y tranquilo.

Los alienígenas sacaron los cuchillos y prosiguieron su avance. Jackson se mantuvo firme, esperando, pero preparado para saltar por la escotilla como una liebre a reacción, y esperando tener oportunidad de hacerlo si era necesario.

Entonces un tercer hombre (podía muy bien llamarles «hombres», decidió Jackson) se colocó frente a los dos de aire belicoso. Este era más viejo. Habló rápidamente. Hizo gestos. Los dos de los cuchillos miraron.

—Muy bien —dijo alentadoramente Jackson—. Echad un vistazo. Una gran nave espacial, ¿verdad? Un vehículo de gran potencia obra de una tecnología realmente avanzada. Os hace pararos y pensar, ¿verdad?

Así era.

Los alienígenas se habían detenido; y si no pensaban al menos hablaban mucho. Indicaban la nave, luego señalaban hacia su ciudad.

—Ya veo que captáis la idea —les dijo Jackson—. El poder hablar un lenguaje universal, ¿eh, primos?

Había presenciado tantas escenas como aquélla en planetas tan distintos; casi podía escribirles el diálogo. Normalmente se desarrollaba así:

Intruso aterriza en vehículo espacial extraño, provocando: (1) curiosidad, (2) miedo, (3) hostilidad. Tras unos minutos de asombrada contemplación, un autóctono suele decir a su amigo:

—Oye, ese maldito chisme de metal significa un montón de poder.

—Desde luego, Herbie —contesta su amigo Fred, el segundo autóctono.

—No hay duda —dice Herbie—. Y con ese poder y esa tecnología, ese hijo de puta podría querer esclavizarnos. ¿No crees?

—Has dado en el clavo, Herbie, eso sería exactamente lo que pasaría.

—Así que yo creo —continua Herbie— que no debemos correr ningún riesgo. Por supuesto que parece amistoso, pero tiene demasiado poder, y eso no está bien. Y ésta es la mejor oportunidad que vamos a tener de ajustarle las cuentas, mientras está ahí esperando una ovación o algo así. Así que liquidemos a ese maldito y luego analicemos el asunto con calma.

—¡Estoy de acuerdo! —grita Fred. Otros proclaman también su aprobación al plan de Herbie.

—Vamos, muchachos —grita entonces éste—. Entremos ahí y liquidemos a ese tipo inmediatamente.

Así que empiezan a avanzar; pero de pronto, en el último segundo interviene el Viejo Doctor (el tercer autóctono) que dice:

—Un momento, muchachos, no podemos hacer eso. Por un lado, aquí existen leyes...

—Al diablo con eso —dice Fred (camorrista nato y bastante simplón en el fondo).

—...Y además de las leyes, sería demasiado peligroso para nosotros.

—Fred y yo no tenemos miedo —dice el valeroso Herb—. Tú lárgate al cine o a otro sitio parecido, Doc. Esto es cosa de hombres.

—No me estoy refiriendo a un peligro personal a corto plazo —dice burlonamente el viejo Doc—. Lo que temo es la destrucción de nuestra ciudad, la muerte de las personas queridas y la aniquilación de nuestra cultura.

Herb y Fred se paran.

—¿Qué quieres decir, Doc? Sólo hay un tipo ahí dentro; le metemos un cuchillo en las tripas y asunto terminado.

—¡Idiotas! ¡Schlemiels! —grita el prudente Doc—. ¡Claro que podemos matarle! Pero, ¿y después?

—¿Cómo? —pregunta Fred, achicando sus ojos saltones azul porcelana.

—¡Idiotas! ¡Cochons! ¿Creéis que ésta es la única nave espacial que tienen estos alienígenas? ¿Creéis que no saben que ha venido este tipo aquí? Vamos, tenemos que imaginar que debe haber muchas naves más en el sitio de donde viene ésta, y tenemos que suponer que no son tan idiotas como para no imaginar lo que ha pasado si esta nave no vuelve de acuerdo con lo previsto, y que no vengan a machacarnos a todos.

—¿Por qué tengo que suponer eso? —pregunta el simplón de Fred.

—Porque es lo que tú harías en un caso similar, ¿no?

—Bueno, supongo que sí, que haría eso —admite Fred con una sonrisa bovina—. Sí, seguro que haría eso. Pero a lo mejor ellos no.

—A lo mejor, a lo mejor —remeda el prudente Doc—. Bueno, muchachos, no podemos arriesgarlo todo por un simple a lo mejor. No podemos permitirnos matar a este alienígena

pensando que a lo mejor su gente no hará lo que haría cualquier tipo razonable, es decir, acabar con todos nosotros.

—Bueno, quizás no podamos hacerlo —acepta Herbie—. Pero, Doc, ¿qué podemos hacer?

—Esperar y ver qué quiere.

2

Una escena muy parecida a ésta, según reconstrucción fidedigna, se había desarrollado por lo menos treinta o cuarenta veces. Normalmente llevaba a una política de esperar y ver. En ocasiones, el viajero terrestre era liquidado antes de que pudiese prevalecer el consejo de la prudencia; pero a Jackson le pagaban por correr riesgos como éste.

Siempre que el emisario terrestre era liquidado, seguía la represalia con rápida y terrible implacabilidad. También con pesar, claro está, pues la Tierra era un lugar extremadamente civilizado y acostumbrado a vivir de acuerdo con la ley. A ninguna raza civilizada y respetuosa con la ley le gusta cometer genocidios. De hecho, la gente de la Tierra considera el genocidio un asunto muy desagradable, y no le gusta leer cosas así en sus periódicos de la mañana. Hay que proteger a los enviados, por supuesto, y hay que castigar el crimen; eso todo el mundo lo sabe. Pero no resulta agradable desayunar con un genocidio en el periódico de la mañana. Noticias como ésta pueden estropear todo un día a un hombre. Tres o cuatro genocidios y un tipo puede irritarse lo suficiente como para cambiar el voto.

Afortunadamente, nunca había grandes ocasiones para este tipo de conflictos. Los alienígenas solían entender enseguida. Pese a la barrera del lenguaje, los alienígenas comprendían que sencillamente no se podía matar a los terrestres.

Y luego, poco a poco, aprendían todo lo demás.

Los belicosos envainaron de nuevo sus cuchillos. Todos sonreían salvo Jackson, que reía entre dientes como una hiena. Los alienígenas hacían graciosos movimientos de brazos y piernas, probablemente de bienvenida.

—Encantador —dijo Jackson, haciendo por su parte algunos gestos graciosos—. Me hace sentirme realmente en casa. Y ahora, supongo que traeréis a vuestro jefe, me enseñaréis la ciudad y todo eso. Y luego me acomodareis y aprenderé esa jerga vuestra y charlaremos un rato. Y después de eso, todo irá sobre ruedas. ¡Adelante!

Y dicho esto Jackson se encaminó con paso vivo hacia la ciudad. Tras una breve vacilación, sus nuevos amigos le siguieron.

Todo transcurría según lo planeado.

Jackson, como los otros emisarios, era un políglota de insólita capacidad. Como equipo básico, poseía una memoria eidética y un oído de gran capacidad diferenciado-ra. Y, más importante aun, poseía una asombrosa aptitud para; los idiomas y una insuperable intuición para los significados. Cuando Jackson se enfrentaba con una lengua incomprensible, seleccionaba, rápida y certeramente, las unidades significativas, los bloques básicos y fundamentales del idioma. Sin esfuerzo alguno, traducía vocalizaciones en aspectos cognitivos, volitivos y emocionales del idioma. Los elementos gramaticales quedaban inmediatamente identificados por su oído experto. Ni prefijos ni sufijos eran problema; la secuencia verbal, el tono y la reduplicación eran cosas de lo más simples. No sabía mucho sobre la ciencia de la lingüística, pero tampoco necesitaba saberlo. Estas virtudes eran algo innato en Jackson. La lingüística se había creado para describir y explicar cosas que él sabía intuitivamente.

Aún no había encontrado un idioma que le hubiese resultado imposible aprender. Y en realidad no esperaba encontrarlo. Como solía decir a sus amigos del Club Políglota de Nueva York: «Amigos, en realidad no hay ningún problema con las lenguas alienígenas.

Al menos con las que me he topado yo. Lo digo sinceramente. Un hombre capaz de expresarse en sioux o en jmer no tiene graves problemas entre las estrellas».

Y así había sido, hasta la fecha...

Una vez en la ciudad hubo diversas y tediosas ceremonias que Jackson tuvo que soportar. Se prolongaron durante tres días... en consonancia con el acontecimiento; no aparecía todos los días un viajero del espacio de visita. Por lo tanto todo alcalde, gobernador, presidente y concejal y sus mujeres quisieron saludar a Jackson. Era todo muy comprensible, pero Jackson lamentaba la pérdida de tiempo. Tenía trabajo, parte de él no muy agradable, y cuando antes empezase, antes terminaría.

Al cuarto día pudo reducir los absurdos protocolarios a un mínimo. Ese fue el día en que empezó a aprender de veras el idioma local.

Un idioma, como les dirá cualquier lingüista, es indudablemente la creación más bella que uno puede encontrar. Pero en esa belleza hay cierto contenido peligroso.

El lenguaje puede justamente compararse con la chispeante superficie del mar, en perpetuo cambio, en constante movimiento. Como el mar, uno nunca sabe qué arrecifes pueden ocultarse en sus diáfanas profundidades. Las aguas más claras ocultan los peces más traidores.

Jackson, bien preparado para cualquier problema, no se enfrentó en principio con ninguno. El idioma principal (Hon) de aquel planeta (Na) lo hablaba la inmensa mayoría de sus habitantes (En-a-To-Na, literalmente Hombres de Na o Naianos, como prefería llamarles Jackson). El Hon parecía asunto fácil. Utilizaba un término para cada concepto, no permitía fusiones, yuxtaposiciones ni aglutinaciones. Los conceptos se elaboraban mediante secuencias! de palabras simples («Nave espacial» era ho-pa-aie-an, barco-flotante-cielo-exterior). Así pues el Hon era muy parecido al chino y al anamita de la Tierra. Se utilizaban las diferencias de tono no sólo intencionalmente para diferenciar homónimos, sino también posicionalmente para denotar graduaciones de «realismo percibido», incomodidad física y tres clases de expectación placentera. Todo lo cual era más o menos interesante pero no significaba ninguna dificultad especial para un lingüista competente.

En realidad, un idioma como el Hon resultaba más bien aburrido por las largas listas de palabras que uno tenía que memorizar. Pero la entonación y la posición podían resultar curiosas, y ser absolutamente esenciales si uno quería dar algún sentido a las unidades de frases. Así, que, en conjunto, Jackson no estaba insatisfecho, y asimiló el lenguaje con la mayor rapidez que pudo.

Fue un día de orgullo para Jackson, una semana más tarde, cuando pudo decir a su tutor:

—Muy agradables y placenteros buenos días tenga usted, honradísimo y estimadísimo tutor, ¿cómo sigue su bendita salud en este día glorioso?

—¡Le felicito calurosamente irá wunk! —contestó el tutor con una sonrisa cordialísima—. ¡Su acento, querido alumno, es soberbio! Claramente gor nak, sin duda, y su captación de mi querida lengua madre es poco menos que ur nak tai.

Jackson resplandeció al oír los calurosos elogios del profesor. Se sentía muy satisfecho. Por supuesto no había entendido algunas palabras; irá wunk y ur nak tai le sonaban vagamente familiares, pero gor nak le era completamente desconocida. De todos modos, era lógico que un principiante de cualquier idioma tuviese lapsos así. Sabía lo suficiente para entender a los naianos y para hacerse entender por éstos. Y eso bastaba para su trabajo.

Aquella tarde volvió a la nave espacial. La escotilla había permanecido abierta desde su llegada a Na, pero comprobó que no había desaparecido ni un solo objeto del interior. Movi6 la cabeza pesaroso, pero no permitió que esto le alterase. Se llenó los bolsillos con una serie de objetos y volvió a la ciudad. Estaba ya preparado para realizar la parte más importante de su trabajo, la última parte.

En el corazón del distrito de negocios, en la intersección de Um y Alhretto, encontró lo que buscaba: una oficina inmobiliaria. Entró y le pasaron al despacho del señor Erum, un joven socio de la empresa.

—¡Vaya vaya vaya! —dijo Erum, estrechándole cordialmente la mano—. Es un verdadero honor, caballero, un privilegio importantísimo. ¿Desea usted adquirir una propiedad?

—Esa era mi intención —dijo Jackson—. A menos, claro

—¡Por supuesto! La modificación altera todo el significado.

—Eso me temía —dijo Jackson—. No podrá explicarme, claro está, lo que significa forsicamente...

—¡Por supuesto que sí! —dijo Erum—. Nuestra conversación ahora, con cierta dosis de la imaginación deme, podría calificarse como «charlar forsicamente».

—Ah —dijo Jackson.

—Claro —dijo Erum—. Forsicamente es un modo, una manera. Significa «espiritualmente-hacia adelante-por amistad-fortuita».

—Eso está algo más claro —dijo Jackson—. En ese caso cuando uno elikata mushkies forsicamente...

—Me temo que no entiende —dijo Erum—. La definición que yo le di se aplica sólo a las conversaciones. El asunto es más complicado, es muy distinto, cuando uno habla de mushkies.

—¿Qué significa entonces?

—Bueno, significa, o más bien expresa, un caso avanzado e intensificado de elikatación mushkie, pero con un claro tono nmogmético. A mi juicio es una redacción bastante desafortunada.

—¿Cómo lo redactaría usted?

—Yo dejaría a un lado eso y diría directamente: «¿Ha realizado usted en fecha reciente o en el pasado actos dunfiglers voc en circunstancias ilegales, inmorales o in-sirtis... con o sin la ayuda y/o el consentimiento de un brachniano? Si es así, diga cuándo y por qué. Si no, exponga el neugris kris y por qué no.

—Usted lo expresaría así, ¿verdad? —preguntó Jackson.

—Desde luego —afirmó desafiante Erum—. Estos impresos son para adultos, ¿no? ¿Por qué entonces no ir al grano y llamar spigler a un spigler? Todos dunfigleramos voc alguna vez, ¿y qué? Nadie se enfada por eso, por amor de Dios. Quiero decir que después de todo se trata de un asunto personal, de algo que atañe a uno y a un pedazo retorcido de madera, así que ¿a quién le importa?

—¿Madera? —repitió Jackson.

—Sí, madera. Un sucio y vulgar trozo de madera. O al menos eso debería considerarse si la gente no se dejara enredar de forma tan ridícula por los sentimientos.

—¿Y qué hacen con la madera? —preguntó Jackson rápidamente.

—¿Hacer? No mucho, bien mirado. Pero el aura religiosa es algo que nuestros supuestos intelectuales no entienden.

Son incapaces, en mi opinión, de aislar el simple hecho primordial, la madera, de las volturneis cultural que rodea al asunto en fesieris, y también, en cierta medida, en uius.

—Así son los intelectuales —dijo Jackson—. Pero usted puede aislarlo, y descubrir...

—Descubro que no es para tanto, en realidad. De veras. Quiero decir que una catedral, correctamente analizada, no es más que un montón de piedras, y un bosque es sólo una agrupación de átomos. ¿Por qué hemos de enfocar esto de otro modo? A mi juicio, en realidad, uno podría elikatar mushkies forsicamente sin siquiera utilizar madera. ¿Qué opina usted?

—Me parece muy interesante —dijo Jackson.

—¡No me interprete mal! No quiero decir que sea fácil, natural y ni siquiera justo. Pero desde luego es posible. En realidad, uno podría sustituir cormed graitit sin el menor problema —hizo una pausa y rió entre dientes—. Parecería un poco absurdo, pero aun así no habría problema.

—Muy interesante —dijo Jackson.

—Creo que me he excitado demasiado —dijo Erum, enjugándose la frente—. ¿Hablé demasiado alto? ¿Cree que me habrán oído?

—Por supuesto que no. Me ha parecido todo muy interesante. Ahora debo irme. Señor Erum, volveré mañana para rellenar ese impreso y comprar la propiedad.

—Se la reservaré —dijo Erum levantándose y estrechando cálidamente la mano de Jackson—. Y quiero darle las gracias. Pocas veces he tenido una oportunidad como ésta de sostener una conversación franca y sincera.

—Me ha parecido muy interesante —dijo Jackson. Dejó la oficina de Erum y volvió lentamente a su nave. Estaba alterado, inquieto y enojado. La incompreensión lingüística le fastidiaba mucho, por muy comprensible que pudiese ser. Tendría que haber sido capaz de imaginar, de algún modo, lo que significaba elikatar mushkies forsicamente.

No importa, se dijo. Te pondrás a trabajar esta noche, Jackson, muchacho, y volverás allí mañana y rellenarás el impreso a toda marcha. Así que no te preocupes, hombre.

Lo conseguiría. Tenía que conseguirlo, pues tenía que hacerse con una propiedad.

Esa era la segunda parte de su trabajo.

La Tierra había recorrido un largo trecho desde los tristes días de la guerra descarada y agresiva. Según los libros de historia, un gobernante de los antiguos tiempos podía sencillamente enviar sus tropas para apoderarse de lo que desease. Y si alguno de sus súbditos cometía la temeridad de preguntarle por qué quería aquello, el gobernante podía decapitarle o encerrarle en una mazmorra o meterle en un saco y tirarlo al mar. Y ni siquiera se sentiría culpable por eso, porque creía invariablemente que él tenía razón y los demás no.

Esta política, llamada técnicamente el derecho de señorío, fue uno de los rasgos más notables del capitalismo del laissez i aire que conocieron los antiguos.

Pero, con el lento paso de los siglos, el proceso cultural fue evolucionando inexorablemente. Se impuso en el mundo una nueva ética; y con lentitud pero con firmeza, un sentido del juego limpio y de la justicia se integró en la raza humana. Los gobernantes pasaron a elegirse por votaciones y pasaron a ser ejecutores de los deseos de los electores. Las ideas de justicia, piedad y compasión se asentaron firmemente en el pensamiento del hombre, superándose así la antigua ley del tallón y concluyendo la salvaje barbarie de los antiguos tiempos.

Sí, estos tiempos habían quedado atrás para siempre. Ahora, ningún gobernante podía simplemente tomar; los electores no le apoyarían.

Ahora tenía que tener una excusa para tomar. Como por ejemplo un ciudadano terrestre que tuviese una propiedad legalmente adquirida en un planeta extraño, y que necesitase urgentemente ayuda y pidiese protección militar a la Tierra para proteger su persona, sus bienes y su legítimo medio de vida...

Pero primero tenía que adquirir esa propiedad. Tenía que ser legalmente propietario, para protegerse de los plañideros congresistas y de los periodistas que se enternecían con los alienígenas y que se lanzaban a una investigación siempre que la Tierra se hacía cargo de otro planeta. Había que proporcionar una base legal a la conquista: yj para eso estaban los emisarios.

—Jackson —se dijo—, mañana tendrás la propiedad de esa fabriquita de bromicaine. sin trabas ni obstáculos legales. ¿Me oyes, muchacho? Te lo digo de veras.

Por la mañana, poco después de las doce, Jackson estaba otra vez en la ciudad. Tras varias horas de intenso estudio y tras una prolongada consulta a su profesor, consiguió descubrir lo suficiente para saber dónde se había equivocado.

Era bastante simple. Se había precipitado un poco al suponer que el uso que el idioma hon hacía de las raíces era una técnica extrema y aislada. Había supuesto, basándose en sus estudios anteriores, que el significado de la palabra y el orden de ésta eran los únicos factores significativos para la comprensión del idioma. Pero no era así. Tras un examen más minucioso, Jackson descubrió que el idioma hon disponía de ciertos recursos insospechados: la edición de afijos, por ejemplo, y una forma elemental de reduplicación. El día anterior no había estado preparado siquiera para contradicciones morfológicas; al producirse, se había encontrado con dificultades semánticas.

Las nuevas formas eran bastante fáciles de aprender. El problema era que parecían totalmente ilógicas y contrarias a todo el espíritu del idioma hon.

Una palabra que produjese un sonido y que comportase un significado: esa era la regla que había deducido anteriormente. Pero ahora descubría dieciocho excepciones importantes, compuestos creados por una lista de sufijos modificadores. A Jackson esto le resultaba tan insólito como tropezarse con un bosque de cocoteros en la Antártida.

Aprendió dieciocho excepciones, y pensó en el artículo que escribiría cuando volviese por fin a la Tierra.

Y al día siguiente, más sabio y más cansado, Jackson volvió a la ciudad.

4

En la oficina de Erum llenó sin ningún problema los impresos del gobierno. A la primera pregunta («¿Ha elikatado mushkies Cársicamente en la actualidad o en el pasado?») Podía responder ahora con un honesto no. El plural «mushkies» en su sentido primario, indicaba en aquel contexto el singular «mujer». (El singular utilizado de forma similar denotaría un estado de feminidad incorpóreo).

Elikación era, claro está, el papel de determinación sexual, a menos que uno emplease el modificador «forsicamente». Si uno lo hacía, este simple término adquiriría un significado en este contexto particular de advocación polisexual edematosa.

Así que Jackson pudo escribir honradamente que, como no era un naiano, nunca había tenido esta urgencia particular.

Así de simple. Jackson se sentía irritado por no haber sido capaz de descubrirlo antes por sí sólo.

Rellenó el resto del impreso sin dificultad, entregándoselo a Erum.

—Esto es realmente muy skoe —dijo Erum—. Ahora solo nos quedan unos cuántos trámites de lo más simples. Podemos pasar inmediatamente al primero. Después, organizaré una breve ceremonia oficial de acuerdo con la Ley de Cambio de Propiedad, y luego cumplimentaré otros detalles sin importancia. Todo eso no llevará más de un día, según creo, y entonces la propiedad será suya.

—De acuerdo, estupendo —dijo Jackson. No le molestaba la dilación. Por el contrario, había supuesto que llevaría mucho más tiempo adquirir la propiedad. En la mayoría de los planetas se daban cuenta enseguida del asunto. No se necesitaba gran capacidad de raciocinio para imaginar que la Tierra quería lo que quería, pero lo quería además de forma legal.

En cuanto a por qué lo quería de aquel modo... tampoco era difícil imaginarlo. Una gran mayoría de los terrestres eran idealistas, y creían fervorosamente en ideas como verdad, justicia, compasión, etcétera. Y no sólo las creían sino que además estas nobles ideas guiaban sus acciones... salvo cuando resultaba inconveniente o poco provechoso. Cuando pasaba esto, actuaban con rapidez, aunque siguiesen hablando de moral. Esto

significaba que eran «hipócritas», concepto para el que existe un término en todas las razas.

Los terrestres querían lo que querían, pero querían también que lo que querían pareciera justo. Esto era mucho querer a veces, sobre todo cuando lo que querían era apoderarse de un planeta ajeno. Pero, de una forma u otra, solían conseguirlo.

La mayoría de las razas alienígenas comprendían que la resistencia directa era imposible y recurrían a diversas tácticas dilatorias.

A veces se negaban a vender, o exigían una serie interminable de condiciones o la aprobación de determinados funcionarios que nunca estaban. Pero el emisario tenía siempre una contramedida para estas medidas alienígenas.

¿Qué se negaban a vender una propiedad por motivos raciales? Las leyes de la Tierra prohibían concretamente tales prácticas, y la Declaración de los Derechos de los

Seres Inteligentes garantizaba la libertad de todos ellos para vivir y trabajar donde quisiesen. Era una libertad por la que la Tierra estaba dispuesta a luchar, si alguien la obligaba a ello.

¿Que daban largas al asunto? La Doctrina Terrestre de la Propiedad Temporal no lo permitiría.

¿Qué estaba ausente el funcionario? El Código Terrestre Contra el Embargo Implícito en Actos de Omisión prohibía expresamente tal práctica. Y así sucesivamente. Era un juego que siempre ganaba la Tierra, pues normalmente el más fuerte es el más listo.

Pero los naianos no intentaban oponerse. Jackson consideraba esto sencillamente despreciable.

Se realizó el cambio de moneda naiana por platino terrestre y Jackson recibió cincuenta arrugados billetes Vrso. Erum, resplandeciente de satisfacción, dijo:

—Ahora, señor Jackson, podremos completar este negocio si usted amablemente trombramcthulancharir según lo habitual.

Jackson se volvió, achicó los ojos, frunció la boca hasta convertirla en una pálida línea inclinada hacia abajo.

—¿Qué ha dicho usted?

—Sólo le pedía que...

—¡Sé lo que me pidió! Pero, ¿qué significa eso?

—Bueno, significa... significa... —Erum soltó una débil risilla—. Significa exactamente lo que significa. Es decir... etabólicamente hablando...

—Deme un sinónimo —pidió Jackson con voz sorda y amenazadora.

—No hay ningún sinónimo —dijo Erum.

—Amigo, será mejor que invente uno —dijo Jackson, apretando el cuello de Erum.

—¡Un momento! ¡Espere! —gritó Erum—. Señor Jackson, por favor. ¿Cómo puede haber un sinónimo cuando hay un único término, sólo uno para expresar esa cosa?

—¡Está tomándome el pelo! —aulló Jackson—. Y será mejor que deje de hacerlo, pues tenemos leyes contra la obstrucción maliciosa, la superirnposición implícita y todo lo demás que usted está haciendo. ¿Me oye?

—Le oigo. —Erum temblaba.

—Entonces escuche esto: ¡Deje de aglutinar, maldito! Ustedes tienen un lenguaje analítico perfectamente normal y común, que se distingue sólo por su gran tendencia aisladora. Y cuando se tiene un lenguaje así, amigo mío, no se puede sencillamente aglutinar un montón de compuestos. ¿Entendido?

—Sí, sí —gritó Erum—. Pero créame, yo no estoy pretendiendo numniscatarle ni mucho menos! ¡Debe usted realmente debruchili esto!

Jackson enarboló el puño, pero se controló a tiempo. Era una imprudencia pegar a los alienígenas si había alguna posibilidad de que dijese la verdad. A la gente de la Tierra no

le gustaba. Le rebajarían el sueldo; y si, por alguna desdichada casualidad, mataba a Erum, podía encontrarse con una condena de seis meses de prisión.

Pero aun así...

—¡Descubriré si está usted mintiendo o no! —bramó Jackson, y salió furioso de la oficina.

—Oiga —le dijo el camarero—, ¿está usted seguro de que no estaban ñoñiskakekakiando?

—Uno nunca sabe —contestó Jackson, saliendo a la calle apesadumbrado.

Jackson confiaba en sus instintos, tanto con los idiomas como con la gente. Sus instintos le decían que los naianos eran sinceros y que no pretendían engañarle. Erum no se había inventado aquellas palabras para confundirle maliciosamente. Hablaba en realidad el idioma hon tal como lo conocía.

Pero si aquello era cierto, Na tenía un extraño idioma. En realidad, un idioma totalmente insólito. Y sus implicaciones no eran sólo curiosas. Eran desastrosas.

Estuvo caminando cerca de una hora, mezclado con la multitud en los barrios bajos de Grath-Eth, bajo el gris y maloliente Ungperdis. Nadie se fijaba en él. Su apariencia exterior era la de un naiano, lo mismo que la de cualquier naiano habría sido la de un terrestre en la Tierra.

Jackson localizó un bar en la esquina de las calles Niis y Da y entró.

El interior era tranquilo y masculina. Jackson pidió una variedad local de cerveza. Cuando se la sirvieron, dijo al camarero:

—Curioso lo que me pasó el otro día.

—¿Sí? —dijo el camarero.

—Sí, de veras —dijo Jackson—. Tenía un magnífico negocio entre manos y en el último minuto me pidieron que trombramcthulanchierera según lo habitual.

Observó cuidadosamente la expresión del camarero. Sus estólidros rasgos se vieron alterados por una sombra de desconcierto.

—¿Y por qué no lo hizo? —preguntó el camarero.

—¿Quiere decir que usted lo hubiese hecho?

—Claro. Demonios, es el cathanpraipiaia, normal, ¿no?

—Claro, claro —dijo uno de los clientes—. Al menos, por supuesto, que sospechase usted que intentaban numniscatarle.

—No, no creo que pretendiesen nada de eso —dijo Jackson con voz átona y mortecina. Pagó su consumición y se dispuso a marcharse.

5

Aquella noche Jackson volvió a trabajar. Descubrió un género más de excepciones que ni había descubierto ni sospechado siquiera hasta entonces. Se trataba de un grupo de veintinueve potenciadores multivalentes. Estas palabras, sin significado por sí mismas, servían para crear una complicada y discordante serie de matices en otras palabras. Su tipo especial de potenciación variaba de acuerdo con la posición que tuviesen en la frase.

Así, cuando Erum le había pedido «tronbramcthulanchie-rir según lo habitual», pretendía sólo que Jackson realizase un sometimiento ritual obligatorio. Consistía éste en unir las manos detrás del cuello y dar una vuelta sobre los talones. Esta acción había de realizarse con una expresión de clara, aunque moderada, satisfacción, de acuerdo con el conjunto de la situación, y también de acuerdo con el estado de su estómago y sus nervios, su religión y su código moral, y sin olvidar pequeñas diferencias temperamentales fruto de fluctuaciones de calor y humedad, ni las virtudes de la paciencia, la semejanza y el perdón.

Todo resultaba perfectamente claro. Y también absolutamente contradictorio con lo que Jackson había aprendido hasta entonces sobre el idioma hon.

Más que contradictorio; era inimaginable, imposible y totalmente absurdo. Era como si, después de haber descubierto cocoteros en la frígida Antártica, hubiese descubierto además que el fruto de estos árboles no eran cocos sino racimos de moscatel.

No podía ser... pero era.

Jackson hizo lo que se le pedía. Después de tronbramcthu-lancherir según lo habitual, no tenía más que someterse a la ceremonia oficial y a otros pequeños detalles que la seguían.

Erum le aseguró que todo era muy simple, pero Jackson sospechaba que podría haber más dificultades.

Así que, en previsión, dedicó tres días de intenso trabajo a adquirir un verdadero control de los veintinueve potenciadores especiales, junto con sus posiciones más comunes y su efecto potenciador en cada una de estas posiciones. Acabó molido y con su índice de irritabilidad elevado a 97,3620 en la escala Grafheimer. Un observador imparcial podría haber advertido un brillo amenazador en sus ojos azul porcelana.

Jackson estaba harto. Le asqueaba el idioma hon y todas las cosas naianas. Le asaltaba el vertiginoso sentimiento de que cuanto más aprendiera menos sabría. Era algo claramente malévol.

—Muy bien —dijo Jackson, para sí mismo y para el universo entero—. He aprendido el idioma naiano y he aprendido una serie de excepciones totalmente inexplicables, y he aprendido también otra serie aun más contradictoria de excepciones a las excepciones.

Jackson hizo una pausa y con voz muy queda añadió:

—He aprendido un número excepcional de excepciones. No hay duda de que un observador imparcial podría concluir que este idioma está compuesto sólo de excepciones.

»Pero eso —continuó— es absolutamente imposible, increíble e inaceptable. Todo idioma es por definición y por necesidad sistemático, lo cual significa que tiene que seguir obligatoriamente determinadas reglas. De otro modo la gente no podría entenderse. Así son las cosas y así tienen que ser. Y si alguien se cree que va a burlarse lingüísticamente de Fred C. Jackson...

Jackson hizo otra pausa y sacó el atomizador de su funda. Comprobó la carga, accionó el seguro y volvió a colocarlo en su sitio.

—Será mejor que nadie se atreva a intentar engañar al viejo Jackson —murmuró el viejo Jackson—. Porque el próximo alienígena que lo intente se ganará un círculo de diez centímetros en sus sucias entrañas.

Dicho esto, Jackson regresó a la ciudad. Se sentía seguro y satisfecho. Su trabajo era robar aquel planeta a sus habitantes de un modo legal, y para eso tenía que controlar su idioma. Tenía que haber algún modo de controlarlo. Si no, habría irremisiblemente algunos cadáveres.

A este respecto, no le importaba mucho cuáles.

Erum estaba en su oficina, esperándole. Estaban con él el alcalde, el presidente del consejo de la ciudad, el presidente del barrio, dos concejales y el director de Departamento de Valoración. Todos ellos sonreían, afables pero nerviosos. En un aparador había bebidas alcohólicas, y en la habitación se respiraba un cierto aire de camaradería.

En conjunto, daba la sensación de que querían dar la bienvenida a Jackson como nuevo y respetadísimo propietario. Los alienígenas enfocaban las cosas así a veces: intentaban sacar el mayor provecho posible de un mal negocio procurando congraciarse con el Inevitable Terrícola.

—Muñí —dijo Erum, estrechándole la mano con entusiasmo.

—Igualmente, amigo —dijo Jackson. No tenía la menor idea de lo que significase la palabra. Tampoco le importaba. Disponía de muchas otras palabras naianas entre las que escoger, y estaba decidido a acabar de una vez con aquel asunto.

—¡Mum! —dijo el alcalde.

—Gracias, gracias —dijo Jackson.

—¡Muñí! —dijeron los otros funcionarios.

—Me alegro mucho de que piensen así —dijo Jackson; se volvió a Erum—. Bueno, ¿acabamos de una vez con ésto?

—Mum-mum-mum —contestó él—. Mum, mum-mum. Jackson le miró durante varios segundos. Luego dijo con voz sorda y controlada.

—Erum, amigo mío, ¿qué intenta usted decirme exactamente?

—Mum, mum, muñí —dijo con firmeza Erum—. Mum, muñí mum mum. Mum mum. —Hizo una pausa y con tono algo nervioso preguntó al alcalde—. ¿Mum, mum?

—Mum... mum mum —contestó el alcalde con firmeza, y los otros funcionarios asintieron. Todos se volvieron a Jackson.

—¿Mum, mum-mum? —le preguntó Erum, tembloroso, pero digno.

Jackson se había quedado mudo y aturdido. Se puso rojo y una gran vena azul empezó a palpar en su cuello. Pero consiguió hablar lenta y pausadamente, con un tono de infinita amenaza.

—Exactamente —dijo—, ¿qué es lo que estáis diciendo, ratas asquerosas?

—¿Mum-mum? —preguntó el alcalde a Erum.

—Mum-mum, mum-mum-mum —contestó rápidamente Erum haciendo un gesto de incompreensión.

—Será mejor que dejéis de decir sandeces —advirtió Jackson. Aún hablaba con voz queda, pero la vena de su cuello se tensaba como una manguera bajo presión.

—¡Mum! —dijo precipitadamente uno de los concejales al jefe de distrito.

—¿Mum mum-mum-mum? —preguntó el jefe de distrito lastimeramente, quebrándose su voz en la última palabra.

—Así que no estáis dispuestos a decir algo que tenga sentido, ¿eh?

—¡Mum! ¡Mum-mum! —gritó el alcalde, pálido de miedo. Los otros miraron y vieron que la mano de Jackson sacaba un atomizador y apuntaba al pecho de él.

—¡Basta de bromas! —ordenó Jackson. La vena de su cuello palpitaba como una pitón.

—Mum-mum-mum! —suplicó Erum, cayendo de rodillas.

—¡Mum-mum-mum! —gimió el alcalde poniendo los ojos en blanco y desmayándose.

—¿Lo entiendes ya? —preguntó Jackson a Erum. Su dedo se tensó en el gatillo.

Erum, castañeando los dientes, logró balbucir un crispado: «¿Mum-mum, mum?», pero luego sus nervios cedieron y se quedó esperando la muerte con la mandíbula inferior caída y los ojos desenfocados.

Jackson se dispuso a apretar el gatillo. De pronto lo pensó mejor y metió otra vez el atomizador en la funda.

—¡Mum, mum! —logró decir Erum.

—Al diablo —masculló Jackson. Retrocedió y miró furioso a los aterrados funcionarios.

Le hubiese encantado liquidarlos a todos. Pero no podía. Jackson tuvo que reconocer al fin una realidad inadmisibile.

Su impecable oído de lingüista había escuchado y su cerebro de políglota había analizado. Con tristeza había comprendido que los naianos no intentaban tomarle el pelo. No decían disparates, sino que manejaban un verdadero idioma.

Aquel idioma se componía ahora del único sonido «Mum». Este sonido podía expresar un amplio repertorio de significados mediante variaciones en el tono y el ritmo, cambios en la intensidad, repeticiones y gestos supletorios y expresiones faciales.

¡Un idioma que consistía en variaciones infinitas de una sola palabra! Jackson no quería creerlo, pero era demasiado buen lingüista para dudar de lo que le indicaban sus propios sentidos bien adiestrados.

Por supuesto, podía aprender aquel idioma.

Pero cuando lo hubiese aprendido, ¿qué cambios se habrían producido en él?

Jackson suspiró y se enjugó la frente abatido. En cierto modo era inevitable. Todos los idiomas cambian. Pero en la Tierra y en las varias docenas de mundos con los que la Tierra había entrado en contacto, los idiomas cambiaban con relativa lentitud.

En Na el índice de cambio era más rápido. Bastante más rápido.

El idioma en Na cambiaba como las modas en la Tierra, sólo que más deprisa. Cambiaba como cambian los precios o como cambia el tiempo. Cambiaba interminable e incesantemente, según reglas desconocidas y principios invisibles. Cambiaba de forma lo mismo que cambia de forma una avalancha. Comparado con él, el inglés era como un glaciar.

El idioma de Na era, auténtica y monstruosamente, un simulacro del río de Heráclito. Heráclito decía que nadie podía bañarse dos veces en el mismo río; las aguas fluyen constantemente.

Respecto al lenguaje de Na, esto era sencilla y literalmente cierto.

Cosa bastante terrible. Pero aun peor era el hecho de que un observador como Jackson no pudiese albergar siquiera la esperanza de fijar o aislar un solo término de la dinámica y cambiante red de términos que componían el idioma de Na. Pues la acción del observador sería lo bastante torpe por sí misma para alterar y desequilibrar el sistema haciéndolo variar impredeciblemente. Y así, si se aislase el término, sus relaciones con los demás términos del sistema quedarían inevitablemente destruidas, y el propio término, por definición, sería falso.

Por el hecho de su cambio, el idioma eludía toda codificación y todo control. Mediante la indeterminación, la lengua de Na rechazaba cualquier tentativa de dominio. Y Jackson había pasado de Heráclito a Heisenberg sin etapa intermedia. Estaba desconcertado y aturdido, y miraba a los funcionarios con algo parecido al respecto.

—Lo habéis conseguido, amigos —les dijo—. Habéis destruido el sistema. La Tierra podría tragarnos sin que os dierais cuenta siquiera; no podríais hacer nada. Pero allí la gente es partidaria del legalismo, y nuestras leyes dicen

que para cualquier transacción debe existir primero comunicación.

—¿Mum? —preguntó protocolariamente Erum.

—Así que no tendré más remedio que dejaros en paz —dijo Jackson—. Al menos, mientras sigan manteniendo esa ley en los libros. Pero, qué demonios, un respiro es lo mejor que uno puede desear. ¿No?

—Mum mum —dijo vacilante el alcalde.

—Así que me voy —dijo Jackson—. Juego limpio... pero si descubre algún día que estuvisteis tomándome el pelo...

Dejó la frase sin terminar. Sin añadir más, se volvió, salió de allí y se dirigió a su nave.

Al cabo de media hora despegaba hacia el espacio, y quince minutos después seguía su ruta.

6

En la oficina de Erum los funcionarios contemplaban la nave espacial de Jackson, que brillaba como un cometa en el cielo oscuro de la tarde. Fue reduciéndose hasta ser una brillante cabeza de alfiler, y luego se desvaneció en la infinitud del espacio.

Los funcionarios guardaron silencio durante un momento; luego se volvieron y se miraron. Y de pronto, espontáneamente, rompieron a reír a carcajadas. Y rieron y rieron sonoramente mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

El alcalde fue el primero en controlar la histeria. Con un gran esfuerzo logró decir:

—Mum, mum, mum-mum.

Esta frase tranquilizó instantáneamente a los demás. Su alegría se desvaneció. Inquietos contemplaron el cielo distante y hostil y pensaron en sus recientes aventuras.

Por fin el joven Erum preguntó:

—¿Mum-mum? ¿Mum-mum?

Varios de los funcionarios sonrieron ante la ingenuidad de la pregunta. Y sin embargo, ninguno de ellos fue capaz de contestar a aquel interrogante simple pero crucial. ¿Por qué, realmente? ¿Alguien se atrevía a hacer siquiera una sugerencia?

Era una paradoja que arrojaba dudas no sólo sobre el futuro sino también sobre el pasado. Y si una respuesta auténtica era inimaginable, ninguna respuesta era, sin duda, admisible.

El silencio creció, y el joven Erum frunció los labios en un gesto de prematuro cinismo.

—¡Mum! ¡Mum-mum! ¿Mum? —dijo con aspereza.

Sus inquietantes palabras eran sólo muestra de la imprudente crueldad de la juventud; pero aquella frase no podía quedar sin respuesta adecuada. Y el venerable concejal jefe se adelantó para intentar darle respuesta.

—Mum mum, mum-mum —dijo el viejo, con terrible sencillez—. ¿Mum mum mum-mum? Mum mum-mum-mum. Mum mum mum; mum mum mum; mum mum. Mum, mum mum mum: mum mum mum. ¿Mum-mum? ¡Mum mum mum mum!

Esta declaración de principios franca y directa tocó el corazón de Erum. De sus ojos brotaron lágrimas. Se volvió hacia el cielo, cerró un puño y gritó:

—¡Mum! ¡Mum! ¡Mum-mum!

Sonriendo serenamente, el viejo concejal murmuró.

—Mum-mum-mum; mum, mum-mum.

Y ésta era, irónicamente, la maravillosa e inquietante realidad de la situación. Quizás fuese justo también que los otros no le oyeran.

LA TRAMPA HUMANA

1

Era el Día de la Carrera del Acre: un día de jactanciosa esperanza y tragedia implacable, un día que ejemplificaba el desdichado siglo veintiuno. Steve Baxter había intentado llegar a primera hora a la línea de salida, como los otros participantes, pero había calculado mal el tiempo necesario. Ahora tenía problemas. Su Distintivo de Participante le había permitido atravesar la línea exterior, la exomultitud, sin incidentes. Pero ni la enseña ni la fuerza de sus músculos eran suficientes para transportar a un hombre a través del tupido núcleo interno de humanidad que formaba la endomultitud.

Baxter calculó la densidad de esta masa interna en un 8,7 (próxima al nivel pandémico). Podría alcanzarse un nivel de explosión en cualquier momento, pese a que las autoridades acababan de aerosolar a la endomultitud con tranquilizantes. Con tiempo suficiente cabía la posibilidad de bordear la masa humana; pero Baxter sólo disponía de los seis minutos que faltaban para que empezara la carrera.

Pese al riesgo, se lanzó directamente entre la gente, con una firme sonrisa, absolutamente esencial para abordar una concentración humana de elevada densidad. Podía ver ya la línea de salida, un pabellón elevado del Glebe Park de Jersey City. Los otros participantes estaban ya allí. Otros veinte metros, pensó Steve; ¡ojalá estos animales no organicen una estampida!

Pero aún le quedaba atravesar, al fondo de la núcleo-multitud la última masa nuclear. Estaba compuesta por hombres corpulentos de gruesas mandíbulas y ojos extraviados... histerofilíacos aglutinantes, en la jerga de los pandemiólogos. Agrupados como sardinas, reaccionaban como un solo organismo, y eran incapaces de lo que no fuese resistencia ciega y furia irracional hacia lo que pretendiese atravesar sus filas.

Steve vaciló un momento. La nucleomultitud, más peligrosa que los famosos búfalos de la antigüedad, le miraba furiosa, las aletas de las narices dilatadas, los pesados pies arañando la tierra amenazadoramente.

Sin concederse ni un instante para pensar, Baxter se lanzó en medio de ellos. Sintió golpes en la espalda y en los hombros y oyó el urr de la endomultitud enloquecida. Cuerpos informes se lanzaron contra él, asfixiándole, presionando implacables más y más.

Entonces, providencialmente, las autoridades pusieron el Muzak. Esta música antigua y misteriosa, que durante una centuria había pacificado a los vesánicos más incontrolables, no falló. La endomultitud fue decibelizada hasta una inmovilidad temporal, y Steve Baxter logró abrirse camino hasta la línea de salida.

El juez principal había comenzado ya a leer el Prospecto. Todos los participantes y la mayoría de los espectadores conocían perfectamente el documento. Sin embargo la ley exigía que se leyese.

—Caballeros —leía el juez— estamos reunidos aquí para participar en una carrera para la adquisición de tierras del dominio público. Ustedes, cincuenta hombres afortunados, han sido elegidos por sorteo público entre cincuenta millones de inscritos de la región de Westchester Sur. El recorrido será desde este punto a la línea de inscripción del Registro de la Propiedad de Times Square, Nueva York, una distancia media aproximada de nueve kilómetros. Se permitirá a los participantes seguir cualquier ruta; viajar por la superficie, por encima de ella o por debajo. La única exigencia es que se termine la carrera personalmente: no se admiten sustitutos. Los diez primeros... La multitud se mantenía en absoluto silencio.

—...recibirán un acre de tierra libre con casa e implementos agrícolas. ¡Estos finalistas dispondrán también de transporte gratuito proporcionado por el gobierno hasta su propiedad, para ellos y para su familia inmediata. Y este mencionado acre será suyo, para utilizarlo a su gusto, libre y sin trabas, y perpetuamente inalienable, mientras el sol brille y el agua corra, para él y sus herederos, hasta la tercera generación!

La multitud lanzó un gran suspiro al oír esto. Ninguno de ellos había visto nunca un acre libre, y menos aún había soñado con poseerlo. Un acre de tierra sólo para uno y su familia, un acre que no hubiese que compartir con nadie... En fin, era algo que simplemente superaba las más locas fantasías.

—Téngase en cuenta asimismo —continuó el juez— que el gobierno no acepta responsabilidad alguna por las muertes que puedan producirse durante esta carrera. Tengo la obligación de señalar que la media de mortalidad en las Carreras de este género es de aproximadamente un 68,9 por ciento. Todo participante que lo desee puede retirarse en este momento sin ningún perjuicio.

El juez esperó, y por un instante Steve Baxter consideró la posibilidad de abandonar aquella idea totalmente suicida. No había duda de que tanto él como Adele y los niños y la tía Fio y el tío George podían continuar en su acogedor apartamento de una habitación del Grupo de Viviendas de Categoría Media Fred Alien de Larchmont. Después de todo, él no era un hombre de acción, no era un valentón musculoso ni un fanfarrón de pelo en pecho. Era un consultor de «deformación de sistemas», muy bueno por cierto. Y también un ectomorfo de suaves maneras, fibrosos músculos y no demasiado fuelle. ¿Por qué, en nombre de Dios, se había lanzado a los peligros de la sombría Nueva York, la más famosa de las Ciudades Selvas?

—Mejor sería que lo dejaras, Steve —dijo una voz, haciéndose eco de sus pensamientos. Baxter se volvió y vio a Edward Freihoff St. John, su opulento y desagradable vecino de Larchmont. St. John, alto y elegante, de firmes músculos, consecuencia de sus muchos días en los frontones. St. John, con su suave y elegante apostura, cuyos picaros ojos se fijaban con excesiva frecuencia en los rubios encantos de Adele.

—Nunca lo conseguirás, muchacho —dijo St. John.

—Es posible —contestó quedamente Baxter—. Y tú sí, claro.

St. John pestañeó y se pasó el dedo índice por la nariz en un gesto muy suyo. Durante semanas había estado estudiando la información especial que le había vendido un controlador al que había sobornado. Esta información aumentaría notablemente sus posibilidades de atravesar Manhattan, la concentración urbana más densa y peligrosa del mundo.

—Stevie, muchacho, hazme caso y déjalo —insistió St. John con áspera voz—. Déjalo, será mejor para ti. Vamos, muchacho...

Baxter movió la cabeza negativamente. No se consideraba valiente; pero prefería morir a aceptar un consejo de St. John. Y en cualquier caso, no podría seguir como antes. De acuerdo con el Suplemento de la Ley Ampliada de Domicilio Familiar, Steve estaba ahora legalmente obligado a admitir a tres primos solteros y a una tía viuda, cuyo apartamento, un sótano de una habitación del polígono industrial de Lago Plácido, había sido derribado para construir el nuevo túnel Albany-Montreal.

Incluso con inyecciones antishock, diez personas en una habitación era demasiado. ¡No tenía más remedio que ganar aquel trozo de tierra!

—Me quedo —afirmó tranquilamente Baxter.

—Allá tú —dijo St. John, y el ceño descompuso su sardónica y torva expresión—. Pero recuerda que te avisé.

—¡Caballeros, a sus puestos! —gritó el juez principal.

Los participantes guardaron silencio. Se situaron en la línea de partida con los ojos entrecerrados, apretados los labios.

—¡Preparados!

Un centenar de musculosas piernas vibraron cuando cincuenta hombres decididos se inclinaron hacia adelante.

—¡Ya!

¡Y empezó la carrera!

Una descarga supersónica paralizó temporalmente a la multitud de alrededor. Los participantes recorrieron sus inmóviles filas y cruzaron a toda marcha entre las largas hileras de automóviles. Luego se desparramaron en abanico, pero siguiendo en general la dirección este, hacia el Hudson y la ciudad que se extendía en la lejana orilla opuesta, medio oculta por su cenicienta capa de hidrocarburos no quemados.

Sólo Steve Baxter no se dirigió hacia el este.

Fue el único de los participantes que se lanzó hacia el norte, hacia el puente de George Washington y Bear Mountain City. Con la boca apretada, avanzaba como un hombre en un sueño.

En la lejana Larchmont, Adele Baxter seguía la carrera por televisión. Involuntariamente, lanzó un grito. Su hijo Tommy, de ocho años, chilló:

—¡Mamá, mamá, va hacia el norte, hacia el puente! Pero este mes está cerrado. ¡Por ese lado no puede pasar!

—No te preocupes, querido —dijo Adele—. Tu padre sabe lo que hace.

Hablaba con una seguridad que no sentía. Y mientras la imagen de su marido se perdía entre la multitud, se dispuso a esperar... y a rezar. ¿Sabía Steve lo que estaba haciendo? ¿O le había hecho enloquecer de pánico la tensión?

Las semillas del problema se habían sembrado en el siglo veinte; pero la terrible cosecha se recogía cien años después. Tras incontables milenios de lento incremento, la población del mundo se disparó bruscamente, se duplicó una, varias veces. Controladas las enfermedades y asegurado el suministro de alimentos, el porcentaje de mortalidad continuó descendiendo mientras el de natalidad subía. Atrapadas en una progresión geométrica de pesadilla, las filas de la humanidad se hincharon como cánceres incontrolables.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis, los viejos policías, no podían ya mantener el orden. La peste y el hambre habían sido declaradas fuera de la ley y la guerra era un lujo excesivo para aquella era de subsistencia. Sólo la muerte persistía... muy alicaída, ya sólo una sombra de lo que había sido.

La ciencia, con espléndida irracionalidad, continuaba trabajando insensatamente hacia el objetivo de más vida para más gente.

Y la gente seguía creciendo cada vez más, atestando la tierra con su número, envenenando el aire, emponzoñando el agua, devorando sus algas preparadas entre rebanadas de pan de harina de pescado, esperando sombríamente una catástrofe que diezmasa sus inmensas filas, y esperando en vano.

El aumento cuantitativo producía cambios cualitativos en la realidad humana. En tiempos más inocentes, la aventura y el peligro eran patrimonio de los lugares deshabitados: las altas montañas, los áridos desiertos, las selvas sofocantes. Pero en el siglo veintiuno la mayoría de estos lugares estaban utilizándose, en aquella búsqueda acelerada de espacio vital. La aventura y el peligro florecían ahora en las ingobernables y monstruosas ciudades.

En las ciudades podía uno encontrar el equivalente moderno de las tribus salvajes, bestias aterradoras y temibles enfermedades. Una expedición al interior de Nueva York o de Chicago exigía más recursos, más voluntad, más ingenio, que las expediciones victorianas al Everest o a las fuentes del Nilo.

En este mundo olla a presión, la tierra era el más precioso de los bienes. El gobierno la parcelaba cuando era asequible, a través de loterías regionales que culminaban con las Carreras del Acre. Estas pruebas imitaban, en cierto modo, las que se dieron en la década de 1890, cuando se abrieron el Territorio de Oklahoma y la Región Cherokee.

La Carrera se consideraba equitativa e interesante, alegre y deportiva. Millones de personas la seguían, y el efecto tranquilizador de la emoción vicaria sobre las masas era apreciable y estimado. Esto, por sí sólo, justificaba sobradamente las carreras.

Además, el elevado índice de mortalidad que se daba entre los participantes debía considerarse una ventaja supletoria. No significaba mucho en cifras absolutas, pero un mundo atestado agradecía hasta aquel pequeño alivio.

Habían transcurrido ya tres horas de carrera. Steve Baxter encendió su pequeño transistor y escuchó las últimas noticias. Supo que el primer grupo de participantes había llegado al Túnel Holland y que policías armados les habían hecho retroceder. Otros, más astutos, habían seguido la larga ruta del sur hasta Staten Island y se aproximaban ya a los alrededores del Puente de Verrazzano. Freihoff St. John, enarbolando una placa de concejal, había logrado atravesar las barricadas del Túnel de Lincoln.

Pero había llegado el momento de que Steve Baxter jugase su baza. Ceñudo, lleno de tranquilo coraje, penetró en el tristemente célebre Puerto Libre de Hoboken.

Anocheecía cuando llegó a la ribera de Hoboken. Ante él, se alineaban los barcos rápidos de la flota de contrabando de Hoboken, todos con sus brillantes distintivos de Guardacostas. Algunos ya tenían la carga en la bodega: paquetes de cigarrillos de Carolina del Norte, licor de Kentucky, naranjas de Florida, marihuana de California, armas de Tejas. Todas las cajas llevaban el sello oficial: «CONTRA-BANDO-TASAS PAGADAS». En aquellos tristes años, el gobierno, duramente presionado, se veía en la necesidad de gravar incluso a las empresas ilegales, dándoles así un estatus semilegal.

Eligiendo cuidadosamente el momento, Baxter saltó a bordo de un barco contrabandista cargado de marihuana y se acuclilló entre los aromáticos fardos. Todo estaba dispuesto para una salida inminente; si pudiese ocultarse al menos durante el corto período del cruce del río...

—¡Vaya! ¿Qué demonios tenemos aquí?

Un maquinista borracho surgió inesperadamente y cazó a Baxter desprevenido. Respondiendo a su grito, el resto de la tripulación se concentró en la cubierta. Eran gentes crueles temidas por sus hábitos criminales. Eran de la misma calaña que los descreídos que habían saqueado Weehawken unos años antes, incendiado Fuerte Lee y asolado y saqueado todo el territorio hasta las puertas de Englewood. Steve Baxter sabía que no podía esperar piedad de ellos.

Sin embargo, dijo con admirable frialdad:

—Caballeros, necesito transporte hasta la otra orilla del Hudson.

El capitán del barco, un colosal mestizo con varias cicatrices en la cara y poderosos músculos, se echó hacia atrás y bramó entre risas:

—¿Quieres pasaje, verdad? —hablaba con tosco acento hobokenés—. ¿Acaso te crees que somos el transbordador de la calle Christopher?

—En absoluto, señor. Pero había supuesto...

—¡Al cementerio con tus suposiciones! La tripulación rió sonoramente el chiste.

—Estoy dispuesto a pagar el pasaje —dijo Steve con tranquila dignidad.

—¿Pagarlo? —bramó el capitán—. Vaya, nosotros a veces vendemos pasajes... hasta el centro del río y de allí directamente al fondo.

La multitud redobló sus carcajadas.

—Si ha de ser así, sea —dijo Steve Baxter—. Lo único que pido es que me permitáis enviar una postal a mi mujer y a mis hijos.

—¿Mujer e hijos? —exclamó el capitán—. ¡Por qué no lo mencionaste! Yo también tuve hace tiempo, pero los merodeadores acabaron con ellos.

—Lo siento mucho —dijo Steve con evidente sinceridad.

—Sí, amigo mío —la expresión feroz del capitán se suavizó—. Aún los recuerdo muchas veces, a los chiquitines...

—Debiste de ser muy feliz —dijo Steve.

—Lo fui, lo fui —admitió quejumbroso el capitán. Un marinero de piernas arqueadas se adelantó.

—Vamos, capitán, acabemos con él antes de que esos malditos polis lleguen aquí.

—¡Quién eres tú para dar órdenes, zambo maldito! —chilló el capitán—. ¡No saldremos hasta que yo lo diga! En cuanto a él... —se volvió a Baxter y dijo—: Te llevaremos, camarada, y sin pagar nada.

Así, por azar del destino, Steve Baxter había conseguido tocar el punto débil de los recuerdos del capitán ganándose su respeto. Los traficantes zarparon, surcando las olas verdegrises del Hudson.

Pero el alivio de Steve Baxter no duró mucho. En medio del río, poco después de entrar en aguas federales, rasgó la oscuridad del anochecer la luz de un poderoso foco y una voz les ordenó detenerse. La mala suerte les había atravesado en la ruta de un destructor de la patrulla del Hudson.

—¡Malditos sean! —bramaba el capitán—. ¡Cobrar impuestos y matar, eso es lo único que saben! ¡Pero les daremos una lección! ¡A las armas, mis valientes!

Rápidamente la tripulación retiró las lonas de las ametralladoras de calibre cincuenta y los Diesel gemelos del barco bramaron desafiantes. En zigzag, el barco contrabandista se lanzó hacia la protección de la costa neoyorquina. Pero el destructor, más rápido, le seguía, y las ametralladoras de nada valían frente a un cañón de diez centímetros. Impactos directos atravesaron los puentes, estallaron en la cabina principal, y barrieron la cubierta del buque.

No había, al parecer, más opción que rendirse o morir. Pero a pesar de todo, el capitán olisqueó el aire.

—¡Aguantemos, amigos! —chilló—. ¡Hay un Wester cerca!

Llovían a su alrededor los proyectiles, pero rodó hacia ellos del oeste un inmenso e impenetrable banco de niebla, cubriéndolo todo con sus oscuros tentáculos. El destrozado buque eludió así el combate, y la tripulación, poniéndose filtros respiradores, dio las gracias a la niebla providencial, mientras el capitán comentaba que no hay mal viento que por bien no venga.

Media hora después llegaban al muelle de la calle Setenta y Nueve. El capitán abrazó cordialmente a Steve y le deseó buena suerte. Y Steve Baxter continuó su camino.

Detrás quedaba el ancho Hudson. Delante unas treinta manzanas del centro de la ciudad y menos de una docena de manzanas intermedias. Según el último informe radiofónico iba muy por delante de los otros participantes, por delante incluso de Freihoff St. John, que aún no había salido del laberinto de la zona próxima al Túnel de Lincoln. En conjunto, la carrera parecía ir a las mil maravillas para Baxter.

Pero su optimismo era prematuro. No se conquistaba Nueva York tan fácilmente. Aunque él no lo supiese, aún le quedaba por recorrer la parte más peligrosa de su viaje.

4

Tras dormir unas horas en la parte trasera de un coche abandonado, Steve siguió en dirección sur por la Avenida del West End. Pronto amanecería: una hora mágica en la ciudad, cuando sólo había unos centenares de madrugadores en los cruces. Arriba se veían las altas torres de Manhattan; sobre ellas el bosque de antenas de televisión tejía un fantástico tapiz contra un cielo ocre. Contemplando la escena, Baxter pensó en lo que habría sido Nueva York cien años antes, en los plácidos y líennosos días anteriores a la explosión demográfica.

Pero súbitamente despertó de su ensueño. Un grupo de hombres armados, que parecieron surgir de la nada, le cerraban el paso. Llevaban máscaras. Su aspecto era a la vez siniestro y pintoresco.

Uno de ellos, evidentemente el jefe, se adelantó. Era un viejo calvo de cara arrugada, grueso bigote negro y melancólicos ojos enrojecidos.

—Forastero —dijo—, enseña tu pase.

—Creo que no tengo —dijo Baxter.

—Claro que no —dijo el viejo—. Yo soy Pablo Steinmetz, el que da los pases aquí, y no recuerdo haberte visto nunca.

—Soy forastero —dijo Baxter—. Voy de paso.

Los hombres de sombrero negro sonrieron burlescamente, mirándose entre sí. Pablo Steinmetz se rascó la mejilla sin afeitarse y dijo:

—Bueno, hijito, da la casualidad de que pretendes pasar por un camino privado sin permiso del propietario, que casualmente soy yo; y eso significa una invasión ilegal.

—Pero, ¿cómo puede tener alguien un camino privado en el centro de la ciudad de Nueva York? —objetó Baxter.

—Es mío porque yo digo que es mío y basta —dijo Pablo Steinmetz, acariciando su Winchester 78—. Así son las cosas, forastero. En fin paga o juega.

Baxter buscó su cartera y descubrió que la había perdido. Evidentemente el capitán del barco contrabandista, al despedirse, cediendo a sus bajos instintos, se la había quitado.

—No tengo dinero —dijo Baxter; se le escapó una risilla nerviosa—. Lo mejor será que dé la vuelta. Steinmetz meneó la cabeza.

—Dar la vuelta sería lo mismo que seguir adelante. Hay que pagar por ambas cosas. Es lo mismo: o pagas o juegas.

—Entonces creo que tendré que jugar —dijo Baxter—. ¿Qué hay que hacer?

—Tu corres —dijo el viejo Pablo— y nosotros vamos disparando por turnos, apuntando sólo a la parte superior de tu cabeza. El primero que te acierte se gana un pavo.

—¡Eso es una infamia! —gritó Baxter.

—Es un poco duro para ti —admitió con voz suave Steinmetz—. Pero así anda el mundo. La ley es ley, hasta en una anarquía. Así que si tienes valor suficiente para correr y ganar la libertad...

Los bandidos sonreían, se daban codazos, apoyaban la mano en las pistolas, se echaban hacia atrás los negros sombreros de alas anchas. Baxter se preparó para aquella carrera mortal...

Y en aquel momento se oyó una voz:

—¡Alto!

Era una mujer. Baxter se volvió y vio que una chica alta y pelirroja se abría paso entre los bandidos. Vestía pantalones de torero, zuecos de plástico y blusa hawaiana. Estas prendas exóticas realzaban su exuberante belleza. Llevaba un papel en el pelo, y un collar de perlas cultivadas en su grácil cuello. Baxter jamás había visto belleza tan deslumbradora. Pablo Steinmetz frunció el ceño y se retorció el bigote.

—¡Llama! —bramó—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—He venido a parar tu juegucito, padre —dijo fríamente la chica—. Quiero que me dejes hablar con este tipo.

—Esto es asunto de hombres —dijo Steinmetz—. ¡Venga, forastero, a correr!

—¡No muevas un músculo, forastero! —gritó Llama, y una mortífera Derringer apareció en su mano.

Padre e hija se miraron fijamente. El viejo Pablo fue el primero en ceder.

—Maldita sea. Llama, no puedes hacer esto —dijo—. La ley es la ley; hasta para ti. Este transeúnte ilegal no puede pagar, así que tiene que jugar.

—Eso no es problema —dijo Llama; hurgó en su blusa y extrajo una brillante águila doble de plata—. ¡Toma! —dijo, arrojándola a los pies de Pablo—. Yo he pagado y puede que haga el juego, también. Vamos, forastero.

Cogió a Baxter de la mano y le sacó de allí. Los bandidos sonreían malévolamente y se daban codazos observándoles, hasta que Steinmetz les miró ceñudo. El viejo Pablo meneó la cabeza, se rascó una oreja, resopló y dijo:

—¡Maldita chica!

Las palabras eran duras, pero el tono era inconfundiblemente tierno.

5

Cayó la noche sobre la ciudad, y los bandidos acamparon en la esquina de la Calle Sesenta y Nueve y la Avenida del West End. Los hombres de sombrero negro se relajaban ante un crepitante fuego. Un jugoso trozo de buey iba asándose en un espetón mientras se cocían verduras congeladas en un gran caldero negro. El viejo Pablo Steinmetz, calmando el imaginario dolor de su pata de palo, bebía ávidamente en una lata vieja martinis preparados. En la oscuridad, más allá de la fogata, se oía el aullido de un perro solitario que llamaba a su compañera.

Steve y Llama se sentaron lejos de los otros. La noche, cuyo silencio sólo rompía el estruendo lejano de los camiones de basura, volcaba sobre ellos su magia. Sus dedos se encontraron, se acariciaron, se apretaron.—Steve —dijo al fin Llama—, te gusto... ¿verdad?

—Claro, por supuesto que me gustas —contestó Baxter, y rodeó sus hombros con un gesto fraternal no exento de mala interpretación.

—Bueno, pensaba —dijo la muchacha bandido—, pensé... —se detuvo, súbitamente tímida, y luego continuó—: Oh, Steve, ¿por qué no renuncias a esta carrera suicida? ¡Por qué no te quedas aquí conmigo! Yo tengo tierra, Steve, tierra auténtica... ¡cien metros cuadrados en el Patio de Maniobras de la Estación Central de Nueva York! ¡Tú y yo, Steve, podríamos cultivarlo juntos!

Baxter se sintió tentando... ¿qué hombre no se habría sentido? No le habían pasado inadvertidos los sentimientos que albergaba hacia él la hermosa bandolera, y no era totalmente indiferente a ello. La cautivadora belleza y el carácter altivo de Llama Steinmetz, incluso sin el atractivo suplementario de la tierra, podrían haber ganado el corazón de cualquier hombre. Durante unos instantes vaciló, su brazo apretó con fuerza los gráciles hombros de la muchacha.

Pero luego, otras lealtades básicas se reafirmaron. Llama era la esencia de lo romántico, el relampagueo del éxtasis con que un hombre sueña toda su vida. Pero Adele era la novia de su niñez, su mujer, la madre de sus hijos, la paciente compañera de muchos años de vida en común. Para un hombre del carácter de Steve Baxter, no había elección posible.

La imperiosa muchacha no estaba habituada a que la rechazasen. Enfurecida como un puma escaldado, amenazó con arrancarle a Baxter el corazón con sus propias uñas, rebozarlo con harina y freírlo a fuego lento. Sus grandes ojos llameantes y sus temblorosos pechos mostraban que no se trataba de una simple imagen.

Pese a esto, tranquilo e implacable, Steve Baxter se mantuvo fiel a sus convicciones. Y Llama comprendió con tristeza que nunca habría amado a aquel hombre si no se hubiese mantenido fiel a aquellos mismos altos principios que hacían inalcanzables sus anhelos.

Así pues, por la mañana, no ofreció ninguna resistencia cuando el tranquilo forastero insistió en marcharse. Silenció incluso a su airado padre, para el que Steve era un idiota irresponsable al que deberían detener por su propio bien.

—Es inútil, papá... ¿es que no te das cuenta? —dijo ella—. Debe ser fiel a su destino, aunque signifique la muerte.

Pablo Steinmetz desistió entre gruñidos, y Steve Baxter se lanzó de nuevo a proseguir su desesperada odisea.

6

Se adentró por el centro de la ciudad, repleta y atestada hasta la histeria, cegado por el relampagueo de neón contra cromo, ensordecido por los ruidos incesantes de la ciudad. Llegó por fin a una región en que proliferaban los letreros:

UNA SOLA DIRECCIÓN
PROHIBIDO EL PASO
APÁRTENSE DEL CENTRO
CERRADO DOMINGOS Y FESTIVOS
CERRADO LOS DÍAS LABORABLES
¡CARRIL IZQUIERDO GIRO A LA IZQUIERDA!

Siguiendo a través de aquel laberinto de órdenes contradictorias, fue a dar accidentalmente con la vasta extensión de miseria conocida como Central Park. Ante él,

en todo lo que la vista podía abarcar, no había metro cuadrado de tierra que no estuviese ocupado por escuálidas tiendas de campaña, inseguras barracas y miserables chabolas. Su súbita aparición entre los embrutecidos habitantes del parque provocó vivos comentarios, ninguno de ellos favorable. Pensaban unos que se trataba de un inspector de sanidad que venía a cerrar sus pozos plagados de malaria, sacrificar sus cerdos triquinosos y vacunar a sus escandalosos hijos. Alrededor de él se formó una multitud que agitaba los puños y gritaba amenazas.

Afortunadamente, un tostador averiado de Central Ontario provocó un súbito apagón. En el pánico subsiguiente, Steve consiguió escapar.

Pero se encontró entonces en una zona donde los letreros habían sido destrozados hacía mucho para despistar a los funcionarios fiscales. El sol quedaba oculto tras una relumbrante capa blanca. Ni siquiera podría utilizar la brújula por la proximidad de grandes cantidades de chatarra... era lo que quedaba del legendario metro de la ciudad.

Steve Baxter comprendió que estaba total e irremisiblemente perdido.

Sin embargo perseveró, con un valor que sólo su ignorancia superaba. Vagó durante incontables días- por calles indescriptibles, pasó ante interminables hileras de casas de color pardo rojizo, montones de cristales y automóviles y cosas parecidas. Los supersticiosos habitantes se negaban a contestar a sus preguntas, temiendo que pudiese ser un agente del FBI. Vagó por allí sin poder obtener alimentos ni bebidas, sin poder siquiera descansar por miedo a que las multitudes le pisotearan.

Un amable asistente social le paró cuando se disponía a beber en una fuente hepática. Aquel anciano, sabio y canoso, le llevó a su propia casa, una cabaña construida enteramente con periódicos enrollados junto a las ruinas cubiertas de musgo de Lincoln Centre. Le aconsejó además renunciar a su arriesgada empresa y dedicar su vida a auxiliar a las vanas, míseras y embrutecidas masas que pululaban por doquier.

Era un noble ideal y a punto estuvo Steve de ceder: pero quiso el destino que oyese los últimos resultados de la carrera en la radio del venerable anciano asistente social.

Varios de los participantes habían sucumbido a su suerte en formas típicas de la ciudad. Freihoff St. John había sido encarcelado por el delito de arrojar basuras. Y el grupo que había logrado cruzar el Puente de Verrazzano había desaparecido súbitamente en la fortaleza coronada de nieve de Brooklyn Heights, sin que volviera a saberse de él.

Baxter comprendió que aún seguía en la carrera.

7

Con ánimos considerablemente estimulados inició otra vez la marcha. Pero incurrió entonces en un exceso de confianza más peligroso que la más profunda depresión. Avanzando rápidamente hacia el sur, aprovechó un atasco de tráfico para penetrar en una desviación ferroviaria. Hizo esto descuidadamente, con precipitación, sin examinar adecuadamente las consecuencias.

Irrevocablemente comprometido, se encontró ante su horror que estaba en una ruta de una sola dirección en la que no se permitía dar la vuelta. Aquella desviación, pudo ver entonces, llevaba sin detención posible a la tierra incognita de Jones Beach, Fire Island, Patchogue y East Hampton.

La situación exigía una acción inmediata. A su izquierda corría una lisa pared de hormigón. A su derecha, un muro que se alzaba hasta la cintura, en el que decía: «NO SE PERMITE SALTAR ENTRE LAS DOCE DEL MEDIODÍA Y LAS DOCE DE LA NOCHE, MARTES, VIERNES Y SÁBADOS».

Era martes por la tarde... obraba la prohibición. Sin embargo, sin vacilar, Steve saltó la barrera.

La respuesta fue rápida y terrible. Un coche de la policía camuflado surgió de una de las famosas trampas urbanas. Se lanzó hacia él, disparando frenéticamente contra la multitud. (En aquella desdichada era, la policía debía disparar frenéticamente contra la multitud cuando perseguía un sospechoso).

Baxter se refugió en una tienda de caramelos próxima. Allí, reconociendo lo inevitable, intentó entregarse. Pero esto no era posible porque las prisiones del estado estaban atestadas. Una ráfaga le obligó a agacharse mientras los imperturbables policías disponían sus morteros y sus lanzallamas portátiles.

Aquello parecía el fin, no sólo de las esperanzas de Steve Baxter sino de su propia vida. Tendido en el suelo entre los esparcidos caramelos, encomendó su alma a Dios y se dispuso a enfrentar con dignidad la muerte.

Pero su desesperación era tan prematura como lo había sido su anterior optimismo. Oyó un alboroto y, alzando la cabeza, vio que un grupo de hombres armados había atacado por la retaguardia al coche de la policía. Volviéndose para enfrentar aquel ataque, los hombres de azul fueron atacados por el flanco y barridos hasta el último hombre.

Baxter salió a dar las gracias a sus salvadores y se encontró con que a la cabeza de ellos iba Llama O'Rourke Steinmetz. La bellísima chica bandido no había podido olvidar a aquel forastero de suaves maneras. Pese a las objeciones de su borracho padre, había seguido los movimientos de Steve y había acudido en su ayuda.

Los hombres de sombrero negro saquearon la zona con ruidoso abandono. Llama y Steve se retiraron a la sombreada soledad de un restaurante abandonado. Allí, bajo los raídos cortinajes color naranja de tiempos más tranquilos y galanes, se desarrolló entre ellos una tierna escena de amor. No fue más que un breve y agrisado intermedio, sin embargo. Steve Baxter pronto se lanzaría una vez más al enloquecido turbión de la ciudad.

8

Avanzando implacable, los ojos semicerrados por la tormenta de humos de los tubos de escape y la boca una ceñuda línea blanca en el tercio inferior de la cara, Baxter cruzó la Calle Cuarenta y nueve y la Octava Avenida. Allí, en un instante, cambiaron las condiciones con esa desastrosa brusquedad típica de una Ciudad Selva.

Cuando cruzaba la calle, Baxter oyó un estruendo profundo y amenazador. Comprendió que el semáforo había cambiado. Los conductores enloquecidos por días y días de espera, indiferentes a pequeños obstáculos, habían pisado a fondo simultáneamente sus aceleradores. Steve Baxter estaba directamente en la ruta de una estampida automovilística.

Avanzar o retroceder por el ancho bulevar era evidentemente imposible. Pensando rápidamente, Baxter abrió una tapa de alcantarilla y se lanzó al interior. Se salvó por no más de una décima de segundo. Oyó arriba el rechinar de torturado metal y el sonoro impacto de vehículos chocando.

Continuó su camino por las alcantarillas. La red de túneles estaba densamente poblada, pero era algo más segura que las rutas de superficie. Steve sólo tuvo un problema, cuando un rufián le atacó junto a un depósito de sedimentos.

Endurecido por sus experiencias, Baxter logró dominar a su enemigo y se apoderó de su canoa... absolutamente necesaria en algunos de los pasajes inferiores. Y así continuó remando por toda la calle Cuarenta y dos y la Octava Avenida hasta que una súbita inundación le sacó a la superficie.

Ahora su objetivo tan deseado estaba realmente al alcance de su mano. Sólo le quedaba una manzana; ¡una manzana y estaría ante el registro de Times Square!

Pero en aquel momento se encontró con el último y aterrador obstáculo, que puso fin a todos sus sueños.

9

En medio de la calle Cuarenta y dos, extendiéndose sin límite visible al norte y al sur, había un muro. Era una estructura ciclópea, y se había elevado de la noche a la mañana de aquel modo casi humano con que se desarrollaba la arquitectura neoyorquina. Aquello, según Baxter pudo descubrir, era uno de los lados de un gigantesco proyecto de viviendas para personas de ingresos medios-altos. Durante su construcción, todo el tráfico de Times Square corría a través del túnel Queens-Battery y el Shunpike de la calle Treinta y siete este.

Steve calculó que la nueva ruta le llevaría por lo menos tres semanas a través del distrito Garment, del que no existían planos. Su carrera, comprendió, había terminado.

El valor, la tenacidad y la honradez habían fracasado; y, no siendo hombre religioso, Steve Baxter podría haber considerado el suicidio. Con manifiesta amargura, encendió su pequeño transistor y escuchó los últimos informes.

Cuatro participantes habían llegado ya al registro. Otros cinco estaban a unos quinientos metros del objetivo, y avanzaban por las rutas del sur, despejadas. Y, para completar la desdicha de Steve, oyó que Freihoff St. John, tras recibir el perdón del gobernador, avanzaba de nuevo, aproximándose a Times Square por el este.

En aquel instante, el más lúgubre de toda su vida, Steve sintió que una mano se posaba en su hombro. Se volvió y vio que Llama le había seguido de nuevo. Aunque la animosa joven había jurado que no se mezclaría más en su vida, no había sido capaz de cumplir su promesa. Aquel hombre tranquilo y suave significaba para ella más que el orgullo; más, quizás, que la propia vida.

¿Qué hacer con aquel muro? ¡Un problema muy simple para la hija de un capitán de bandidos! ¡Si uno no podía rodearlo, atravesarlo, ni pasar por debajo de él, había que pasar por encima! Y para este fin había traído sogas, botas, martillos, hachas, pitones, garfios para trepar... un equipo completo. Estaba decidida a que Baxter tuviese una oportunidad de cumplir el deseo de su corazón... ¡Y Llama O'Rourke Steinmetz le acompañaría, sin aceptar nada a cambio!

Subieron hombro con hombro por la superficie del muro lisa como cristal. Había allí incontables peligros (aves, vehículos aéreos, francotiradores, tipos aprovechados), todos los riesgos de las ciudades impredecibles. Y, desde abajo, les observaba el viejo Pablo Steinmetz, su cara como granito corrugado.

Tras una eternidad de peligros sin cuento, llegaron a la cima y comenzaron el descenso por el otro lado...

¡Y Llama resbaló!

Baxter, horrorizado, vio caer a la hermosa muchacha hacia Times Square, vio cómo moría empalada en la aguzada punta de la antena de un coche. Baxter descendió apresuradamente y se arrodilló a su lado, casi desquiciado por el dolor.

Y, al otro lado del muro, el viejo Pablo sintió que había sucedido algo irremediable. Se estremeció, se crispó su boca anticipando la desdicha, y estiró ciegamente la mano buscando una botella.

Firmes manos levantaron a Baxter. Sin comprender lo que sucedía, alzó los ojos hacia el rostro rojizo y cordial del funcionario del registro federal.

Le fue difícil comprender que había completado la carrera. Con las emociones extrañamente adormecidas, oyó que los empellones y la soberbia de St. John habían provocado un motín en el belicoso Barrio Borneano de la calle Cuarenta y dos este y que St. John se había visto obligado a refugiarse en las laberínticas ruinas de la Biblioteca Pública, refugio del que aún no había sido capaz de salir.

Pero no era propio del carácter de Steve Baxter gozar del mal ajeno, aunque fuera la única actitud razonable. Lo único que le importaba era que había ganado, que había llegado al registro a tiempo para conseguir el último acre de tierra que quedaba.

Lo único que le había costado esto había sido su esfuerzo, sus padecimientos, y la vida de una joven muchacha bandido.

10

El tiempo fue misericordioso; y unas semanas más tarde, Steve Baxter no pensaba ya en los trágicos sucesos de la carrera. Un reactor del gobierno le había transportado junto con su familia al pueblo de Cormorant, en las montañas de Sierra Nevada. Desde Cormorant, un helicóptero les llevó a su propiedad. Un curtido comisario del registro les recibió allí y les indicó cuál era su nueva propiedad.

Su tierra se extendía ante ellos, cerrada por una frágil valla, en una ladera casi vertical. Rodeándola había otros acres con vallas similares, que se extendían hasta el horizonte. La tierra había sido recientemente minada; existían ahora una serie de tajos gigantescos que cruzaban un terreno polvoriento color grisáceo. No había a la vista ni un árbol, ni una brizna de hierba. Había una casa, según lo prometido; más exactamente, una cabaña. Parecía que podría aguantar al menos hasta la siguiente lluvia fuerte.

Durante unos minutos, los Baxter contemplaron aquello en silencio. Luego Adele dijo:

—Oh, Steve.

—Lo sé —dijo Steve.

—Es nuestra nueva tierra —dijo Adele. Steve asintió.

—No es que sea muy... bonita —dijo vacilante.

—¿Bonita? ¿Qué nos importa eso? —exclamó Adele—. Es nuestra, Steve, y hay un acre entero. ¡Podemos cultivar cosas aquí, Steve!

—Bueno, quizás al principio no...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! ¡Pero en cuanto reparemos la tierra podremos sembrarla y cultivarla! ¡Viviremos aquí, Steve! ¿Verdad?

Steve Baxter contemplaba silencioso aquella tierra duramente ganada. Sus hijos (Tommy y la pequeña y rubia Amelie) jugaban con un terrón de barro. El funcionario carraspeó y dijo:

—Pueden cambiar de idea aún, saben.

—¿Qué? —preguntó Steve.

—Que pueden cambiar de idea y volver a su apartamento de la ciudad. Quiero decir, algunos piensan que esto es un poco tosco, que no es lo que suponían.

—¡Oh, Steve, no! —gimió su mujer.

—¡No, papi, no! —gritaron sus hijos.

—¿Volver? —preguntó Baxter—. Yo no pensaba en volver. Simplemente contemplaba esto, señor. ¡Nunca había visto tanta tierra junta en toda mi vida!

—Lo sé —dijo suavemente el funcionario—. Llevo veinte años aquí y esta vista aún me impresiona.

Baxter y su esposa se miraron emocionados. El funcionario se rascó la nariz y dijo:

—Bueno, ya veo que ustedes no me necesitan —y se fue sin que nadie se opusiera. Steve y Adele contemplaron su tierra.

—¡Oh Steve, Steve! —exclamó Adele—. ¡Es toda nuestra!

¡Y tú la ganaste para nosotros... tú conseguiste esto solo, por tu propio esfuerzo! Baxter frunció la boca. Luego dijo quedamente:

—No, querida. No lo hice yo solo. Alguien me ayudó.

—¿Quién, Steve? ¿Quién te ayudó?

—Algún día te lo contaré —dijo Baxter—, pero ahora... entremos en nuestra casa.

Cogidos de la mano entraron en la cabaña. Tras ellos, se ponía el sol entre la opaca niebla contaminada de Los Ángeles. Fue el final más feliz que podía darse en la última mitad del siglo veintiuno.

FIN